



EL AMOR DEL
VERDADERO
CRISTIANO
AL CRISTO
INVISIBLE

THOMAS VINCENT (1634-1678)

EL AMOR DEL VERDADERO CRISTIANO AL CRISTO INVISIBLE

*Un sermón orientado principalmente a
despertar y promover el amor a Cristo, que está
en decadencia, en los corazones de los cristianos.*

*Con un apéndice sobre la manifestación
que Cristo hace de Sí mismo
a los que le aman*

El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema.

El Señor viene.

— 1 Corintios 16:22

Thomas Vincent

Copyright 2023 Chapel Library. El texto original en inglés es de dominio público. Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina Valera 1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el coste de duplicación, y
- 2) se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, por favor descarga el material sin cargo de nuestro sitio web o puedes ponerte en contacto con el distribuidor internacional que aparece allí para tu país.

En **Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo de siglos anteriores, puedes ponerte en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 EE.UU.

Teléfono: (850) 438-6666 - Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org - www.ChapelLibrary.org

EL AMOR DEL VERDADERO CRISTIANO AL CRISTO INVISIBLE

Índice

Al lector	5
Introducción.....	7

Parte I: La doctrina expuesta

1. La característica de los verdaderos cristianos	11
2. El objeto del amor de los verdaderos cristianos	13
3. El amor de los verdaderos cristianos.....	15
4. La característica de todos los verdaderos cristianos.....	16
5. El deber de todo verdadero cristiano	17
6. Cómo deben amar los cristianos	18
7. Por qué los verdaderos cristianos aman a Cristo.	20

Parte II: La doctrina aplicada

8. Uso uno: para información	25
9. Uso dos: para el auto examen	28
10. Uso tres: para reprender	33

Parte III: Motivaciones para nuestro amor

- 11. Lo que Cristo es..... 42
- 12. El amor de Cristo a los verdaderos cristianos..... 51
- 13. Los beneficios de Cristo 58
- 14. El amor que los verdaderos cristianos tienen a Cristo 63

Parte IV: Instrucciones para nuestro amor

- 15. Cómo alcanzar este amor cuando se carece de él 72
- 16. Cómo alcanzar este amor cuando tu amor es débil 81
- 17. En qué mostrar este amor a Cristo..... 92
- 18. Conclusión 101

Apéndice

AL LECTOR

Nuestro Salvador envió una epístola desde el cielo a la iglesia de Éfeso, en la que la reprendía porque había abandonado su primer amor, y amenazaba con quitarle el candelero: le dijo que le quitaría la luz si no recuperaba su amor. Por la misma mano, al mismo tiempo, envió otra epístola a la iglesia de Laodicea, en la cual reprendió su tibieza y amenazó con vomitarla de Su boca, porque esta no era ni caliente ni fría. (Ap 2:4-5; 3:15-16). ¿Y no están los cristianos de Inglaterra bajo tal pecado, en tal peligro? Cuando algunos se burlan del fuego del amor a Cristo, igual que los perros que ladran a la luna que está muy por encima de ellos; cuando los cristianos más nominales son totalmente extraños a este amor, cualquiera que sea su conocimiento teórico (los primeros lo consideran solo una fantasía, los segundos lo tienen solo en teoría); y cuando entre los cristianos que aman a Cristo con sinceridad hay tan pocos que saben lo que es amar a Cristo con fervor y ardor; cuando hay una decadencia tan general del amor a Cristo en el país, Señor, ¿qué será de Inglaterra?

¿Acaso no hemos provocado al Señor para que nos quite el candelero (Ap 2:5), para que experimentemos peores tinieblas que las de los egipcios, para que estas se extiendan nuevamente sobre nosotros y cubran nuestra luz, porque brilla con rayos tan fríos, porque la luz del conocimiento en la cabeza va acompañada de muy poca intensidad de amor a Cristo en los corazones de la mayoría de los cristianos? Cuando hay un incendio general, todo el mundo va a buscar agua para apagar el fuego; y en un tiempo de tal decadencia general del amor a Cristo, verdaderamente hay necesidad de que algunos busquen fuego, fuego del cielo y usen también fuelles, es decir, argumentos para encender y hacer estallar la chispa del amor a Cristo, que pareciera estar a punto de extinguirse.

Lector, el siguiente sermón, que trata sobre el amor del verdadero cristiano hacia el Cristo invisible, no está elegantemente entrelazado ni curiosamente tejido con la nitidez del ingenio y el lenguaje. No está decorado ni adornado con una variedad de metáforas, hipérbolos, elegancias retóricas o fantasías y fragmentos poéticos. No está adornado ni rodeado con el espectáculo engañoso de muchas citas marginales extraídas de diversos autores. El sermón es sencillo, pero el autor se ha esforzado por que sea cálido, pues su propósito mayor es promover a su Señor antes que a sí mismo; y si él recibe menos alabanzas para que su Señor sea más amado por ti, habrá logrado su propósito.

La mayor parte de este sermón que trata del amor de Cristo es aplicación, y cerca de dos tercios del mismo es exhortación (generalmente en esta era de conocimiento hay más necesidad de provocación que de información), donde tienes una variedad de argumentos y motivaciones para incitar y provocar al amor de Cristo, junto con diversas instrucciones sobre cómo alcanzar este amor en la realidad y fuerza del mismo, y donde la fuerza del amor a Cristo debe evidenciarse a sí misma. También se añade un apéndice para estimular aún más el amor a Cristo, en cuanto a la manifestación de Cristo a los que le aman. Todo el sermón es práctico, no hay nada polémico en él. No solo los protestantes, sino también los papistas reconocen verbalmente la obligación que tienen los cristianos de amar a Cristo. Y nadie que sea verdadero cristiano se opone a esto; solo los turcos, los infieles y los demonios se declaran en contra de esto. Que este pequeño libro sea bendecido por el Señor para ser un medio de calentar e inflamar tu corazón con amor al Cristo invisible, es la ferviente oración de alguien que desea de corazón el bien de tu alma.

—*Thomas Vincent, 1677*

INTRODUCCIÓN

A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.

—1 Pedro 1:8

La vida del cristianismo consiste en gran parte en nuestro amor a Cristo. Sin amor a Cristo, estamos tan desprovistos de vida espiritual como un cadáver, cuando el alma sale de él, está desprovisto de vida natural. La fe sin amor a Cristo es una fe muerta; y un cristiano sin amor a Cristo es un cristiano muerto, muerto en delitos y pecados. Sin amor a Cristo, podemos tener el nombre de cristianos, pero estamos desprovistos completamente de la naturaleza del cristiano; podemos tener la forma de piedad, pero estamos completamente sin el poder. «Dame, hijo mío, tu corazón» es el lenguaje de Dios para todos los hijos de los hombres (Pro 23:26); y «dame tu amor» es el lenguaje de Cristo para todos Sus discípulos.

Cristo conoce el poder y la influencia que tiene el amor a Él, en la realidad y la fuerza de él: cómo este involucrará todos los demás afectos de Sus discípulos por Él, de modo que si Él tiene su amor, sus mayores deseos serán por Él; sus deleites serán principalmente en Él; sus esperanzas y expectativas serán principalmente de Él; su odio, temor, dolor e ira serán orientados principalmente hacia el pecado, porque es ofensivo para Él. Cristo sabe que el amor ocupará y empleará para Él todos los poderes y facultades de sus almas. Sus pensamientos serán llevados cautivos a la obediencia a Él, sus entendimientos se dedicarán a buscar y descubrir Sus verdades, sus memorias serán recipientes para retenerlas. Sus conciencias estarán listas para acusar y excusar como sus fieles asistentes; sus voluntades elegirán y rechazarán según Su mandato y beneplácito revelado. Todos sus sentidos y los miembros de sus cuerpos serán Sus siervos: sus ojos verán por Él, sus oídos oirán por Él, sus lenguas hablarán por Él, sus manos trabajarán por Él, sus pies caminarán por Él. Todos sus dones y talentos estarán a Su devoción y servicio.

Si Cristo tiene su amor, estarán dispuestos a hacer por Él lo que Él requiera. Estarán dispuestos a sufrir por Él, sea lo que sea a lo que Él los llame. Si le tienen mucho amor, no pensarán mucho en negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirlo adonde Él los lleve (Mt 16:24). Siendo, pues, el amor a Cristo tan esencial para el verdadero cristianismo, tan fervientemente buscado por nuestro Señor y Maestro, tan poderosamente dominante en el alma y en todo el hombre, y con una influencia tan grande en el cumplimiento del deber, he escogido este tema del *amor a Cristo* para tratarlo. Mi principal empeño aquí será despertar y provocar a los cristianos al ejercicio vivo y vigoroso de esta gracia del amor al Señor Jesucristo. Hay una gran necesidad universal de tales incentivos.

La epístola en la que se encuentra mi texto fue escrita por Pedro, el apóstol de la circuncisión, y está dirigida a los extranjeros esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1P 1:1). Por estos extranjeros debemos entender los judíos dispersos, que eran extranjeros en estos diversos países donde habitaban. En el capítulo dos del libro de los Hechos leemos que muchos de estos judíos subieron de estos y otros países a Jerusalén para adorar. Al escuchar a los apóstoles en el templo hablar en diversas lenguas, las cuales se hablaban en los distintos lugares donde vivían, y esto sin instrucción humana, sino según el Espíritu les daba que hablasen, se asombraron y confundieron. Y después, oyendo a Pedro predicar con el maravilloso poder del Espíritu, tres mil de ellos se convirtieron a la fe cristiana con un solo sermón y fueron añadidos a la Iglesia cristiana.

Cuando terminó la fiesta de Pentecostés, estos judíos convertidos volvieron a sus países, donde estaban sus diversas moradas, familias y ocupaciones. En estos países, siendo paganos e ídólatras, sin duda encontraron oposición y sufrimiento a causa de la religión cristiana, de la que se convirtieron en profesantes celosos, además de lo que soportaron de sus propios compatriotas: judíos no convertidos que odiaban el cristianismo más que los paganos.

El apóstol parece sentir respeto por ellos en esta epístola, en la que los alienta en sus sufrimientos por causa de Cristo con muchos argumentos consoladores. En el segundo versículo, expresa su deseo de que la gracia y la paz les sean multiplicadas; y luego, aunque sus sufrimientos abunden, que sus consuelos abunden mucho más. En

los versículos 3-5, bendice a Dios por Su abundante misericordia para con ellos, que les ha hecho renacer para una esperanza viva de una herencia gloriosa e inmarcesible, reservada en los cielos por la infinita gracia de Dios, para la que fueron guardados por la fe mediante el infinito poder de Dios.

En los versículos 6-7, les dice que, aunque estaban afligidos por múltiples tentaciones, es decir, aflicciones, que son las tentaciones de la mano izquierda del mundo, les da a entender que estas aflicciones eran solo por un tiempo: «Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría» (Sal 30:5). No eran sino necesarias para humillarlos, purificarlos, crucificarlos al mundo (Ga 6:14), hacerlos conformes a su Cabeza, el Señor Jesucristo. Eran para la prueba de su fe, para que la veracidad de ella se manifestara tanto para sí mismos como ante los demás, y para que su valor se mostrara mucho más precioso que el oro cuando se prueba en el fuego, el cual, llevándolos a través de sus sufrimientos, pudiera ser hallado tanto para su propia alabanza como para el honor de su Maestro en la aparición de Jesucristo.

Luego el apóstol aprovecha la ocasión en el texto para hablar del amor que tenían a este Jesucristo, y de ese gozo inefable y glorioso que resulta de creer en Él, aunque no lo veían, el cual ningún problema o aflicción podía destruir o frustrar. «A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso». Por tanto, observa:

Doctrina 1. Que es la *característica y el deber* de los verdaderos cristianos amar a Jesucristo, a quien nunca han visto. «A quien amáis sin haberle visto».

Doctrina 2. Que los verdaderos cristianos *creen* en un Cristo invisible: «En quien creyendo, aunque ahora no lo veáis».

Doctrina 3. Que los verdaderos cristianos se *regocijan*, o pueden regocijarse, en creer con gozo indecible y glorioso. «En quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso».

Aquí hay tres grandes puntos a tratar.

1. Acerca del *amor* de los cristianos a Cristo.
2. Acerca de la *fe* de los cristianos en Cristo.
3. Acerca del *gozo* de los cristianos en el creer.

Por ahora, hablaré solo del amor de los cristianos a Cristo bajo la primera doctrina. De las otras dos tendré oportunidad de hablar más adelante.¹

Doctrina: Que es la característica y el deber de los verdaderos cristianos amar al Señor Jesucristo, a quien nunca han visto.

Al tratar este punto, hablaré

1. De los verdaderos cristianos que aman a Jesucristo.
2. De Jesucristo, a quien nunca han visto: el objeto de su amor.
3. Del amor que profesan a este Cristo invisible.
4. Mostrar que es propio de los verdaderos cristianos amar a Jesucristo, a quien nunca han visto.
5. Que es su deber amarle.
6. Cómo deben amarle.
7. Por qué lo aman, y aquí expondré las razones del punto.
8. Algunas palabras para su uso y aplicación (capítulos 8-18).

¹ Parece que el autor nunca cumplió su esperanza de escribir sobre la fe y la alegría de los cristianos. Si escribió obras separadas, se han perdido.

PARTE I

LA DOCTRINA EXPUESTA

1. LA CARACTERÍSTICA DE LOS VERDADEROS CRISTIANOS

En cuanto a los verdaderos cristianos, cuya característica es amar a Jesucristo, a quien nunca han visto.

«A quien amáis sin haberle visto», es decir, ustedes que son cristianos verdaderos, que lo son tanto en realidad como en profesión². Y de estos verdaderos cristianos que sí aman a Cristo, el apóstol da una descripción en el segundo versículo, donde los llama: «Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo». Los verdaderos cristianos son elegidos según la presciencia de Dios Padre. Son aquellos a quienes Dios, según el consejo de Su propia voluntad, según Su propio propósito y gracia, escogió desde toda la eternidad para que fueran un pueblo santo y particular para Sí mismo, para glorificarlo aquí en la tierra, y para que pudieran ser glorificados por Él más adelante en el cielo.

² Expresión verbal o escrita de fe en Jesucristo, que puede o no ser verdadera y actual al recibir un corazón nuevo del Espíritu Santo (nacer de nuevo).

Y esta elección³ se evidencia en la santificación del Espíritu. Los verdaderos cristianos son santificados, separados y apartados del resto del mundo para el uso y servicio de Dios. Dios los ha sellado para Sí mismo y, por este medio, los ha distinguido de todos los demás; el lema de ese sello es este: «SANTIDAD A JEHOVÁ» (Zac 14:20). Ver una descripción de ellos a este respecto: «Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra» (2Ti 2:21). Están purificados de la corrupción del pecado, que los contamina y deshonra; son vasos para honra, como los de plata y oro en una gran casa que están adornados con perlas y piedras preciosas. Están adornados con todas las gracias santificadoras, que valen más que las joyas más preciosas. De esta manera son hermosos a los ojos de Dios y aptos para el uso de Dios, siendo preparados y capacitados para toda buena obra.

Esto ruega el apóstol a favor de los tesalonicenses: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1Ts 5:23). Los verdaderos cristianos son santificados enteramente, en todo su ser, aunque no sean santificados completamente; son santificados en cada parte, aunque no sean santificados en el grado más alto. Todo su espíritu está santificado, es decir, las facultades superiores del alma, es decir, el entendimiento y la voluntad. Sus entendimientos son iluminados por el Espíritu hasta un discernimiento espiritual, tanto del bien como del mal, más allá de lo que cualquier hombre natural hace o puede alcanzar. Sus voluntades se inclinan, o más bien se rectifican y enderezan, inclinándose hacia Dios y Su Ley. Sus almas son santificadas en las facultades inferiores, en todos los afectos que pertenecen a los apetitos de concupiscencia y de ira. Sus afectos agradables de amor, deseo, deleite y esperanza son hacia Dios y Cristo y las cosas de arriba; sus afectos desagradables de odio, temor, dolor e ira son hacia el pecado. Sus cuerpos también son santificados,

³ **elección** – Dios habiendo, por Su beneplácito desde toda la eternidad, elegido a algunos para vida eterna (2Ts 2:13), entró en un pacto de gracia para librarlos del estado de pecado y miseria, y llevarlos a un estado de salvación por un Redentor (Ro 5:21). (*Catecismo de Spurgeon*, P. 19); disponibles en CHAPEL LIBRARY.

siendo hechos miembros de Cristo e instrumentos de justicia: sus ojos, oídos, lenguas, manos, pies, y cada parte es dedicada a Dios y usada para Su gloria.

Así, los verdaderos cristianos son santificados por el Espíritu, y son santificados para alcanzar la obediencia. Las gracias que el Espíritu obra en sus corazones se manifiestan en la obediencia de sus vidas. El curso de sus vidas es un curso de obediencia a las leyes de Cristo. Son santificados para alcanzar la obediencia, y son santificados para ser rociados con la sangre de Jesucristo. Dios los ha apartado para ser rociados con la sangre del Cordero sin mancha, quien quita el pecado para que puedan ser perdonados y salvados. Tales son los verdaderos cristianos, los que aman a Cristo, sin haberlo visto.

2. EL OBJETO DEL AMOR DE LOS VERDADEROS CRISTIANOS

Acerca del objeto del amor de los verdaderos cristianos, que es Jesucristo, a quien nunca han visto.

Este Jesucristo, a quien aman, es el Hijo eterno de Dios, la segunda persona en la gloriosa Trinidad, quien en el tiempo asumió nuestra naturaleza humana, se vistió con nuestra carne mortal, vivió como un siervo en una condición baja, murió como un malhechor la muerte maldita de la cruz y todo por nuestro bien, por nuestros pecados. Resucitó al tercer día para nuestra justificación, subió al cielo después de cuarenta días y allí está sentado a la diestra del trono de la Majestad en las alturas para interceder por nosotros, y preparar allí nuestra recepción en las mansiones gloriosas y moradas eternas que están en la casa del Padre. Se le llama «Jesús», de una palabra hebrea que significa *salvar*, porque «salvará a Su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21). Se le llama «Cristo», de la palabra griega *chrío*,

que significa *ungir*, siendo ungido por el Padre con el Espíritu y con poder para ser Mediador⁴ entre Dios y los hombres, para ser el gran Profeta, Sacerdote y Rey de la Iglesia.⁵

A este Jesucristo los cristianos no lo han visto con los ojos físicos. En efecto, algunos cristianos de los tiempos primitivos, como los apóstoles que eran de Su familia y otros discípulos que conversaban con Él frecuentemente, vieron a Cristo con los ojos físicos, pero fue en Su estado de humillación, cuando estaba aquí en la tierra, no en Su estado de exaltación ahora que está en el cielo. Sin embargo, algunos han visto a Cristo después de Su ascensión, específicamente Pablo en su conversión y Esteban, el primer mártir, antes de morir. Pero ninguno ha tenido una visión perfecta, con los ojos corporales, de la gloria que está sobre el cuerpo de Cristo, cuyo resplandor es tan grande que nadie puede contemplarlo en este estado de debilidad e imperfección y vivir. Pero cualquiera que sea la visión que algunos cristianos hayan tenido anteriormente, ningún cristiano puede ver ahora a la persona de Cristo. Han oído hablar de Él, pero no lo han visto. Han visto representaciones de Cristo en el sacramento, pero nunca han visto la persona representada. Han visto Su imagen en sus compañeros cristianos, pero no han visto el original de quien esta imagen ha sido tomada.

Algunos cristianos han estado en Judea y han visto el lugar donde vivió el Señor, y en Jerusalén y han visto el lugar donde murió, y han visitado el lugar de Su sepulcro, donde yació el Señor por un tiempo, y han visto el monte de donde ascendió el Señor. Pero ningún cristiano vivo hoy ha estado en el monte Sion y la Jerusalén celestial,

⁴ **Mediador** – intermediario; alguien que interviene entre dos partes hostiles con el propósito de restaurarlas a una relación de armonía y unidad; «Agradó a Dios, en Su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, Su Hijo unigénito, según el pacto hecho entre ambos, para ser el mediador entre Dios y el hombre; el profeta, sacerdote y rey; cabeza y Salvador de Su iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien desde la eternidad le dio un pueblo para que fuera Su simiente y para que fuera redimido, llamado, justificado, santificado y glorificado por Él en el tiempo» (*Segunda Confesión Bautista de Londres*, 8.1) Ver también Portavoz de la gracia 23, *Cristo el Mediador*; ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁵ **ungido...Iglesia** – Así, el nombre Cristo corresponde al Mesías prometido («Ungido») del Antiguo Testamento, el prometido por Dios para redimir, instruir y gobernar a su pueblo.

para ver dónde está ahora el Señor en Su gloria. Es este Jesucristo a quien los cristianos no han visto quién es el objeto de su amor.

3. EL AMOR DE LOS VERDADEROS CRISTIANOS

*Acerca del amor que los verdaderos cristianos
profesan a este Cristo invisible.*

El amor es el movimiento del corazón hacia el objeto amado. El amor que los verdaderos cristianos sienten por Jesucristo es una gracia obrada por el Espíritu en sus corazones, por la cual al descubrir y creer en la infinita hermosura y excelencia de Cristo, en Su incomparable amor, gracia y misericordia, sus corazones se mueven hacia Él en deseos fervientes de unión y comunión¹ con Él, en lo cual tienen su mayor deleite, y esto va acompañado de una entrega y dedicación de sí mismos a Su voluntad y servicio.

1) *El amor de los cristianos hacia Cristo es una gracia* obrada en sus corazones por el Espíritu. Es una flor sumamente dulce y fragante; pero no hay ninguna semilla de ella en la naturaleza de ningún hombre desde la caída: es plantada en el alma por el Espíritu de Dios. El amor a Cristo es una chispa divina que desciende de lo alto; un fuego encendido por el sople del Señor, cuya esencia es el amor.

2) *El fundamento de este amor a Cristo* está en descubrir y creer en la hermosura y el amor de Cristo. Debe haber primero un descubrimiento de Cristo como un objeto digno de amor, y no una mera noción de esto, sino una entendimiento creyente de esto: que Cristo es infinitamente amable, superlativamente excelente; y que Su amor hacia los hijos de los hombres es incomparable y trascendente; que hay un tesoro en Él y un almacén de todas las

gracias, y los más necesarios y ricos suministros. De lo contrario, no habrá un movimiento del corazón en amor hacia Él.

3) *La acciones del amor de los cristianos* a Cristo están en sus deseos de unión y comunión con Cristo. Es la naturaleza del amor desear la unión con el objeto amado, especialmente de este amor a Cristo. Y una vez lograda esta unión, los deseos son de comunión con Cristo, de conversación y comunión con Él. Ninguna conversación es tan deseable como la que se tiene con los seres que más amamos. Y lograda esta comunión, hay en ella la mayor complacencia. El alma descansa dulcemente en Cristo y se regocija en Su presencia y amor.

4) *El acompañamiento de este amor* que los verdaderos cristianos tienen a Cristo es una entrega y dedicación de sí mismos a Su voluntad y servicio. Los amantes se entregan a aquellos a quienes aman. Esto acompaña la unión matrimonial; y los que aman a Cristo están desposados y unidos a Cristo. Se entregan a Cristo para ser Suyos y estar enteramente a Su disposición, como la esposa se entrega a la disposición de su marido.

4. LA CARACTERÍSTICA DE TODOS LOS VERDADEROS CRISTIANOS

Lo cuarto es mostrar que es una característica de *todos* los verdaderos cristianos amar a este Cristo invisible. Los verdaderos cristianos se diferencian y distinguen, no solo de todos los paganos e infieles, sino también de todos los simples cristianos nominales, por su amor a Jesucristo. Es propio de los codiciosos amar las riquezas y los bienes mundanos; es propio de los ambiciosos amar los honores y las dignidades mundanas; es propio de los carnales amar los placeres y los deleites sensuales, y es propio de los verdaderos cristianos amar a Jesucristo, a quien nunca han visto.

Solo los verdaderos cristianos aman a Cristo, y todos los verdaderos cristianos lo aman. La hermosura de Cristo no se manifiesta a los ojos físicos, sino a los ojos de la fe. Los que no lo ven con estos ojos no pueden amarlo; y los que lo ven con estos ojos, no les queda otra opción que amarlo. Los que no aman a Cristo, no es porque Cristo carezca de belleza, sino porque están ciegos. Ahora bien, todos los verdaderos cristianos tienen los ojos de la fe para discernir las excelencias de Cristo, y solo los verdaderos cristianos lo tienen. La esencia del cristianismo consiste en creer. La razón nos hace hombres, pero la fe nos hace verdaderos cristianos. Por lo tanto, ya que la fe es una marca de los verdaderos cristianos, también lo es su amor a este Cristo invisible.

5. EL DEBER DE TODO VERDADERO CRISTIANO

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Le respondió: Sí, Señor; Tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta Mis corderos.

Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; Tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea Mis ovejas.

Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta Mis ovejas.—Juan 21:15-17

La quinta cosa es mostrar que es el deber de todos los verdaderos cristianos amar a este Cristo invisible. Esto lo vemos en Juan 21:15-17. Pedro era uno de los discípulos más audaces y atrevidos de Cristo, pero había tenido demasiada confianza en sí mismo, lo cual fue el preámbulo y el fundamento de su caída, y de que negara vergonzosamente tres veces a su Maestro. Una mirada de su Señor le

hizo recordar y lo llevó al arrepentimiento, con amargo llanto por su pecado tan pronto como lo hubo cometido. Después que nuestro Salvador resucitó de entre los muertos, se aparece a Pedro con otros de Sus discípulos, y en este lugar le hace la misma pregunta, con las mismas palabras, tres veces: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?». Con lo cual, así como tácitamente le reprende por su gran pecado al negarle tres veces (lo cual, si no hubiera habido una falla en su amor, nunca habría hecho), así también da a entender que el amor a Sí mismo es el mayor deber y lo que más busca en todos Sus discípulos.

6. CÓMO DEBEN AMAR LOS CRISTIANOS

La sexta cosa es mostrar cómo los cristianos deben amar a este Cristo invisible.

1) Los cristianos deben amar a Cristo con un amor sincero: «La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable» (Ef 6:24). El gran pecado de Judá fue que no se volvió al Señor de todo corazón, sino fingidamente (Jer 3:10): por tanto, es un gran pecado amar a Cristo con un amor fingido e hipócrita. El amor de los cristianos a Cristo debe ser sincero en cuanto a la práctica y las obras internas del mismo. Deben amarlo no solo en apariencia, palabra y profesión externa, sino que su amor debe ser afectuoso en el corazón, y así ser un amor real y verdadero. Y el amor de los cristianos a Cristo debe ser sincero en cuanto al objeto del mismo: deben amar a Cristo por lo que Él es y no principalmente por lo que obtienen de Él. Amar a Cristo solo por ganancia temporal es amor hipócrita. Amar a Cristo principalmente por ganancia no es tan espiritual, pero amar a Cristo por Sus propias excelencias y perfecciones es lo más sincero y generoso. Esta sinceridad de amor a Cristo es el deber de todos.

2) *Los cristianos deben amar a Cristo con un amor supremo*; deben colocarlo en el lugar más alto de sus corazones. Él es un gran rey que busca el trono, y que todas las criaturas se coloquen debajo de Él y se pongan al estrado de Sus pies. «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10:37). Son las palabras de nuestro Salvador. Los cristianos pueden amar al padre y a la madre; las leyes de Dios y de la naturaleza lo exigen. Pueden amar al esposo y a la esposa; la Palabra de Dios ordena al marido amar a su mujer como a su propio cuerpo y como Cristo amó a la Iglesia. Pueden amar a los hijos, a las hijas, a los hermanos, a las hermanas, a los parientes, a los amigos, sí, a los enemigos, y deben hacerlo. Sin embargo, todo debe ser con un amor subordinado. Deben amar a Cristo con su amor primario; de lo contrario, no son dignos de estar en la relación de discípulos.

3) *Los cristianos deben amar a Cristo con un amor ardiente*. «Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?» (Lc 24:32). Este amor ardiente que Cristo encendió en el corazón de Sus discípulos, y este amor ardiente que Cristo exige de todos los cristianos. «Fuerte es como la muerte el amor...sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos» (Cnt 8:6-7). Un amor tan fuerte, vehemente, ardiente, abrasador, deben tener los cristianos hacia Jesucristo, que todas las aguas de la aflicción no puedan apagar, que ninguna inundación de tentaciones o persecuciones pueda ahogar y anegar. Por tanto,

4) *Los cristianos deben amar a Cristo con un amor constante*. Habiendo comenzado a amarlo, deben continuar amándolo y amándolo hasta el fin. Así como deben ser constantes en la obediencia y perseverar en las demás gracias, así también deben ser constantes y perseverar en esta gracia del amor a Cristo.

7. POR QUÉ LOS VERDADEROS CRISTIANOS AMAN A CRISTO.

Lo séptimo es mostrar por qué los verdaderos cristianos aman a Cristo, a quien nunca han visto.

Razón 1: Su Necesidad

Los verdaderos cristianos aman a Cristo por la necesidad que tienen de Él. Los hombres aman su alimento necesario, sin el cual sus cuerpos morirían de hambre. Los hombres aman sus vestiduras y moradas necesarias, sin las cuales sus cuerpos morirían de frío en las estaciones de invierno. Los hombres aman a los amigos que necesitan, en quienes (por debajo de Dios) tienen su dependencia, y de quienes tienen toda su subsistencia. Pero nada ni nadie en el mundo es tan necesario para el cuerpo como el Señor Jesucristo lo es para el alma. Así como las excelencias del alma están muy por encima de las excelencias del cuerpo, así también las necesidades del alma están muy por encima de las necesidades del cuerpo, cuyas necesidades no pueden ser satisfechas. sino por Jesucristo. Y, por lo tanto, los verdaderos cristianos lo aman.

En su profesión de fe inicial, cuando fueron convencidos del pecado, alertados de su seguridad carnal, ¡oh, cuánta necesidad tenían de Cristo y con qué claridad lo veían! Se daban cuenta de que estaban perdidos y que solo Cristo podía salvarlos. Sentían las heridas de la conciencia, y solo Cristo podía curarlas. Temían la ira de un Dios que toma venganza del pecado, y solo Cristo podía librarlos. La remisión, la reconciliación y la salvación que obtuvieron por Cristo pusieron el primer fundamento de un amor entrañable hacia Cristo. Y todavía perciben una necesidad continua de Cristo para que les procure el perdón diario y les suministre diariamente la gracia. Cuando están en tinieblas, tienen necesidad de Cristo para que los ilumine; cuando están muertos, para que los vivifique; cuando están destituidos, para que los engrandezca; cuando están débiles, para que los fortalezca; cuando están tristes, para que los consuele; cuando están tentados, para que los socorra; cuando están

caídos, para que los levante; cuando tienen dudas, para que los resuelva; cuando están bajo temores, para que los anime; cuando se tambalean, para que los afirme; cuando se extravían, para que los restaure. Cristo, y nadie más que Cristo, puede hacer todo esto y más que esto por ellos. Y por eso, por la necesidad y utilidad de Cristo, los verdaderos cristianos lo aman.

Razón 2: La hermosura de Cristo

Los verdaderos cristianos aman a un Cristo invisible debido a la hermosura de Cristo, la cual, aunque no sea ni pueda ser vista por el ojo del cuerpo, es evidente para el ojo de la fe. Ver la descripción que hace de Cristo, el Amado, su esposa, la Iglesia. Las hijas de Jerusalén le preguntan al esposo enfermo de amor: «¿Qué es tu amado más que otro amado, oh la más hermosa de todas las mujeres? ¿Qué es tu amado más que otro amado, que así nos conjuras?» (Cnt 5:9). A continuación, la esposa hace una descripción: «Mi amado es blanco y rubio, señalado entre diez mil», y después de exponer sus gracias, bellezas y excelentes logros en metáforas tomadas de las bellezas de las diversas partes del cuerpo del hombre (5:10-14), concluye: «Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros. Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo, oh doncellas de Jerusalén» (5:15-16). Aquí se reconoce a la esposa como la más hermosa entre las mujeres. Y no solo por las hijas de Jerusalén, sino que su amado, que tenía un ojo más minucioso, elogia su hermosura y la admira: «Hermosa eres tú, oh, amiga mía, como Tirsa; de desear, como Jerusalén... Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron... ¿Quién es esta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden?» (6:4-5, 10).

Pero ¿qué belleza hay, entonces, en el Amado? Si la Iglesia es más hermosa que todos los demás hijos de los hombres, ¿cuán hermoso es Jesucristo, de quien la Iglesia deriva toda su belleza? Se dice que Él es «blanco y rubio»; eso muestra la belleza de Su rostro. De Su rostro se dice que es «como el Líbano» y como sus altos cedros; esto muestra la majestuosidad de Su rostro. Se dice que Su paladar es «dulcísimo»; y ciertamente es dulce, en cuanto a las palabras de gracia que salen de ella: ninguna doctrina tan dulce como la doctrina

de Cristo, ningún precepto tan dulce como los preceptos de Cristo, ninguna promesa tan dulce como las promesas de Cristo.

Pero para resumir todas las excelencias y perfecciones en una palabra, se dice que Él es «todo él codiciable». No hay persona o cosa en el mundo que sea la más amable, que pueda ser llamada *toda ella* amable. Se pueden encontrar muchos defectos en las personas más amables, y mucha insuficiencia en las cosas más deseables; pero Cristo es «todo Él codiciable»: no es desagradable en ningún aspecto, no hay mancha, ni defecto, ni imperfección que se encuentre en Él. Es amable en todos los aspectos; hay una amabilidad incomparable y trascendente en la persona de Cristo en todos los aspectos.

En la persona de Cristo, la naturaleza humana y la naturaleza divina están en conjunción: Él es sumamente bello en lo que respecta a ambas. Su naturaleza humana está compuesta de cuerpo y alma. Su cuerpo es sumamente hermoso, tiene una belleza y un encanto gloriosos. No importa cómo haya sido en Su estado de humillación, es seguro que tiene una belleza gloriosa ahora en Su estado de exaltación. Se le llama un cuerpo glorioso (Fil 3:21). Si el rostro de Moisés brilló con una gloria resplandeciente después de su conversación de cuarenta días con Dios en el monte Sinaí terrenal, ¿cómo brilla el cuerpo de Cristo, que ha estado más de mil seiscientos años en el monte Sion celestial? Estoy persuadido de que el cuerpo de Cristo es la más bella de todas las criaturas visibles.

Pero la belleza del alma de Cristo sobresale. Ninguna criatura tiene tales excelencias resplandecientes como las que hay en el alma de Cristo. Todas las excelencias que hay o que alguna vez hubo en cualquier criatura son como una pluma cuando se ponen en la balanza con el peso excesivo de Sus gloriosas excelencias y perfecciones. Cristo superó a los hombres más excelentes que jamás hayan existido en cuanto a dotes espirituales cuando estuvo aquí en la tierra. Superó a Moisés en mansedumbre, a Salomón en sabiduría, a Job en paciencia. Y, ¿cuánto sobresale ahora que está en el cielo? No solo supera a los espíritus de los justos hechos perfectos, sino también a los ángeles más gloriosos y santos, que nunca pecaron. Si alguna criatura tiene sabiduría, no es más que un rayo: Cristo es el sol. Si tienen bondad, no es más que una gota: en Cristo está el océano. Si tienen santidad, no es más que una chispa o una sombra oscura: Cristo es el resplandor de la gloria de Su Padre. Si tienen el

Espíritu, lo tienen pero en alguna medida: a Cristo se le da el Espíritu sin medida (Jn 3:34).

Cristo es sumamente hermoso en Su humanidad, tan estrechamente unida a Su Deidad, y ¡cuán hermoso es en Su Deidad! Como Dios, es igual al Padre en todas Sus gloriosas excelencias. La Deidad de Cristo implica la excelencia de Su ser: Él se llama a sí mismo «YO SOY» (Jn 8:58).⁶ Implica excelencia de gloria, por lo que es llamado «el Señor de gloria» (1Co 2:8) y «el Rey de gloria»: «Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria» (Sal 24:7). Algunos interpretan que esto se refiere a la ascensión de Cristo, y a los ángeles y santos que abren paso a Su entrada triunfal y a la posesión de Su palacio celestial.

En el Nuevo Testamento se dan muchas descripciones de esta hermosa persona. Mencionaré solo una: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud» (Col 1:15-19). Si leemos, creemos y consideramos esta gran descripción de Cristo, es necesario que veamos y digamos que Cristo es excelentísimo y amabilísimo, y que ningún amado es semejante al Amado de los verdaderos cristianos. Por lo tanto, los verdaderos cristianos aman a Cristo por Su hermosura.

⁶ «YO SOY EL QUE SOY» es el nombre sagrado de Dios y de Su ser eterno autosuficiente en el Antiguo Testamento (ver Éxodo 3:14). En hebreo consta de cuatro letras: YHWH, que se denomina Tetragrámaton, de la palabra griega que significa «cuatro letras». «Yah-weh» es la pronunciación más aceptada por los eruditos hebreos. Los hebreos consideraban este nombre demasiado sagrado para ser pronunciado por el hombre. Rellenaron las consonantes con vocales para formar Jehová. En algunas traducciones de la Biblia al español, la palabra se escribe con mayúsculas (SEÑOR) para indicar el uso del Tetragrámaton en el original.

Razón 3: El amor que Cristo les tiene

Los cristianos verdaderos aman a Cristo por el amor que Él les tiene. Los ama primero y con un amor libre. Los ama con un amor tierno y compasivo, con un amor activo o que obra, con un amor pasivo o sufriente. Su amor es infinito, sin fronteras ni límites; es superlativo, sin comparación; trascendente, más allá de toda comprensión; eterno, sin cambio, y que no tendrá fin ni conclusión. Los amó cuando estaban contaminados en sus pecados y los lavó con Su propia sangre. Los amó cuando estaban desnudos en sus almas, y los vistió con las ropas de Su justicia. Los ama en sus enfermedades y dolores, y es su consolador. Los ama en sus necesidades y estrecheces, y es su benefactor. Los ama en la vida, y es la vida de sus almas. Él los ama en la muerte, y es el soporte de sus corazones; y Él los ama después de la muerte, y será su porción para siempre.

Hay grandes razones para que los verdaderos cristianos amen a Cristo por Su hermosura; y hay más razones para que lo amen por Su amor, especialmente cuando ambos son incomparables, ambos son incomprensibles. Hablaré más adelante (si Dios quiere) de ambos con otras razones, bajo el encabezado de las motivaciones en la exhortación [uso 4, capítulos 12 y 13] para estimular a los cristianos a amar a Cristo.

PARTE II

LA DOCTRINA APLICADA

8. USO UNO: PARA INFORMACIÓN

El primero de los cuatro usos o aplicaciones es para información: para aprender que hay muy pocos cristianos verdaderos en el mundo, porque hay muy pocos que amen a este Cristo invisible. Hay muchos cristianos nominales, pero pocos cristianos de hecho y en verdad. Hubo un tiempo en que profesar abiertamente el nombre de cristiano manifestaba un verdadero amor a Jesucristo; quiero decir en los tiempos primitivos, cuando los cristianos eran perseguidos por los paganos: como en las diez primeras espantosas persecuciones bajo los emperadores paganos, cuando el mundo estaba regado con sangre cristiana. Entonces, especialmente, en algunas épocas y en algunos, sí, en la mayoría de los lugares, quienquiera que se reconociera abiertamente como cristiano se exponía a la cárcel, al tormento, a la tortura, a la hoguera y a la muerte más cruel. Fue la verdad y la fuerza del amor a Jesucristo lo que les hizo soportar sufrimientos tan grandes como los que muchos en aquellos días padecieron por causa de Jesucristo.

Pero ahora hay multitudes de cristianos simplemente nominales; se llaman a sí mismos cristianos, siendo bautizados en el nombre de Cristo; pero carecen por completo de amor a Cristo, del cual llevan su nombre. Seguramente hay muy pocos, no solo en el mundo cristiano, sino incluso en Inglaterra (donde el cristianismo se

encuentra en tanta pureza como en cualquier otro lugar), que amen a Jesucristo con sinceridad.

No hay personas extremadamente *ignorantes* que amen verdaderamente a Cristo: quienes no conocen a Cristo, no pueden amarlo: *ignoti nulla cupido*, «no hay deseo ni amor hacia una cosa desconocida». Un mal desconocido no puede ser odiado, y un bien desconocido no puede ser amado.

Ninguna persona extremadamente *equivocada* ama verdaderamente a Cristo. Los que no reciben las verdades de Cristo, no pueden amar a la persona de Cristo. «El que me ama, mi palabra guardará» (Jn 14:23). Las palabras de Cristo incluyen no solo las palabras de Sus preceptos, sino también las palabras de Su doctrina. Los que yerran en extremo, quiero decir, en las verdades fundamentales del cristianismo, no son amigos de Cristo, sino Sus enemigos; están muy lejos del verdadero amor a Él.

No hay personas extremadamente *malvadas* que amen verdaderamente a Cristo, como las personas profanas, que blasfeman el nombre de Dios en sus horribles juramentos. El amor de Cristo enseña un temor santo y reverencia ante el nombre de Dios, pero tales son perseguidores del pueblo de Dios por causa de la justicia. ¿Cómo pueden amar a la cabeza los que odian a los miembros? Cristo se considera perseguido en la persecución de Sus miembros: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9:4-5), y ciertamente los perseguidores de Cristo no aman a Cristo. Tales son los burladores de la religión que se mofan de la santidad y se burlan del nombre de un santo o de una persona piadosa, con lo cual evidentemente muestran su desprecio de la santidad de Cristo, de quien los santos derivan toda la suya. Cómo pueden amar a Cristo los que lo desprecian a Él y a Su imagen.

Ningún *injusto* ama verdaderamente a Cristo, ya lo sea en lo que respecta a la justicia distributiva⁷, ya en lo que respecta a la justicia conmutativa⁸; ya sea injusto en la ejecución del juicio, en la distribución de recompensas o castigos; y ya sea injusto en sus tratos

⁷ **Justicia distributiva** – justicia en la asignación de recursos y privilegios entre los miembros de la sociedad.

⁸ **Justicia conmutativa** – justicia debida entre individuos en función de sus interacciones individuales.

comerciales y sus negocios. Cristo exige estrictamente justicia y rectitud, ¿y cómo pueden amarle quienes no guardan este mandamiento?

Ningún *codicioso* ama verdaderamente a Cristo; el apóstol dice: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1Jn 2:15). Y puedo decir que si alguno ama al mundo (es decir, con su amor primario), el amor del Hijo no está en él. El amor no puede estar puesto principalmente en las cosas de abajo, aquí en la tierra, y *en* Cristo, que está arriba en el cielo.

Ninguna persona *libertina* ama verdaderamente a Cristo: ni los borrachos, ni los adúlteros, ni nadie que se entregue a deleites ilícitos. El amor de Cristo nos enseña a negar tales concupiscencias y a mortificarlas.

Ninguna persona meramente *decente* que no esté convertida, y ningún *hipócrita* que tenga una apariencia de piedad, pero que no tenga la eficacia de ella, ama verdaderamente a Cristo. Los primeros pueden ser amorosos y considerados con los hombres, pero no tienen amor a Cristo. Los segundos pueden profesar amor a Cristo, y parecer que lo aman, pero en realidad no lo aman. En una palabra, nadie que esté bajo el poder reinante de cualquier pecado ama verdaderamente a Cristo. El reino del pecado está en el corazón, y esto es inconsistente con el amor de Cristo en el corazón.

Ahora separemos a todas estas personas mencionadas del resto: personas sumamente ignorantes, equivocadas, malvadas; los profanos, los perseguidores del pueblo de Dios, los burladores de la religión, todas las personas injustas, codiciosas; los borrachos, los adúlteros, todos los licenciosos, las personas meramente decentes, los hipócritas y todos los que están bajo el poder reinante del pecado. ¡Cuántos pocos quedarán que amen verdaderamente a Cristo! Y en consecuencia, aparecerán muy pocos que sean verdaderos cristianos.

9. USO DOS: PARA EL AUTO EXAMEN

Aquí puedes saber si eres un verdadero cristiano: por la prueba de tu amor a Jesucristo. Examínate, pues, si amas a Jesucristo, a quien nunca has visto. La mayoría de las personas en el mundo solo aman de verdad a la gente y a las cosas que han visto; pero ¿puedes decir que amas sincera y principalmente a Jesucristo, a quien no has visto? El amor de la mayoría proviene de la atención que el ojo pone en el objeto amado; pero ¿proviene tu amor de la atención que tu oído ha puesto a la Palabra dulce que hay en Cristo?

¿Cómo podemos saber si amamos verdaderamente a Jesucristo? Puedes conocer la realidad de tu amor a Jesucristo,

- A. Por tus deseos por la presencia de Cristo,
- B. Por el aprecio y la frecuencia del uso de los medios donde se encuentra Cristo, y por buscarlo en ellos,
- C. Por tu amor a la imagen de Cristo,
- D. Por tu obediencia a los mandamientos de Cristo.

A. Por los deseos por la presencia de Cristo

Primero, por tus deseos por la presencia de Cristo. Dondequiera que hay un gran amor a cualquier persona, hay un deseo por estar en la presencia de esa persona. ¿Deseas sincera y fervientemente la presencia de Cristo? La presencia de Cristo es doble: 1) Su presencia misericordiosa aquí, y 2) Su presencia gloriosa en el último día.⁹

1) La presencia misericordiosa de Cristo aquí

Está la presencia misericordiosa de Cristo aquí: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (Jn 14:18). Deseas que muchos amigos y parientes vengan a ti, pero ¿deseas primariamente que Cristo venga a ti? Cristo viene a Sus discípulos a) en forma de comunicación de gracia, b) en forma de manifestación de gracia, y c) en forma del dulce consuelo que resulta de ambas.

⁹ **Último Día** – Día del Juicio, cuando Jesucristo pedirá cuentas a todos los hombres por sus pecados. Ver *Pecadores en las manos de un Dios airado* por Jonathan Edwards (1703-1758); disponibles en CHAPEL LIBRARY.

a) Comunicación de gracia

¿Deseas que Cristo venga a ti en una forma de comunicación de gracia? ¿Deseas que Cristo te comunique Su luz espiritual para enseñarte y guiarte, Su vida espiritual para vivificarte y animarte, Su fortaleza espiritual para sostenerte bajo las cargas y capacitarte para los deberes? ¿Deseas fervientemente comunicaciones de todo tipo, y más grados de gracia, de esa plenitud de gracia que hay en Cristo? ¿Tienes hambre y sed de la justicia de Cristo, no solo para que se te impute para tu justificación, sino también para que se te imparta más y más para una mayor santificación¹⁰, de manera puedas ser llevado a una conformidad y semejanza más perfectas con Jesucristo? Esta es una evidencia del verdadero amor.

b) Manifestación de gracia

¿Deseas que Cristo venga a ti en forma de manifestación de gracia? «El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él» (Jn 14: 21). ¿Deseas fervientemente el cumplimiento de esta promesa: que Cristo te descubra más del atractivo de Su persona y del amor de Su corazón? ¿Te aflige cuando tu Amado se retira, cuando se corre la cortina y una nube se interpone entre tú y este Sol de justicia, cuando Él se oculta y vela Su rostro? ¿Y anhelas el regreso de Cristo y que Él se descubra ante ti?

«Ven Señor Jesús, apresúrate. Sé semejante al corzo, o al cervatillo sobre las montañas de los aromas. Salta sobre los montes, y brinca sobre las colinas, y apresúrate hacia mi alma, que está enferma de amor por Ti cuando estás ausente ¡Oh, que pudiera ver Tu rostro que es tan hermoso! ¡Que pudiera oír Tu voz que es tan dulce! ¡Que pueda sentir Tu presencia que es tan refrescante! Oh, que pudiera contemplar Tus sonrisas que acarician el corazón». Di: «Señor, que soy tuyo y Tú eres mío; que me has amado y te has entregado por mí; que Tu amor hacia mí es eterno e inmutable». ¿Son estos, o semejantes a estos, los suspiros de tu alma? Tales son los suspiros del amor a Cristo.

¹⁰ Ver Portavoz de la gracia 4, *La justificación*, y 35, *Santificación*; ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

c) Dulce consolación

¿Deseas que Cristo venga a ti en una forma de dulce consolación, como resultado de esta comunicación y manifestación? ¿Deseas el óleo de alegría con que Cristo ha sido ungido, para que te dé la unción del Espíritu, no solo para santificarte, sino también para confortarte? ¿Deseas que tu corazón sea lleno de los deleites espirituales, los deleites del Espíritu Santo, que son inefables y llenos de gloria (1P 1:8)? ¿Deseas los consuelos que Cristo da, más allá de todos los consuelos que el mundo y la carne pueden dar, aquellos que entran por la puerta de la fe, por encima de todos los consuelos que entran por la puerta de los sentidos; esos deleites que están en Cristo, por encima de todos los deleites que se pueden encontrar en el más dulce y deseable disfrute de las criaturas? Esto evidencia un verdadero amor a Cristo; por eso deseas la presencia graciosa de Cristo.

2) La presencia gloriosa de Cristo en el Último Día

¿Deseas también la gloriosa presencia de Cristo en el último día? Cuando Él promete: «Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Ap 22:20). ¿Te alegras de vivir tan cerca del fin del mundo, de que el Señor esté cerca, de que la venida del Señor se acerque cada día más? ¿Puedes levantar la cabeza con gozo cuando miras hacia el lugar donde está el Señor Jesucristo, a «la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (Heb 8:1), y pensar con consuelo que «aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará» mucho más (Heb 10: 37); que dentro de poco Cristo «con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo» (1Ts 4:16), «al sonido de la trompeta» (Heb 12:19), y que tus ojos le verán en el resplandor de Su gloria y majestad? ¿Esperas y anhelas el día de la aparición gloriosa de Cristo desde el cielo, cuando te haga subir de la sepultura (donde tal vez duermas un corto sueño antes) y serás recogido por los ángeles, y arrebatado en las nubes, y allí (con vestiduras resplandecientes de inmortalidad en tu cuerpo y de la justicia sin mancha de Cristo en tu alma) serás llevado con gritos y aclamaciones de alegría y triunfo a Su presencia, quien entonces te absolverá misericordiosamente de todo pecado y castigo, te reconocerá abiertamente como uno de Sus siervos fieles, te coronará gloriosamente ante todo el mundo, y te recibirá para vivir y reinar con Él por toda la eternidad?

¿Tienes deseos como éstos? Si dices tener temor de la gloriosa aparición de Cristo, no sea que entonces te rechacen porque temes no estar listo y preparado; sin embargo, ¿puedes decir también de corazón que deseas sobre todas las cosas estar listo, que te esfuerzas por estarlo, que te aflige no estarlo; y que si estuvieras preparado y seguro de tu interés en Cristo, podrías desear que Cristo viniera inmediatamente; y que no deseas mayor felicidad y dicha que vivir con Cristo en la gloria; y que consideras que la presencia de Cristo en el cielo es lo que hace del cielo un lugar feliz? Estas son evidencias de los verdaderos deseos de la presencia gloriosa de Cristo y de un amor sincero a Cristo.

B. Valorar las maneras en que se encuentra a Cristo

En segundo lugar, tú podrías conocer tu amor a Cristo al apreciar y frecuentar aquellos caminos donde Cristo se encuentra, y al buscarlo allí. Tales son los caminos de Sus ordenanzas tanto públicas como privadas. El camino de Cristo está en Su santuario, y en Sus ordenanzas Él puede ser hallado. ¿Participas de las ordenanzas: la oración pública, la predicación de la Palabra, la Cena del Señor? ¿Y valoras estas ordenanzas porque tienen el sello de haber sido instituidas por Cristo, por la presencia de Cristo en ellas, y porque son un medio de unirte a Cristo?

Y cuando estás bajo las ordenanzas, ¿buscas diligentemente a Cristo en las ordenanzas? ¿Descansas en la parte exterior y física de las ordenanzas al encontrarte con el pueblo de Dios allí; o aspiras, deseas y te esfuerzas por algo más interior, espiritual e incomparablemente dulce, para poder encontrarte allí con Cristo, para tener comunión con el Padre y el Hijo allí? Y en este sentido, ¿puedes decir como David: «¡Cuán amables son Tus moradas, oh, Jehová de los ejércitos!» y «Mejor es un día en Tus atrios que mil fuera de ellos" (Sal 84:1, 10), y «Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en Su templo» (Sal 27:4)?

¿Buscas también a Cristo en tu familia y en privado? ¿Lo buscas en la oración secreta y en la meditación? Tu amor a Cristo se expresa

en tus deseos. Tus deseos se manifiestan en tu búsqueda de Cristo en Sus caminos.

C. Al amar la imagen de Cristo

En tercer lugar, puedes conocer tu amor a Cristo por tu amor a la imagen de Cristo: a) la imagen de Cristo en Su Palabra, y b) la imagen de Cristo en Su pueblo.

1) *¿Amas la imagen de Cristo en Su Palabra?* Así como la moneda del César llevaba la imagen y la inscripción del César, la Palabra de las Escrituras, que es la Palabra de Cristo, lleva la imagen y la inscripción de Cristo. ¿Amas las Escrituras por la imagen de Cristo que está en ellas? ¿Amas la palabra de doctrina de la Escritura por la imagen de la verdad y de la sabiduría de Cristo que hay en ella? ¿Amas la palabra de preceptos de la Escritura por la imagen de la santidad de Cristo que hay en ella? ¿Amas la palabra de amenazas en las Escrituras por la imagen de la justicia de Cristo que hay en ella? ¿Amas la palabra de promesas en las Escrituras por la imagen de la bondad, la gracia y el amor de Cristo que hay en ella? Tienes la Palabra de Cristo en tu Biblia y a veces resuena en tus oídos, pero ¿abunda la Palabra de Cristo en tu corazón? Recibes la Palabra de Cristo a la luz de Su imagen; ¿recibes Su Palabra por el amor a ella?

2) *¿Amas la imagen de Cristo en Su pueblo?* «El que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1Jn 4:20)? Todos los discípulos de Cristo llevan la imagen de Cristo. Si amas el original, amarás el cuadro, aunque esté dibujado imperfectamente. Si amas la bondad y la santidad perfectas que hay en Cristo, amarás la bondad y la santidad que ves en los santos, aunque no las tengan sino en medida imperfecta. ¿Amas a los discípulos de Cristo, y eso por la imagen de Cristo, aunque difieran de ti en algunas opiniones que son pertinentes pero no esenciales?

D. Por la obediencia a los mandamientos de Cristo

En cuarto lugar, puedes conocer tu amor a Cristo por tu obediencia a Sus mandamientos: «El que tiene Mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama» (Jn 14:15, 21). Tienes los mandamientos de Cristo: ¿los guardas? Los conoces: ¿los pones en práctica? Tu amor a Cristo se conoce por tu obediencia a Cristo. Si Cristo es tu amado,

también es tu Señor; si le tienes verdadero afecto, le rindes sujeción. Si amas a Cristo, tienes cuidado de agradar a Cristo. No eres siervo de la carne, para procurar agradar a la carne; sino que eres siervo de Cristo, para procurar agradar a Cristo sobre todas las personas y sobre todas las cosas. Si amas a Cristo, temes dar razones válidas de tropiezo a los hombres, pero sobre todo temes desagradar y ofender a tu Señor. ¿Te esfuerzas por caminar de tal manera que puedas agradar a Cristo en el camino de la obediencia sincera y universal? ¿Eres sincero en tu obediencia a Cristo? ¿Respetas todos Sus mandamientos? ¿Te aflige no obedecer a Cristo? Si puedes decir en la presencia del Señor, sin que tu corazón haga quedar a tu lengua como mentirosa, que no vives ni te permites la práctica de ningún pecado conocido que Cristo prohíbe, ni la negligencia de ningún deber conocido que Cristo ordena, esta es una evidencia segura del verdadero amor a Jesucristo. De esta manera se prueba tu amor hacia Cristo.

10. USO TRES: PARA REPRENDER

A. Los que no tienen amor por Cristo

De todos aquellos que no tienen amor alguno a este Cristo invisible, ¿no se convencerán muchos, a través del uso de la información y del autoexamen,¹¹ de que carecen de este amor? Permite, pues, la palabra de reprensión. ¿Eres una criatura hecha por Cristo y hecha para Cristo, y, sin embargo, no le tienes amor? ¿Eres una criatura racional? ¿Tienes un alma capaz de conocerle y amarle, y, sin embargo, no lo amas? ¿Eres cristiano y no amas a Cristo, bautizado en el nombre de Cristo y, sin embargo, no amas a la persona de Cristo? ¿Eres profesante, y sin embargo no amas a Cristo; haces

¹¹ **uso de la información...prueba** – dos usos anteriores; Uso 1: Muchos que profesan conocer a Cristo no son verdaderamente salvos, Uso 2: Para el autoexamen.

alarde de devoción, y sin embargo no sientes verdadero afecto por el objeto de tu adoración?

Pecador, aunque no hayas visto a Cristo, ¿no has oído hablar de Él? ¿Y no has oído lo suficiente como para comprometer y atraer tu amor hacia Cristo? ¿Qué piensas: existe tal persona como Jesucristo, o no existe? ¿No tienes la Biblia? Y, si la tienes, ¿no has leído en ella la historia de Jesucristo? ¿Y qué piensas de esa historia: es verdadera o es falsa? ¿Crees que el evangelio es una fábula astutamente concebida? ¿No son las Escrituras que contienen este evangelio la misma Palabra del Dios verdadero, que no puede mentir? ¿No hay en ellas tales características de divinidad que son suficientes para revelar su origen divino a cualquiera que las escudriñe y no cierre voluntariamente sus ojos a la luz que allí resplandece?

Y si es verdad que existe una persona como Jesucristo (pues no hay nada más cierto), ¿cómo es que no le tienes amor? ¿No revelan y exponen las Escrituras a Cristo como la persona más excelente y amable? Y, sin embargo, ¿no le amas? ¿Puedes amar a personas y cosas que no son más que imperfectamente hermosas, y no amar a Jesucristo, quien es todo amor? ¿Puedes amar a alguien muy honorable que solo tiene poder y autoridad inferiores, y no amar a Jesucristo, que es el Señor de gloria, que tiene todo poder y autoridad tanto en el cielo como en la tierra? ¿Puedes amar a quien tiene sabiduría y ciencia, aunque sea terrenal, y no amar a Jesucristo, que es la sabiduría del Padre, que todo lo sabe y cuya sabiduría es divina? ¿Puedes amar a quienes son generosos y benévolos y no amar a Cristo, cuya generosidad es superlativa y cuyos dones son riquísimos y trascendentes?

¿Puedes amar a los amigos que son amables, y no amar a Jesucristo, quien es el mejor amigo que jamás tuvieron los hijos de los hombres? ¿Puedes amar a un bienhechor que te alimenta, te viste y te da dinero, y no amar a Cristo, que se ofrece a alimentar tu alma hambrienta con el pan de vida, a vestir tu alma desnuda con las vestiduras de Su justicia, y a darte las riquezas espirituales de la gracia, cuya menor pizca vale más que todas las riquezas de la tierra?

¿Puedes amar las riquezas y no amar a Cristo, en quien hay tesoros y por quien puedes tener no solo riquezas espirituales aquí, sino también la herencia celestial en el más allá? ¿Puedes amar los honores y no amar a Cristo, por quien puedes tener las más altas

dignidades, el honor de ser hijo del Rey del cielo ahora y una corona de gloria en el otro mundo? ¿Puedes amar la libertad y no amar a Cristo, por quien puedes ser liberado de la esclavitud del diablo y de tus propias concupiscencias? ¿Puedes amar la seguridad y no amar a Cristo, que es el único Salvador de la humanidad y el único que te pone a salvo del alcance de los peores enemigos y de los peores males? ¿Puedes amar la paz y no amar a Cristo, por quien puedes tener paz con Dios y paz en tu propia conciencia? ¿Puedes amar los placeres y las delicias, y no amar a Cristo, por quien puedes tener gozos indecibles y llenos de gloria, además de los placeres eternos que están por venir?

Sin amor a Cristo, estás bajo la culpa de todos tus pecados; ni tu pecado original ni ninguno de tus pecados actuales son perdonados. Todos recaen sobre tu propia cuenta y debes responder por todos tú mismo, y ¡cuán terrible será su cuenta! Sin amor a Cristo, estás bajo la maldición, no solo bajo la maldición de la ley por tu incumplimiento de esta, sino también bajo la maldición del evangelio por la desobediencia a este mandamiento del evangelio que requiere que ames al Señor Jesucristo: «El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene» (1Co 16:22); es decir, que sea maldecido hasta que venga el Señor.

Y cuando venga el Señor, ¿te quitará la maldición? No, vendrá en llamas de fuego para vengarse de ti, habiendo amenazado con castigar a todos los que hayan desobedecido el evangelio con la destrucción eterna, ¿y qué será de ti entonces? Sodoma y Gomorra, esas ciudades malvadas, serán entonces castigadas espantosamente con un fuego peor que el que llovió del cielo y consumió sus personas y sus moradas, es decir, con el fuego del infierno, que se encenderá y se mantendrá vivo hasta la eternidad por el aliento del Todopoderoso. Pero tú que no amas al Señor Jesucristo, a pesar de todas Sus revelaciones, de Sus invitaciones y de Sus ofrecimientos de bondades, serás castigado más terriblemente que los malvados sodomitas. El día del juicio será más tolerable para ellos que para ti (Mr 6:11). Los tormentos del infierno serán intolerables para cualquiera, pero serán más intolerables para los pecadores evangélicos. El fuego del infierno arderá sobre ti con más fiereza, y el azote de la conciencia te azotará con más furia.

Considera esto, tú, que no tienes amor a Cristo; de lo contrario, cuando Él venga a juzgarte, te despedazará y no habrá quien te libre (Sal 50:22). Si aquí no tienes encendido en tu corazón el dulce fuego del amor a Cristo, serás arrojado al espantoso fuego del infierno, que te quemará eternamente.

B. Aquellos con algo de amor por Cristo

1) El registro bíblico

Esto reprueba al que tiene algo de amor a Jesucristo, pero es muy poco amor. Tú que amas a Cristo, ¿no es tu amor muy pequeño, no solo en comparación con el amor a ti mismo, sino también en comparación con el amor que algunos cristianos han alcanzado? ¡Cuán fuerte era el amor de los apóstoles a Cristo cuando lo dejaron todo y le siguieron (Mt 4:20)! Especialmente después de la resurrección de Cristo y Su ascensión al cielo, cuando el Espíritu Santo fue enviado y descendió en forma de lenguas ardientes sobre ellos (Hch 2:3), ¡oh, qué fuego de amor a Cristo se encendió entonces en ellos! De ahí la audaz profesión de Cristo que hicieron ante los sumos sacerdotes y los ancianos (Hch 4). De ahí su regocijo por haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por el nombre de Cristo, cuando fueron azotados por haberle reconocido y predicado (Hch 5:41). El amor de Pedro y Juan era grande hacia Cristo.

Y el amor de Pablo no era inferior al amor de los principales apóstoles; por eso se esmeró tanto en predicar el Evangelio en tantas partes del mundo, desde Jerusalén y sus alrededores hasta Ilírico (Ro 15:19). Ver también cómo se aprueba a sí mismo como ministro de Cristo, y da pruebas de su gran amor a su Maestro: «¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos, más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en

frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?» (2Co 11:23-29), y «Me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2Co 12:10). El fundamento de todo esto era el amor a Cristo que le apremiaba (2Co 5:14). Su amor a Cristo era tal que profesa: «Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Fil 1:21). Cristo era su vida, y su vida estaba enteramente a la devoción de Cristo.

Pero ¿dónde se encuentra ahora un amor así?

2) El registro histórico

Podría hablar también del amor de algunos padres de la iglesia: Ignacio, Policarpo, Jerónimo y otros. Tomemos un ejemplo de Jerónimo, que expresa así su amor a Cristo: «Si mi padre llorara de rodillas ante mí, mi madre se colgara de mi cuello detrás de mí, mis hermanos, hermanas y parientes gritaran por todas partes para retenerme en un camino pecaminoso, yo arrojaría a mi madre al suelo, atropellaría a mi padre, despreciaría a toda mi parentela y la pisotearía, para poder correr hacia Cristo». ¿Cuán pequeño es tu amor en comparación con el amor de esos héroes famosos, esos mártires eminentes, que han menospreciado las llamas y soportado muertes tan atroces y torturadoras por el amor que le tienen a Jesucristo: el fuego de su amor que arde más fuerte dentro de ellos que el fuego exterior, en el que sus cuerpos fueron consumidos?

¿No es tu amor también pequeño en comparación con el amor de nuestros difuntos Reformadores, que los animó con tal valor y resolución como para resistir a todo un mundo de furia y oposición anticristianas? Es tu amor comparable al de muchos eminentes teólogos y cristianos de nuestra propia nación de una época anterior a la nuestra, que ahora duermen en sus tumbas? Pero ¿cuán pocos son los que se pueden comparar con ellos?

3) La cultura cristiana hoy

Es muy lamentable que últimamente vemos una gran decadencia en el poder de la piedad entre los que son sinceros; y ¿no es evidente en la gran decadencia del amor a Jesucristo aun en los verdaderos cristianos? ¿No eres tú un enano en comparación con los demás? ¿No

eres un bebé en Cristo y débil en tu amor a Cristo? ¿No es evidente que tienes poco amor a Cristo, porque Él está muy poco en tus pensamientos y meditaciones? Los pensamientos son los siervos del amor; donde el amor es fuerte y ardiente, muchos pensamientos lo acompañarán. Pero ¿no te dirá tu corazón que tus pensamientos acerca de Cristo son muy pocos? Puedes pensar a menudo en tu alimento, pero ¿cuán poco se alimentan tus pensamientos de Cristo, que es el Pan de Vida? Puedes pensar a menudo en tu vestido, pero ¿cuán poco piensas en las vestiduras de la justicia de Cristo? Puedes pensar a menudo en tus amigos terrenales, pero ¿qué poco piensas en Jesucristo, tu amigo en el cielo? Los objetos de los sentidos están a menudo no solo en tus ojos, sino también en tus pensamientos; pero ¿qué poco se detienen en Cristo tus pensamientos, el cual es el objeto de la fe?

Además, ¿no es un argumento de poco amor a Cristo el que hables tan poco de Él y para Él en tus conversaciones? Si tuvieras mucho amor a Cristo, ¿no se manifestaría más este amor en tus conversaciones? Puedes hablar fácilmente de ti mismo, y a menudo te elogias directa o indirectamente, lo cual evidencia tu gran amor propio; ¡cuán poco elogias a tu Señor y Maestro, y ensalzas Sus excelencias con tus labios! ¿Y no es esta una evidencia de que le tienes poco amor en tu corazón? Puedes hablar fácilmente de noticias y acontecimientos públicos (lo cual es lícito y necesario); pero cuando dejas a Cristo completamente fuera de tu conversación, esto demuestra que no le tienes amor en abundancia, porque de la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12:34). Los que aman mucho al mundo hablarán de sus riquezas; los que aman mucho los placeres hablarán a menudo de ese tema. Los que aman mucho a sus amigos, hablarán a menudo de ellos y los elogiarán ante otros, y cuando hablas poco de Cristo, es señal de que lo amas poco. ¿Acaso el poco celo que tienes por honrar a Cristo en el mundo no es un argumento de que lo amas muy poco?

¿Dónde está tu actividad por Cristo para promover Su interés entre aquellos parientes y amigos que conoces? ¿Te esfuerzas todo lo que puedes para llevar a otros a los caminos de Dios y a conocer a Cristo? Además, ¿no argumenta tu pobre devoción secreta tu poco afecto por Cristo? ¿No atestiguarán tu cámara de oración y otros lugares de retiro cuán poco oras en secreto y conversas allí con

Cristo? La oración breve y pobre en secreto evidencia un corazón pobre en amor a Jesucristo. ¿No muestra la debilidad de tu amor tu poca disposición para el ejercicio de este amor a Cristo? ¡Cuán lento eres de corazón para el amor de Cristo! ¡Cuán difícil de ser persuadido! No necesitas ser persuadido a amar a tu esposa, si es amable y servicial; no necesitas ser persuadido a amar a tus hijos, si son hermosos y prometedores; no necesitas ser persuadido a amar a tus amigos, si son amistosos y fieles. Y sin embargo, cualesquiera que sean los atractivos del amor, el más fuerte de todos está en Jesucristo. Pero tú estás al revés en este amor.

¿Necesito decir más para convencerte de que tienes poco amor a Cristo? ¿No lo atestiguará suficientemente tu propia conciencia a partir de estas claras evidencias?

4) Consecuencia

Y ahora, cristiano, piensa qué pecado, qué vergüenza, qué locura es que tengas tan poco amor a Jesucristo. Si es un pecado tan grande para los que son extraños a Cristo no tenerle amor en absoluto, que los pone bajo la más terrible maldición, ciertamente no puede ser un pecado pequeño que tú, que eres Su verdadero discípulo, le tengas tan poco amor. ¿No es muy desagradable para el Padre que tengas tan poco amor a Su Hijo? Aunque Él no te odia por causa de tu relación con Cristo, sin embargo, ¿no estará enojado contigo por la tibieza de tu afecto hacia Cristo, pecado que es agravado por la cercanía de tu relación?

¿No es deshonoroso para Cristo que le tengas tan poco amor? ¿No dices en la práctica: «No hay gran valor o algo amable en Él», ya que no le tienes un gran amor? ¿Acaso no eres mucho más ingrato con Cristo, que con el amigo terrenal más servicial? ¿No es una vergüenza para ti tener tan poco amor a Cristo, cuando Él merece tanto tu amor? Además de las infinitas excelencias y perfecciones que hay en Su persona, ¿no exige Su infinita bondad hacia ti no solo la realidad de tu amor, sino también la fuerza de tu amor? Piensa en lo que ha hecho por ti, piensa en lo que ha sufrido por ti, piensa en lo que ha comprado para ti, piensa en lo que te ha prometido, piensa en lo que ha dispuesto para ti, piensa en lo que ha guardado para ti. Y, sin embargo, ¡tienes tan poco amor para Cristo; le devuelves tan poco!

Además, ¿no es una locura tener poco amor a Cristo? ¿No te niegas o te privas de una paz que sobrepasa todo entendimiento, de una dulzura y consuelo inconcebibles, tanto en la fuerza de tu amor como en la conciencia de Su amor? ¿No es el daño y el perjuicio para ti mismo la consecuencia de tu poco amor a Cristo? ¿Has de arrastrarte pesadamente en los caminos de Dios, como Faraón cuando le quitaron las ruedas de su carro (Ex 14:25)? El amor a Cristo es como las ruedas en tu actividad por Cristo, y como aceite a las ruedas, que te prepara para cualquier buena obra a la que Él te llame. Pero cuando tienes poco amor a Cristo, serás más lento en tus movimientos, más perezoso en el servicio de Cristo. No quieres, no puedes esforzarte en la obra del Señor, y ser tan celoso como podrías y deberías serlo por la gloria de tu Señor.

Para concluir, si tienes poco amor a Cristo, serás propenso a desmayar en el día de la adversidad, a retroceder cuando seas llamado a tomar Su cruz y sufrir por Su causa. Los sufrimientos menores te desconcertarán, los sufrimientos mayores te atemorizarán y asombrarán, y correrás el peligro de convertirte en un temible apóstata en el tiempo de las grandes pruebas. Se necesita un gran amor a Cristo, así como una gran fe, para atravesar los sufrimientos con valor y perseverar hasta el fin.

Hasta aquí hemos propuesto tres usos o aplicaciones de esta doctrina:

*Que es deber de los verdaderos cristianos amar al Señor
Jesucristo, a quien nunca han visto.*

El primer uso es informativo: saber que hay muy pocos cristianos verdaderos en el mundo porque son muy pocos los que aman a este Cristo invisible (capítulo 8).

El segundo uso es para el autoexamen: para saber si eres un verdadero cristiano por la prueba de tu amor a Jesucristo (capítulo 9).

El tercer uso es para reprender: para que los que no aman a Cristo o aman poco sean reprendidos y se arrepientan para que lo busquen mientras puede ser hallado (capítulo 10).¹²

El cuarto uso se detalla en la Parte III. El cuarto uso es para exhortar al amor a Jesucristo, a quien nunca has visto, y es el uso principal que se concibió en la elección de este tema, y en el que más insistiré. Para lograr esto, voy a dar algunas *motivaciones* y luego algunas *instrucciones* para su realización.

Las motivaciones para moverlos y provocarlos al amor a este Cristo invisible pueden ser las siguientes:

1. Al considerar lo que Cristo es (cap. 11),
2. Al considerar el amor de Cristo (cap. 12),
3. Al considerar los beneficios de Cristo (cap. 13),
4. Al considerar el amor que los cristianos tienen y deben tener a Cristo (cap. 14).

¹² Estos párrafos han sido insertados por los editores como ayuda para el lector.

PARTE III

MOTIVACIONES PARA NUESTRO AMOR

11. LO QUE CRISTO ES

La primera clase de motivaciones puede extraerse de la consideración de lo que Cristo es, y eso en: A) Lo que Él es en sí mismo, B) Lo que Él es para el Padre, y C) Lo que Él es para los verdaderos cristianos.

A. Lo que Cristo es en Sí mismo

1) La Deseabilidad de Cristo

Considera lo que Cristo es en Sí mismo. En general, Él es la persona más amable y el objeto más adecuado para tu amor. Si preguntas por los días pasados, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra; si buscas desde un lado del cielo hasta el otro; si indagás en todas las partes de la tierra, nunca encontrarás que haya existido una persona tan amable, tan hermosa y que merezca tanto tu amor como el Señor Jesucristo. Hay en Él una belleza y una excelencia inigualables, trascendentes e incomparables.

Cuán apasionadamente se enamoran algunos hombres insensatos de la belleza externa que ven en algunas mujeres: la exacta simetría de las partes y la hermosa proporción del cuerpo, los rasgos agradables y las encantadoras combinaciones de colores en el rostro

y la belleza de los ojos; en su espíritu, sus movimientos ágiles y elegantes, y sus miradas apasionadas. Aunque el cuerpo más bello del mundo no es más que arcilla pintada, suciedad y corrupción encerradas en una piel hermosa, que la enfermedad hace que palidezca y se marchite, y la muerte estropea y echa a perder.

Pero la dulzura y belleza de Cristo es más trascendente y permanente, y por eso es un objeto más adecuado para tu amor. Cristo es más hermoso que los hijos de los hombres; es todo bello sin mancha, todo hermoso sin imperfección ni deformidad. Ya he hablado de la belleza gloriosa que hay en el cuerpo glorificado de Cristo, la más hermosa de todas las creaciones visibles que Dios ha hecho; y también de las excelencias resplandecientes que hay en el alma glorificada de Cristo, tan unida a la divinidad. Si pudiéramos imaginar que toda la hermosura que jamás se haya visto o encontrado en las personas más hermosas que jamás hayan existido, se reuniera en una sola persona, ¡cuán hermosa sería esa persona! Sin embargo, tal belleza, aunque fuera la más resplandeciente, no sería más que una sombra oscura comparada con el resplandor de la hermosísima persona de Cristo.

¿Puedes amar la belleza imperfecta que ves en las criaturas, y no amarás la belleza perfecta que hay en Cristo? ¿Puedes amar una belleza que desaparece, que se marchita pronto como la flor, y no amarás a Cristo, cuya belleza nunca decae, sino que permanece siempre más fresca que la belleza en la flor de la juventud? ¿Acaso puedes sentirte rápidamente impactado por los objetos bellos que están ante el ojo de tus sentidos, y no te impactará este objeto mucho más bello, el Señor Jesucristo, quien es tan claramente perceptible por el ojo de la fe? Si el ojo de tu fe estuviera abierto y despejado para mirar la trascendente dulzura que hay en Cristo, no podrías elegir sino amarlo. Si pudieras ver las miradas de Sus ojos y las sonrisas dulces de Su rostro hermoso, como algunos lo han visto, tu corazón se sentiría invadido y extasiado de amor, y lleno de gozo y deleite inefables.

2) *Las cualidades de Cristo*

Más particularmente, hay en la persona de Cristo las más amables cualidades para atraer y despertar tu amor. Mencionaré estas seis: a) Su grandeza y autoridad, b) Su santidad y pureza, c) Su sabiduría y

omnisciencia, d) Su verdad y fidelidad, e) Su plenitud y omnipotencia, f) Su bondad y misericordia.

a) Grandeza y autoridad de Cristo

Considera la grandeza y autoridad de Cristo. *Aquila non capit muscas*: «El águila no persigue a las moscas». Las almas grandes no se afectan, si no es con cosas grandes. No hay nadie tan grande como Jesucristo: Él es el más grande en honor y dignidad; Él es el más grande en poder y autoridad. La excelencia de la majestad atrae en gran medida el amor y gobierna los corazones, así como la obediencia de los súbditos. Y aquellos príncipes que tienen el mayor poder y autoridad son los predilectos del pueblo, cuando no abusan de su posición con injusticia y crueldad, con usurpación y tiranía; si el poder se administra con clemencia y la autoridad, con bondad hacia aquellos que están bajo su mando. Los príncipes alcanzan tanto la estima y el amor de su pueblo, que este estará dispuesto a gastar sus bienes y arriesgar sus vidas en su servicio.

Cristo es el Príncipe de los reyes de la tierra; está revestido del más alto honor, ataviado con la más excelsa majestad, engalanado con el mayor poder e investido con la mayor autoridad. Él es el Rey y Señor de la Gloria; Él es exaltado a una dignidad más alta que el potentado más grande que jamás haya vivido sobre la tierra; sí, Él está por encima de todos los tronos y dominios, principados y potestades, de los ángeles gloriosos que están en el cielo. Todo poder le es dado en el cielo y en la tierra (Mt 28:18). Él hace lo que quiere en el cielo: los ángeles están a Su entera disposición, ejecutan Su voluntad y van y vienen a Su mandato. Y Él tiene poder en la tierra: Él es la Cabeza de la iglesia, y la Cabeza sobre todos a la iglesia. Él puede sujetar a Sus enemigos, conquistarlos y ponerlos bajo Sus pies a Su antojo. Y a pesar de la severidad que muestra a veces al ejecutar Sus juicios y vengarse de los malvados, nunca abusa de Su poder con injusticia. Él es muy justo con los peores, y los castiga aquí menos de lo que merecen sus iniquidades. ¡Qué bondad y clemencia muestra con Sus propios súbditos y con Su pueblo!

¿Y no sentirás un gran amor por una persona tan excelente? La consideración de la alta dignidad de tu Señor, ¿no debería elevar tu amor hacia Él a una gran altura? Cuando Cristo tiene tal autoridad, ¿no gobernará tu corazón? Cuando Cristo está investido de tal poder que puede defenderte contra la furia y la crueldad de tus adversarios

más poderosos y maliciosos, ¿no amarás sobremanera a tal persona? ¿No estarás firmemente confiado bajo la sombra de Su gobierno?

b) La santidad y la pureza de Cristo

Considera la santidad y pureza de Cristo. Algunas personas distinguidas que abundan en riquezas y honores, ...tienen algunas cualidades naturales que son amables, y logros adquiridos que podrían hacerlos muy útiles en sus países. Sin embargo, por su maldad y libertinaje, su suciedad e impureza, y sus vidas impías y viciosas, manchan todas sus otras excelencias, y se convierten en objetos de desprecio y escarnio para aquellos que, de otro modo, les tendrían gran respeto y amor.

Pero Cristo es sumamente amable por Su santidad y pureza. Fue santo en Su nacimiento: aunque nació de una mujer pecadora, nació sin pecado. Cuando vivía entre pecadores impuros, mantuvo Sus vestiduras libres de toda mancha. Su corazón y Su vida estaban libres de toda contaminación; y nunca fue culpable de la menor transgresión, ni en acción ni en la menor inclinación. Oh, ¡qué excelente persona fue Cristo cuando estuvo aquí en la tierra! ¡Cuán glorioso en santidad! ¡Qué brillantes rayos de perfecta pureza y exacta inocencia esparció Cristo en aquellos lugares oscuros de la tierra donde vivió, y entre aquellos oscuros y manchados pecadores con quienes conversó! Entonces, ¡cómo brilla Cristo en santidad, ahora que ha entrado en el lugar santísimo que está arriba, y allí no conversa con nadie sino con los que son santos!

Sé que debido a la santidad y pureza de Cristo, Él es el objeto del odio y la enemistad de los malvados e impíos. Porque Cristo es enemigo de sus lujurias que tanto aman, ellos tienen una enemistad contra la persona de Cristo. Cuando estaba aquí en la tierra, dijo a sus hermanos: «El mundo...me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas» (Jn 7:7), y el odio del mundo persiste por el mismo motivo. Cristo reprende al mundo de pecado, y esto el mundo no lo puede soportar y quiere deshacerse de Él. Los rayos de la santidad de Cristo ofenden sus ojos irritados; sus preceptos santos ofenden sus corazones carnales.

Sin embargo, a pesar de esto, Él es el objeto más adecuado para el amor de los santos debido a Su santidad. Los que son verdaderamente sensatos amarán más a los que son mejores, y los

que son realmente los mejores hombres y mujeres del mundo son los más santos. Si en verdad son discípulos de Cristo, amarán la santidad dondequiera que la vean; y ¿pueden amar la santidad imperfecta que hay en el pueblo de Dios y no amarán a Cristo, el cual es perfecta e infinitamente santo y la fuente de toda la santidad que se encuentra en cualquiera de los hijos de los hombres? Si hay un brillo tan maravilloso en la santidad derivada de algunos que los hace brillar como luces en un mundo oscuro, ¡qué maravilloso brillo trascendente hay en la santidad original que está en Cristo! Esta santidad, tal como es motivo de gran admiración, también lo es de gran afecto. «Sumamente pura es tu palabra, y la ama Tu siervo» (Sal 119:140). Cristo es la Palabra, no la Palabra escrita, sino la Palabra esencial, y Él es muy puro; por lo tanto, debes amarlo.

c) La sabiduría y la omnisciencia de Cristo

Considera la sabiduría y la omnisciencia de Cristo. La sabiduría hace resplandecer el rostro; la ciencia hace progresar a algunos en gran estima. Los que más saben, si su moral es conforme a su intelecto, son los más admirados por los que comprenden lo que es el verdadero valor. Especialmente, si hay sabiduría espiritual junto con la natural y adquirida, si hay mucha gracia en el corazón así como mucho conocimiento en la cabeza, ¿cuán dignos son de ser amados?

Daniel era un hombre de gran erudición y sabiduría, experto en todo el saber de los caldeos, en aquello que no era pecaminoso y diabólico; y además de esto, estaba dotado de sabiduría divina por las enseñanzas del Espíritu Santo. El ángel le dijo a este Daniel más de una o dos veces que era un hombre «muy amado». Era muy amado por el Señor del cielo, muy amado por su príncipe en la tierra y muy amado por su pueblo y por todos, excepto algunos pocos que envidiaban su prosperidad y privilegios. La sabiduría de Daniel lo hizo muy amado universalmente: ¡cuán amado debería ser entonces Cristo a causa de Su sabiduría y conocimiento! La sabiduría de Cristo va mucho más allá de la sabiduría de Daniel o de la sabiduría de Salomón, que era más sabio que Daniel. Estos hombres tenían una sabiduría que los hizo famosos y estimados en su tiempo; pero Cristo es la Sabiduría, la sabiduría del Padre (1Co 1:30). Ellos eran hijos de la sabiduría, pero Cristo es el padre y la fuente de la sabiduría. Tenían algunas joyas de sabiduría, pero todos los tesoros de la sabiduría y

del conocimiento están escondidos en Cristo (Col 2:3). Tenían ciencia y conocimiento, pero su conocimiento era ignorancia comparado con el conocimiento de Cristo: la mayor parte de las cosas que sabían era solo una pequeña parte de las cosas que no sabían. Ellos sabían algunas cosas, pero Cristo es omnisciente y conoce todas las cosas. Ellos conocían muchos secretos de la naturaleza; pero Cristo conoce los secretos del cielo, la mente de Dios y nada se le oculta.

¡Cuán grandemente amado, entonces, debe ser Cristo! Si eres sabio, amarás a Cristo; si quieres ser sabio, deberás amarlo, puesto que Él es infinitamente sabio, y es el único que puede hacerte verdaderamente sabio.

d) La verdad y la fidelidad de Cristo

Considera la verdad y la fidelidad de Cristo. La verdad y la fidelidad son muy raras en nuestros días, en que tanto abundan la falsedad y el engaño. Lo que se decía antiguamente: «La verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir» (Is 59:14-15), lo mismo puede decirse ahora. Por lo tanto, los que son verdaderos, fieles sin engaño, son dignos de gran estima y amor. Pero ¿qué amor deberías dar a Cristo, que no solo es verdadero, sino la Verdad misma (Jn 14:6); que es sumamente fiel en todas Sus promesas y compromisos, y nunca ha engañado a ninguno de los que confían en Él; quien a menudo es mejor que Su palabra, y nunca peor? Amarás a un amigo verdadero y fiel, y ¿no amarás a un Cristo verdadero y fiel, el mejor amigo de los hijos de los hombres? Así como la fidelidad de Cristo debe alentar tu confianza en Él, así debe afianzar tu amor hacia Él.

e) Plenitud y suficiencia de Cristo

Considera la plenitud y la omnipotencia de Cristo. Los que tienen propiedades grandes y abundantes son muy amados por los pobres e indigentes, si también tienen corazones grandes y manos abiertas dispuestas a repartir para sus carencias y necesidades. Nadie tiene tanta plenitud y abundancia como el Señor Jesucristo, y nadie tan dispuesto a comunicar de Su plenitud a las necesidades de los pobres de espíritu y sensibles a su necesidad, «por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud» (Col 1:19). No solo hay abundancia en Él, sino plenitud: no la plenitud de la cisterna, sino la plenitud de

la fuente; no es una plenitud de suficiencia solo para Él, sino la plenitud rebosante para Su pueblo; no es alguna plenitud para algunas cosas, sino toda la plenitud para todas las cosas buenas; no es la plenitud para algún tiempo y que solo dura por un tiempo, sino *toda* la plenitud mora en Él y permanece para todo Su pueblo a través de todas las generaciones. Y esto no depende del agrado de los hombres, cuyas mentes pueden cambiar, sino que ha agradado al Padre: depende del agrado del Padre, quien es siempre el mismo, y cuya buena voluntad para Su pueblo es inmutable.

Hay aquí una doble plenitud en Cristo para Su pueblo, además de Su plenitud de gloria (Is 6:3), que hace referencia a la eternidad. Hay una plenitud de mérito y una plenitud de Espíritu. 1) Hay en Cristo una plenitud de mérito en esa justicia plena y perfecta que Él ha obrado para ellos, y que les imputa para su justificación. 2) En Cristo hay plenitud de Espíritu, que le ha sido dado sin medida (Jn 3:34) y que les imparte y comunica para su santificación y consolación. Cristiano, estás vacío, pero Cristo está lleno; eres pobre, Cristo es rico; eres indigente, Cristo es todo suficiente; ¿y no amarás a Cristo, quien es capaz de hacer por ti más de lo que puedes pedir o entender (Ef 3:20), y no solo es capaz sino que está muy dispuesto a suplir todas tus necesidades espirituales? ¿No amarás a Cristo, que es una fuente siempre rebosante de bien, que tiene tesoros inagotables de gracias y consuelos en Él, que están abiertos ante ti y para ti, y cada día puedes venir libremente y sacar de este tesoro joyas que son de mayor valor y mayor utilidad que la de la más abundante riqueza terrenal?

f) La bondad y la misericordia de Cristo

Considera la bondad y la misericordia de Cristo. Toda la bondad de los hombres es crueldad comparada con la bondad de Cristo; todas las misericordias de los hombres son crueldad comparadas con las misericordias de Cristo. Él es todo bondad, todo compasión, todo piedad, todo gracia, todo misericordia para la miserable humanidad perdida. (No me extenderé aquí porque esto caerá bajo el uso 4 en el segundo encabezado de motivaciones, tomado de la consideración del amor de Cristo). Y si añadimos la bondad y la misericordia de Cristo a todas Sus otras excelencias y perfecciones, ciertamente parecerá que Él tiene incomparablemente los mayores atractivos en

Él para ser amado, para cualquiera que no tenga un velo muy espeso de incredulidad ante sus ojos para ocultarlo de su vista.

B. Lo que Cristo es para el Padre

En segundo lugar, considera lo que Cristo es para el Padre: 1) Es el pariente más cercano; 2) Es muy amado por Él.

1) Cristo es el pariente más cercano del Padre

Cristo es lo más parecido y también lo más perfectamente semejante al Padre. Todas las criaturas están relacionadas con Dios como su Hacedor, pero los hijos de Dios están más estrechamente relacionados. Los santos son parientes de Dios, puesto que son Sus hijos por adopción y regeneración; los ángeles están más emparentados con Dios, ya que son Sus hijos por creación y nunca fueron separados de Él por el pecado; pero el Señor Jesucristo es el pariente más cercano de Dios, que es Su Hijo por generación eterna.¹³ Así, Cristo es el Hijo unigénito de Dios y lleva Su imagen más perfectamente, siendo el resplandor de Su gloria, y la imagen misma de Su sustancia (Heb 1:3).

Esta estrecha relación de Cristo y Su semejanza con el Padre exigen tu amor más intenso. Si tienes motivo para honrar al Padre, tienes el mismo motivo para honrar al Hijo; si tienes motivo para amar al Padre, tienes el mismo motivo para amar al Hijo. ¿Amarás a los hijos de los príncipes y no amarás al Hijo de Dios? Amarás a tus propios hijos, que llevan tu imagen, ¿y no amarás a Cristo, que es la imagen precisa de Dios? Leemos de Cristo: «El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse» (Fil 2: 6). Cristo (sin quitarle o disminuir a Dios) es igual a Dios en todas las gloriosas excelencias y perfecciones; y por lo tanto le debes tu amor más grande y fuerte, porque negárselo sería lo mismo que robar.

2) Cristo es muy amado por el Padre

Cristo es muy amado por el Padre (2P 1:17), pues Él recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo

¹³ **generación eterna** – La comunicación de la misma esencia numérica, entera y total, del Padre al Hijo. (Charles Hodge, *Teología Sistemática*; 1.460)

complacencia» (Mt 3:17). Aquel, pues, que es digno del amor del Padre, ciertamente es digno del tuyo. Aquel que es principalmente amado por el Padre, debe ser principalmente amado por ti.

C. Lo que Cristo es para todos los verdaderos cristianos

En tercer lugar, considera lo que Cristo es para todos los verdaderos cristianos. Si eres uno de ellos, Cristo es tu Pastor. Él te apacienta en pastos verdes; Él ha dado Su vida por Sus ovejas; y, ¿no amarás a un pastor así?

Él es tu Capitán, el que ha vencido a todos tus enemigos por ti, y te conduce a tomar el botín; ¿y no amarás a tal líder?

Él es tu Profeta, el que te enseña las cosas más excelentes que jamás se hayan enseñado: los misterios más elevados, las verdades más gloriosas, que son sumamente importantes de conocer y creer. Él te enseña de la manera más excelente por Su Palabra y Espíritu, abriendo tu entendimiento así como Sus verdades, dándote luz y un ojo para discernir esta luz, ¿y no amarás a tal maestro?

Él es tu Sumo Sacerdote, el que ha hecho satisfacción por ti, y además intercede por ti para reconciliarte con Dios; y Su intercesión es incesante y predominante, ¿y no amarás a tal abogado?

Él es tu Rey, el que te gobierna con el mayor poder y justicia, con la mayor sabiduría y gracia, y ¿no amarás a semejante soberano?

Él es tu Benefactor, el más bondadoso y generoso, y no hay dones comparables a los Suyos; ¿y no amarás a semejante amigo?

Él es tu Hermano; y si Él no se avergüenza de tenerte por Su hermano y hermana, ¿no será una vergüenza que le niegues tu corazón?

Él es tu Esposo; y tú estás unido a Él por el Espíritu y la fe, con lazos que no pueden romperse; y, ¿no lo acogerás en los brazos de tu más entrañable amor?

Él es tu Redentor, quien te rescató y libró del pecado y de Satanás, de la muerte y de la ira. Él te ha redimido por precio, el precio de Su sangre, y ¿no ha dado entonces el mayor precio por tu amor? Te ha redimido también por conquista, y ¿no conquistará tu corazón?

Seguramente eres totalmente indigno de estas relaciones si no ofreces a Cristo tus afectos más queridos y selectos. Como resultado de las motivaciones que se derivan de la consideración de lo que Cristo es.

12. EL AMOR DE CRISTO A LOS VERDADEROS CRISTIANOS

La segunda clase de motivaciones para despertar tu amor a Cristo puede extraerse de la consideración del amor de Cristo a los verdaderos cristianos. Si eres un verdadero cristiano, Cristo te ama

- A. Con el amor más libre,
- B. Con el amor más verdadero,
- C. Con el amor más fuerte,
- D. Con el amor más seguro.

A. El amor más libre

Considera que Cristo te ama con el amor más libre. Hay muchos motivos y atractivos para tu amor a Cristo, pero el amor de Cristo a ti es el más libre: nada en ti proporciona motivos para atraer y comprometer Su amor, excepto la deformidad y la enemistad hacia ÉL, excepto la inmundicia que ÉL aborrece, y la maldad que Su alma odia.

No hay hombre en el mundo que te ame, si no encuentra o imagina alguna belleza en ti, algo que sea un motivo para atraer su amor hacia ti. El ingenio es un motivo para unos, la riqueza para otros; la belleza para unos, la fortaleza para otros; el parentesco cercano para unos, el amor afectuoso para otros; la liberalidad para unos, el servicio para otros; la grandeza para unos, la bondad para otros. Las similitudes, ya sea en lo bueno o en lo malo, es un motivo para el amor de la mayoría.

Pero el amor primero de Cristo hacia ti es totalmente gratuito. Lo que es motivo para los hombres e induce su amor hacia ti, no es motivo para inclinar el amor de Cristo. El pecado que trajiste al mundo contigo y los muchos pecados que has cometido desde que viniste al mundo, son suficientes para dejar fuera todos los motivos de amor en Cristo, ante quien todo pecado es tan odioso y abominable.

Cualquiera que haya sido el motivo que indujo a Cristo a amarte, no se encontraba en ti, sino en Sus propias entrañas. Y este amor gratuito de Cristo, ¿no te inclinará a amarlo? ¿Te ama Él más libremente, y no le amarás más entrañablemente? ¿Acaso Cristo te amó sin ningún motivo para atraer Su amor; y no amarás tú a Cristo, en quien hay tantos motivos para atraer tu amor? ¿Empezó Cristo a amar, y no corresponderás tú? ¿Te amó Cristo en tu deformidad, y no lo amarás tú, el cual posee una belleza tan perfecta? Si ahora tienes alguna belleza espiritual, es por la hermosura que Cristo ha puesto en ti. Pero el amor primero de Cristo fue gratuito, lo cual es motivo de la mayor admiración, y debería ser motivo del mayor afecto.

B. El amor más verdadero

Considera que Cristo te ama con el amor más verdadero. Hay poco amor verdadero en el mundo. Hay muchos que verdaderamente te odian, pocos que verdaderamente te aman, y hay mucho disimulo en el amor y afecto fingido de algunos. Todos los que te halagan no te aman de verdad. El amor en apariencia y exterior, en buenas palabras y buenos discursos, es común; pero el amor en hechos y en verdad, que se evidencia en verdaderos servicios de amor donde hay mayor necesidad, raramente se encuentra.

Job se quejó: «Mis hermanos me traicionaron como un torrente; pasan como corrientes impetuosas que están escondidas por la helada, y encubiertas por la nieve; que al tiempo del calor son deshechas, y al calentarse, desaparecen de su lugar» (Job 6:15-17). En su prosperidad, Job tenía muchos amigos; y su amor y amistad parecían tener cierta fuerza y consistencia, como el hielo sobre el arroyo. Pero cuando el calor de los problemas y las calamidades vino sobre Job, entonces el amor de sus amigos se derritió y se desvaneció,

como el hielo y la nieve ante los cálidos rayos del sol. El amor de la mayoría es egoísta, para sus propios fines; y, por lo tanto, cuando el amor no les deja beneficios, sino más bien les crea problemas y perjuicios, se reduce a nada.

El verdadero cristianismo enseña otro tipo de amor. Los que son efectivamente religiosos tienen un amor verdadero que está dispuesto a mostrarse más en las situaciones adversas. Pero nadie te ama ni puede amarte con un amor tan verdadero como Jesucristo: no hay adulación ni disimulo en Su amor. Su amor no es en lo más mínimo falso; no es en lo más mínimo egoísta y para Sus propios fines. Él no te ama para recibir bien de ti, sino para poder hacerte bien. Él te ama no solo en la prosperidad, sino que principalmente evidencia Su amor en la aflicción y la adversidad. Él es una ayuda presente en el tiempo de angustia, y entonces da las más tiernas demostraciones de Su amor. Él se conmueve cuando percibes tus debilidades en medio de la tentación, y se identifica contigo en tus penas cuando estás afligido. Él muestra Su amor al visitarte en tus problemas, al apoyarte, al aliviarte y al librarte. Oh, ¡qué amor deberías tener hacia el Señor Jesucristo, que te ama con un amor tan verdadero!

C. El amor más fuerte

Considera que Cristo te ama con el amor más fuerte. Su amor es más fuerte que la muerte, más ardiente que el fuego, que tiene la llama más intensa. La fuerza del amor de Cristo hacia ti se muestra en la actividad de Su amor, en lo que hace por ti; y esto se muestra en tres cosas: 1) en lo que ha hecho por ti, 2) en lo que está haciendo por ti, y 3) en lo que hará por ti.

1) Lo que Cristo ha hecho por ti

La fuerza y la actividad del amor de Cristo hacia ti se manifiesta en lo que Cristo ha hecho por ti. Mencionaré brevemente algunos detalles.

a) Fue el fuerte amor de Cristo lo que le hizo descender del cielo por ti, para asumir tu naturaleza. ¡Qué clase de amor fue este: que Dios se hiciera hombre, que el Espíritu se hiciera carne, que Aquel que hizo el mundo naciera de una virgen pobre, y todo por ti!

b) Fue el amor de Cristo lo que le hizo cumplir toda justicia por ti. Él rindió perfecta obediencia a la Ley, tanto moral como ceremonial¹⁴, para que tú pudieras tener el beneficio de ella.

c) Fue el amor de Cristo el que le hizo someterse a las tentaciones del diablo por ti, para que al sufrir siendo tentado, pudiera socorrerte cuando fueras tentado.

d) Fue el amor de Cristo lo que le hizo soportar por ti las contradicciones de los pecadores. Soportó muchas afrentas, insultos, envidias y blasfemias de los impíos, para darte ejemplo de cómo comportarte en circunstancias semejantes.

e) Fue el amor de Cristo lo que le hizo dar la vida por ti. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos» (Jn 15:13-14). Que una persona como Cristo, tan excelente, tan inocente, se sometiera a la muerte, y a una muerte como la de la cruz, tan vergonzosa, tan dolorosa; que se sometiera a tal ignominia y soportara tal agonía, tales desgarros en Su carne, tales presiones en Su espíritu, y eso con tal resolución y voluntad, con tal sumisión y paciencia, y eso por personas como tú, que aunque ahora seas Su amigo, en ese momento eras extranjero y enemigo: ¡aquí hubo amor más fuerte que la muerte! ¡Oh, la altura! ¡Oh, la profundidad de este amor! Hay tales dimensiones en este amor de Cristo, que la magnitud más extensa de la línea más larga de tus más extensos pensamientos e imaginaciones nunca podrá alcanzar y medir.

f) Fue el amor de Cristo el que lo resucitó de entre los muertos por ti: «El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro 4:25).

g) Fue el amor de Cristo el que lo llevó de la tierra al cielo, donde antes estaba, por ti. «Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré» (Jn 16:7).

2) Lo que Cristo hace por ti

La fuerza y la actividad del amor de Cristo hacia ti se muestra en lo que Él está haciendo por ti.

¹⁴ **moral y ceremonial** – la ley moral refleja el diseño permanente de Dios para el comportamiento de todos los hombres; la ley ceremonial refleja el papel de Israel en la prefiguración y preparación para la venida de Jesucristo.

a) *Intercede por ti a la diestra de Dios*: «¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Ro 8:34). Es por amor que Cristo intercede por ti en el cielo, para que seas aceptado, tus pecados perdonados, tus oraciones escuchadas y para que el Espíritu Santo sea enviado a ti para enseñarte, santificarte y consolarte.

b) *Te está preparando un lugar*: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Jn 14:2). Es por amor que Cristo, como tu precursor, entra por ti en el palacio glorioso que está arriba, para tomar posesión de él por ti y preparar allí lugares para tu recepción.

3) Lo que Cristo hará por ti

La fuerza y la actividad del amor de Cristo hacia ti se muestra en lo que Él hará por ti.

a) *Te guardará en Su mano*, para que nadie te arrebate de ella: «No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Jn 10:28). Porque eres recibido en los brazos de Su amor, por lo tanto serás guardado por la mano de Su poder, y por lo tanto nunca caerás final o totalmente.

b) *Cristo hará que todas las cosas cooperen para tu bien*: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Ro 8:28). Cristo tiene un amor entrañable por todos los que aman a Dios, siendo tu amor fruto del Suyo. Y cuando los hombres y los demonios conspiran juntos para hacerte mal, el amor de Cristo lo convertirá en algo para tu provecho espiritual.

c) *Cristo estará a tu lado en la angustia y en la muerte*: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (Jn 14:18). Cuando surja la aflicción, especialmente si es por Su causa, y seas despojado de todo consuelo exterior, Cristo no te dejará sin consuelo. Cuando fallen los amigos, falle la carne, falle el corazón, sí, y falle la vida, Cristo no fallará, sino que permanecerá a tu lado y te fortalecerá, y será una luz para ti en tus horas más oscuras, un sostén para tu espíritu cuando esté a punto de desfallecer dentro de ti.

d) *Después de la muerte, Cristo cuidará de tu alma*. No permitirá que vague sin saber por dónde. No permitirá que el diablo se apodere

de ella como de su presa, sino que enviará a sus ángeles para que la conduzca y la lleve al paraíso celestial, a fin de que donde Él esté, allí estén también ellos (Jn 14:3). «Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham» (Lc 16:22). «Confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2Co 5:8).

e) Cristo resucitará tu cuerpo en el último día. Si tu cuerpo fuese consumido por el fuego o ahogado en el agua, o se pudriera en la tierra, sea lo que fuere de él, el Señor Jesús, en Su segunda gloriosa aparición, lo encontrará y lo resucitará, y lo transformará en la semejanza de Su gloriosísimo cuerpo. «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero» (Jn 6:40). «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Fil 3: 20-21).

f) Cristo enviará a sus ángeles para que te reúna en la sociedad de los elegidos, que han vivido en todas las épocas y en todas las partes del mundo, y te lleve a Su presencia para encontrarte con Él en el aire cuando venga a juzgar al mundo. «Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a Sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» (Mt 24:31). «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1Ts 4:16-17).

g) Cristo te poseerá, te coronará y te admitirá en el reino de los cielos, el cual ha preparado para ti: «Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mt 25:34).

¡He aquí un amor fuerte y activo, sin duda! Y la consideración de este amor de Cristo, ¿no elevará y aumentará tu amor hacia Él? ¿No te provocará y estimulará a la actividad del amor, al ejercicio vivo y más vigoroso del mismo? ¿Se ha unido Cristo a tu naturaleza, y no se unirá tu corazón a Su persona? ¿Ha cumplido Él toda justicia por

ti, y no cumplirás tu Su mandamiento de amor? ¿Ha soportado por ti tales tentaciones, contradicciones y sufrimientos, y se ha entregado a la muerte por ti, y no le entregarás tu corazón? ¿Ha resucitado de entre los muertos y ascendido al cielo por ti, y no se levantarán tus afectos de la tierra y ascenderán al cielo, donde está Jesucristo? ¿Intercede Él en el cielo con el Padre por ti, y no escucharás Sus argumentos, a través de Su Palabra y Espíritu, cuando te reclama tu amor?

¿Te está preparando Él una gloriosa mansión en la casa de Su Padre, y no le prepararás tú un lugar y lo hospedarás en la habitación interior de tus principales afectos? ¿Te guarda y te guardará en Su mano, y no lo abrazarás tú en tu regazo? ¿Hará Él que todas las cosas obren juntamente para tu bien, y no obrarán tus afectos hacia Él? ¿Estará a tu lado en la angustia y en la muerte, y no vivificará esto tu amor? ¿Enviará Él a sus ángeles para que lleven tu alma a Su presencia cuando estén separadas de tu cuerpo, y no llegará tu corazón a Él y se alojará con Él antes de que esto suceda? ¿Resucitará tu cuerpo en el día final, y la esperanza de ello no elevará tus afectos? ¿Serás arrebatado en las nubes para encontrarte con el Señor en el aire, y allí Cristo te poseerá y te coronará; y el reflexionar con fe en esto, con anticipación ¿no cautivará tu corazón con amor a Cristo, y te transportará con gozo indecible?

Creo que la fuerza del amor de Cristo hacia ti debería despertar tu amor por Él, no solo en la realidad de este, sino también en su firmeza.

D. El amor más seguro

Considera que Cristo te ama con el amor más seguro. Algunos amigos pueden amarte por un tiempo con algo de fuerza y ardor; pero pueden surgir tales diferencias entre ustedes que pronto debilitarán y enfriarán su amor, y de amigos resultarán extraños, sí, se convertirán en enemigos para ti. O, si su amor permanece, no es seguro, porque *ellos* pueden no permanecer: si su amor no muere mientras viven, pueden morir pronto y entonces su amor llega a su fin.

Pero el amor del Señor Jesucristo hacia ti es el amor más seguro: si Él comienza a amarte, continuará amándote. Si te ama una vez, te

amará hasta el fin, o, más bien, sin fin. El amor de Cristo no está sujeto a mutaciones y cambios como el nuestro. Si tú fallas en tu amor, Él no fallará en Su amor; y aunque tú lo ofendas, Él no es irreconciliable. Él puede ciertamente, ante la falta de bondad de tu parte, retirar las manifestaciones de Su amor por un tiempo, pero nunca te quitará por completo Su amor. El amor de Cristo no admite cambios, no conoce fin.

Cristiano, ¿cuáles razones puedes encontrar en cualquier persona o cosa del mundo que hayas visto comparables a las que tienes en el Señor Jesucristo, aunque nunca le hayas visto? Él es una persona sumamente amable en Sí mismo. Su grandeza, Su santidad, Su sabiduría, Su fidelidad, Su plenitud y Su bondad lo hacen resplandecer con un brillo admirable. Su relación con el Padre, y el amor que el Padre le tiene; Su relación contigo: es tu Pastor, tu Capitán, tu Maestro, tu Abogado, tu Soberano, tu Benefactor, tu Hermano, tu Esposo, tu Redentor; todo esto lo hace merecedor de tu amor. Pero cuando una belleza y hermosura incomparables se encuentran en una persona que te tiene un amor incomparable; cuando este amabilísimo Señor Jesús te ama con un amor tan libre, tan cordial, tan fuerte y activo, tan seguro y constante; cuando Su amor es incomparable, sobrepasa todo otro amor y sobrepasa de manera incomprensible todo conocimiento; ¡oh, con qué actividad, ardor y constancia deberías amar a un objeto tan adecuado!

13. LOS BENEFICIOS DE CRISTO

La tercera clase de motivaciones para estimular tu amor a Cristo puede extraerse de la consideración de los beneficios de Cristo. Si eres un verdadero cristiano, tienes 1) la luz espiritual de Cristo; 2) la vida espiritual; 3) el perdón de los pecados; 4) las vestiduras de justicia; 5) la paz de conciencia; 6) los gozos del Espíritu Santo; 7) las riquezas de la gracia; 8) la dignidad de hijos de; 9) el espíritu de

oración; 10) el título del reino de los cielos, con las primicias y el anticipo de Él aquí, y luego será tu posesión en el mundo venidero.

1) *Tienes luz espiritual de Cristo.* Cristo es el Sol de quien vienen todos los rayos de esta luz. Hubo un tiempo en que no solo estabas en la oscuridad, sino en tinieblas; pero Jesucristo te iluminó. «Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz» (Ef 5:8). Es Cristo quien te ha hecho pasar de las tinieblas a la luz, quien te ha trasladado de las tinieblas a Su luz admirable. Él ha hecho que una luz maravillosa brille en tu mente, por la cual te ha descubierto las cosas maravillosas de la Ley, para que así puedas discernir la naturaleza odiosa del pecado, y por la cual te ha descubierto los misterios maravillosos del evangelio, para que así puedas discernir la excelencia de los privilegios evangélicos, y las excesivas riquezas de la gracia y bondad de Dios por medio de Jesucristo. Cristo te ha abierto los ojos para que veas el mayor de los males, a fin de que puedas librarte de él; y el mayor bien y felicidad, a fin de que puedas alcanzarlo.

Y esta luz que tienes de Cristo, ¿no te mueve a amarlo? Si el ciego de nacimiento, que fue curado por Cristo de sus tinieblas naturales, amó a Cristo por este favor hasta el punto de defenderlo valientemente ante los fariseos, aunque por ello fue expulsado de las sinagogas, como se lee en Juan 9, ¿cuánta más razón tienes tú para amar a Cristo, que te ha curado de tus tinieblas espirituales, por las que, de haber continuado, habrías ido con los ojos vendados al infierno, donde hay oscuridad de tinieblas para siempre?

2) *Tienes vida espiritual por Cristo.* Estabas muerto espiritualmente, y Cristo te ha vivificado: «Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados» (Ef 2:1). Leemos que Cristo resucitó a Lázaro de entre los muertos después de haber estado sepultado cuatro días (Jn 11). Lázaro amaba a Cristo desde antes; pero sin duda su resurrección tan maravillosa acrecentó sobremanera su amor a Cristo. Y la resurrección de Cristo de tu muerte espiritual, ¿no elevará tu corazón a grandes alturas de amor a Cristo? Amarás en gran medida a alguien que es instrumental para salvar tu vida natural cuando está en gran riesgo y peligro, especialmente si lo hace arriesgando la suya; ¿y no amarás en gran medida a Cristo, que te ha dado vida espiritual, que es mucho más excelente que la vida física; que murió para que pudieras vivir, y que

si no hubieras recibido esta vida espiritual de Él, no habrías podido escapar de la muerte eterna?

3) *Por Cristo tienes el perdón de los pecados*, el cual ha comprado para ti a un precio muy alto, Su propia sangre, que valía más que los tesoros de diez mil mundos, si existieran. Este Cristo ha suplicado por ti a través de Su intercesión a la diestra de Dios. Mientras estabas bajo la culpa del pecado, estabas obligado por la justicia de Dios a sufrir la venganza del fuego eterno; pero, siendo perdonado, tu deuda con el castigo futuro es quitada y, como si nunca hubieras pecado, ya no estás más sujeto a la ira venidera y a la venganza del infierno. ¿Y no amarás al Señor Jesucristo, que te ha procurado un privilegio tan grande? Leemos de una a quien se le perdonó mucho, y amó mucho (Lc 7:47). ¿Y no te han perdonado mucho a ti? ¿No han sido tus pecados muy numerosos y muy atroces, y ha obtenido Cristo el perdón de todos ellos? ¿Y no amarás mucho a Cristo?

4) *Tienes las vestiduras de justicia de Cristo*. Naciste desprovisto de la justicia original, y no pudiste conseguir por tí mismo una justicia real que pudiera cubrir tu desnudez. Todo lo que fabricaste eran harapos que no te podían cubrir; y eran harapos inmundos, que te contaminaban y ensuciaban (Is 64:6). Cristo te ha dado las vestiduras de Su perfecta justicia para cubrirte y adornarte con ellas, y en ellas eres aceptado como perfectamente justo a los ojos de Dios. Oh, ¡cómo deberíamos amar al Señor Jesús por esta vestidura! Si tu cuerpo estuviera desnudo y alguien te diera ropas para cubrirte, especialmente si fueran ropas valiosas, tú amarías a esa persona; ¿y no amarás al Señor Jesucristo, que te ha dado una vestidura para cubrir tu alma, y una muy valiosa, incluso las vestiduras de Su justicia purísima y sin mancha, que por la fe es puesta sobre ti?

5) *Tienes la paz de conciencia de Cristo*. Esta es la paz que la Escritura nos dice que «sobrepasa todo entendimiento» (Fil 4:7); sobrepasa todo entendimiento conocer su valor. Aquellos que tienen esta paz no la dejarían bajo ningún concepto; se desprenderían de los bienes, la libertad o la vida antes que desprenderse de su paz. Y aquellos que no la tienen, pero que ahora la desprecian y la descuidan, si fueran despertados por la cercanía a la tumba y llegaran a los confines de la eternidad, entonces valorarían esta paz y darían todo el mundo (si estuviera a su disposición) por ella.

Esta paz tan valiosa la tienes de Jesucristo; Él la ha comprado para ti. El castigo de tu paz fue sobre Él, y Él te la ha prometido y legado en Su última voluntad y testamento: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14:27). Al reconciliarte con Dios, Él ha puesto el fundamento de esta paz en todos los que son verdaderos creyentes. Y además, si te ha hablado de paz al darte evidencias bien fundadas de tu reconciliación; si después de levantar una tempestad, ha enviado la calma y ha dado una dulce serenidad a tu espíritu, en el testimonio de Su Espíritu, de que tienes paz con Dios, ¡oh, cómo debería esto atraer tu amor a Cristo!

6) *Tienes el gozo del Espíritu Santo de Cristo.* Leemos de los tesalonicenses que recibieron «la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo» (1Ts 1:6). Tal es el gozo del que habla el texto, que es «inefable y glorioso» (1P 1:8). No es un gozo carnal, sino espiritual, de una naturaleza más elevada y de sabor más dulce, que tiene un objeto más elevado, y es el principio del gozo eterno.

Si tienes este gozo en alguna medida, es por causa de Cristo. Él envía al Espíritu Santo desde el cielo para que sea tu Consolador y llene tu corazón de gozos espirituales. ¿Y no se llenará entonces tu corazón de amor al Señor Jesús, que es el autor de ellos?

7) *Tienes las riquezas de la gracia de Cristo.* Si fueras pobre y estuvieras a punto de morirte de hambre y de frío, y un hombre rico te diera o te enviara un cofre lleno de oro y plata, o un armario lleno de joyas por valor de muchos miles de libras,¹⁵ ¿no amarías a tal benefactor? El Señor Jesús te ha dado las riquezas de la gracia, cuya menor medida es realmente de más valor que los más vastos tesoros de oro, plata y piedras preciosas que jamás se hayan reunido y amontonado por el hombre más rico que jamás haya vivido sobre la faz de la tierra, y ¿no amarás a Jesucristo, que te ha dado estas inestimables riquezas?

8) *Tienes la dignidad de un hijo de Cristo.* «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1Jn 3:1). Este privilegio de la adopción te ha sido concedido no solo por el Padre, sino también por el Hijo: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos

¹⁵ Libras – unidad monetaria estándar británica.

de Dios» (Jn 1:12). Leemos de algunos que fueron levantados del polvo y elevados del muladar para sentarse con los príncipes (Sal 113:7-8). Es una promoción mucho mayor ser levantados del muladar del pecado, esclavos de las concupiscencias e hijos del diablo, para ser hechos hijos e hijas del Señor Todopoderoso. Este honor lo tienen todos los santos; y es Jesucristo quien te ha conferido este honor, y ¿no hará esto que tu amor por Cristo sea más entrañable?

9) *Tienes el espíritu de oración de Cristo.* Siendo hijos, el Espíritu del Hijo es enviado a tu corazón, por lo que estás capacitado para decir «¡Abba, Padre!» (Ga 4:6). Por Cristo tienes acceso a Dios por el Espíritu (Ef 2:18). Es el Espíritu de Cristo el que ayuda en tus debilidades en la oración, el que forma tus peticiones, el que te capacita para orar con fe, vida y fervor. Por medio de Cristo tienes libre entrada al trono de la gracia; por medio de Cristo tienes asistencia de Su Espíritu para orar; por medio de Cristo tienes audiencia y remuneraciones misericordiosas. Oh, ¡cómo estás en deuda con Cristo! Y ¡cómo deberías amarlo!

10) *Por Cristo tienes un título para el Reino de los cielos.* Por Cristo eres hijo, y por Cristo eres heredero. Es Cristo quien da las primicias de la Canaán celestial, las arras¹⁶ del tesoro futuro y la herencia que ha prometido, y los anticipos a veces de esos placeres que anhela el alma y que los santos tendrán en plenitud y por toda la eternidad, cuando sean recibidos en la gloria. Y es Cristo quien en adelante te dará posesión del reino de los cielos. En el día de Su gloriosa aparición, después de que te haya reconocido ante todos los ángeles y los hombres, y te haya honrado para que seas Su asesor al juzgar y condenar a los impíos, te recibirá con aclamaciones de gozo y triunfo en el glorioso palacio de la Nueva Jerusalén, donde tendrás la visión dichosa y consumación del glorioso Jehová, y serás hecho partícipe de una felicidad tan gloriosa, la cual tu corazón no puede comprender.

Y la consideración de todo esto, ¿no enardece tu corazón de amor a Cristo? Cristiano, ¿hay alguna persona semejante a la persona de Cristo? ¿Hay amor semejante al amor de Cristo? ¿Hay algún

¹⁶ **arras** – prenda de algo que luego se recibirá en mayor abundancia; aquí se refiere a las bendiciones de la comunión espiritual con Cristo en esta vida como señal de las bendiciones eternas que vendrán.

beneficio semejante a los beneficios de Cristo? No, no; Él es incomparable en todo. Pienso, entonces, que en este momento deberías sentir tu amor a Cristo como fuego, arder dentro de ti con una llama vehemente. O creo que tu amor a Cristo debe ser como el agua, me refiero a las aguas del santuario (Ez 47:3-5), que al entrar no llegaban sino hasta los tobillos, un poco más allá llegaban hasta los lomos, un poco más allá un río profundo sobre la cabeza, donde un hombre podía nadar. Creo que deberías percibir un aumento de tu amor a la luz de todas estas motivaciones. Si tu amor era más superficial al principio, creo que en este momento debe haber adquirido alguna profundidad; cuando soplan tales vientos, las aguas deben fluir y desbordarse. Creo que tu amor a Cristo debería elevarse como la marea alta y avanzar con una corriente fuerte.

Hasta aquí las motivaciones extraídas de la consideración de los beneficios de Cristo, las cuales abogan por tu amor a Él.

14. EL AMOR QUE LOS VERDADEROS CRISTIANOS TIENEN A CRISTO

La cuarta y última clase de motivaciones para despertar tu amor a Cristo puede extraerse de la consideración de ese amor que los cristianos tienen, o deberían tener, hacia Él. Considera aquí: A) el deber; B) el privilegio; C) el honor; D) la sabiduría; E) la excelencia; F) la necesidad; G) la utilidad; H) la delicia; I) lo alcanzable, de este amor a Jesucristo.

A. Tu deber de amar a Cristo

Considera que es tu deber amar a Cristo. Si es tu deber tener un afecto natural hacia padres e hijos, es mucho más tu deber tener afectos espirituales hacia Cristo. Si es tu deber tener afecto conyugal hacia tu esposo y esposa terrenales, es un deber mayor tener amor conyugal hacia este, tu Esposo celestial. Si es tu deber amar a los

hermanos, hermanas y parientes que te aman, es un deber mayor amar a Jesucristo, quien te ama por encima de todas las relaciones. Si es tu deber amar a tus enemigos, es mucho más tu deber amar a Cristo, quien es tu mejor amigo. Es la voluntad de tu Padre celestial que ames a Cristo. El diablo quiere que lo odies, pero Dios quiere que lo ames; y juzga tú si es más razonable que obedezcas la voluntad de Dios o la voluntad del diablo. La voluntad de Cristo es que lo ames; la voluntad de la carne se opone a este amor. ¿A la voluntad de quién debes obedecer?

No eres deudor de la carne para obedecer sus órdenes, ni eres deudor de ninguna criatura para darle tus afectos más selectos, sino que eres deudor de Cristo para darle tu más grande amor. Cristo es quien más tiene derecho a tu amor, y ¿no le darás a Cristo lo que le corresponde? Si estás obligado a dar a los hombres lo que les corresponde, ¿no estás mucho más obligado a dar a Cristo lo que le corresponde? Lo que Cristo merece es lo mejor de ti, y ¿tienes algo mejor que tu corazón para presentarle? ¿Aceptaría Cristo algo de tus manos, si le negarás tu corazón? Si tuvieras miles de carneros y diez mil ríos de aceite que ofrecerle; si tuvieras todos los tesoros de la tierra a tu disposición y lo pusieras todo a Sus pies, todo sería menospreciado y despreciado por Él, si le dieras tu corazón a alguien más.

B. Tu privilegio de amar a Cristo

Considera que es tu privilegio poder amar a Cristo, que Cristo te dará licencia para hacerlo y aceptará amablemente tu amor. Si un mendigo se enamora de una princesa para contraer matrimonio, tanto su persona como su amor serán rechazados con desprecio, ira y desdén. La distancia entre tú y Jesucristo es mucho mayor que la que pudiera haber entre el príncipe más distinguido y el mendigo más miserable; y, sin embargo, el Señor Jesucristo te da licencia para amarle con un amor espiritualmente conyugal, con el fin de tener la unión y comunión espiritual más estrecha. A pesar de Su grandeza y de tu miseria, Él no se avergüenza de dar albergue a tu amor. Aunque seas tan miserable como criatura y hayas sido tan vil como pecador, Él no te desprecia ni te desdeña, sino que tanto tu persona como tu amor pueden encontrar pronta aceptación en Él. Es tu deber amar a

Cristo porque Él te lo ordena, y es tu privilegio que puedas amar a Cristo porque Él te permite hacerlo.

C. Tu honor es amar a Cristo

Considera que es tu honor amar a Cristo. El verdadero honor de alguien no es la sangre noble que corre por sus venas, el alto linaje del que desciende, los grandes títulos con los que es investido o las más eminentes dignidades terrenales a las que es ascendido. Los paganos pueden decir: *Et Genus et Proavos, et quae non fecimus ipsi vix ea nostra voco*: «Nuestro linaje y nobles antepasados, y lo que no hemos hecho o ganado nosotros mismos, difícilmente podemos llamarlo nuestro». Y, *Virtus sola y unica nobilitas*: «La virtud es la única verdadera nobleza». La Escritura nos dice que «la vileza es exaltada entre los hijos de los hombres» (Sal 12: 8), y que «el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien Él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres» (Dn 4:17). Príncipes y nobles, por sus vicios y maldades, pueden hacerse más viles que la tierra bajo sus pies, más bajos que el cieno de las calles.

La Palabra de Dios solo considera verdaderamente honorables a los que verdaderamente tienen gracia, y esta gracia del amor a Jesucristo pone un gran honor y brillo sobre todos los que la tienen. No hay objeto mayor y más elevado para tu amor que el Señor Jesucristo, poseedor de tanta distinción y excelencia. El amor de Cristo ennoblece el corazón, y nadie en el mundo tiene almas tan verdaderamente grandes y generosas como los que lo aman con todo su corazón. Según el espíritu, así es el hombre, sea bajo u honorable; y según lo que más se ama, así es el espíritu. Si lo que más ama tu corazón son las cosas inferiores, como son todas las cosas terrenales, en virtud de esto te envileces y deshonoras; si tu corazón ama primariamente a Cristo, que es un bien superior y superlativamente amable, en virtud de esto te dignificas y te vuelves verdaderamente honorable.

Leemos de la esperanza (es decir, de la gracia de la esperanza) que «no avergüenza» (Ro 5:5), y lo mismo puede decirse de esta gracia del amor a Jesucristo: no avergüenza. La mayoría en el mundo ama aquellas cosas que en algún momento les harán avergonzarse: los codiciosos se avergonzarán de su amor a las riquezas, los sensuales

se avergonzarán de su amor a los placeres, y los ambiciosos se avergonzarán de su amor a los honores. La decepción de la felicidad y el verdadero contentamiento harán que todos se avergüencen de su desmesurado amor a lo creado, especialmente cuando lleguen a cosechar el fruto amargo de su pecado en el castigo eterno. «¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte» (Ro 6:21). Pero el amor de Cristo «no avergüenza»: no es motivo de deshonra y, por lo tanto, ni es ni será motivo de vergüenza que alguien ame a Jesucristo con la mayor fuerza y fervor. Si los impíos desprecian y escarnecen al pueblo de Dios a causa de este amor, sus escarnios son su verdadera gloria; por el contrario, si son estimados por alguien a causa del pecado, es una verdadera vergüenza y deshonra.

D. Tu sabiduría de amar a Cristo

Considera que es tu sabiduría amar a Cristo. «Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta» (Dt 4:6). Nadie tiene tanta sabiduría y entendimiento como los que tienen y guardan este estatuto y mandamiento de amar al Señor Jesucristo. «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos» (Sal 111:10). El temor del Señor y el amor a Cristo van siempre juntos, o más bien, el primero incluye al segundo. Este es el principio y la parte principal de la sabiduría, y tienen mayor entendimiento los que sienten mayor afecto por el Señor Jesucristo.

El amor de Cristo es el amor más razonable y, por tanto, el más sabio. Es más razonable el amor que se dirige principalmente al objeto más adecuado y realmente más amable. Ningún objeto es tan adecuado y amable como el Señor Jesucristo, como se desprende de lo que ya se ha dicho acerca de la persona de Cristo, el amor de Cristo y los beneficios de Cristo. Los que aman a otras personas o cosas con su amor principal están poniendo su amor en los objetos equivocados; creen que son más excelentes y deseables de lo que realmente son, y por eso su amor es un amor insensato e irrazonable: no hay nada realmente digno de este amor tan grande debajo de Cristo y fuera de Él. Quienes eligen a Cristo como el objeto de su

mayor amor toman la elección más sabia. Hay realmente en Él aquellas excelencias que ellos aprecian, y más allá de lo que posiblemente puedan entender y concebir.

Los que son lentos de corazón para amar a Cristo son necios, y son muy sabios los que van delante en este amor. Es tu sabiduría amar a Cristo sobre todo, y amar a Cristo ardientemente; una sabiduría tal que hará brillar tu rostro a los ojos de los hombres buenos, y que dará brillo a tu espíritu a los ojos de Dios. La verdadera sabiduría no consiste en la invención de nociones curiosas y pintorescas, en la elaboración de deducciones sensatas y racionales, en expresar el sentido de la mente con expresiones prolijas y floridas. Sino que la sabiduría principal reside en la colocación correcta de los afectos, y nadie ha alcanzado un grado tan alto de verdadera sabiduría espiritual como los que han alcanzado el grado más alto de amor a Jesucristo.

Es algo asombroso que, aunque existan las mayores razones y los más fuertes argumentos para amar a Cristo, hombres con excelentes atributos personales y erudición que han oído hablar de Cristo no se enamoren fácilmente de Él, y alcancen grados más altos de este amor que otros de una capacidad más inferior. Pero la Escritura debe cumplirse: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños» (Mt 11:25). Si eres un niño en la sabiduría mundana y en la erudición humana, y no tienes más que cualidades sencillas y ningún refinamiento en tu educación, pero amas al Señor Jesucristo por encima de todas las personas y cosas del mundo, eres mucho más sabio que los más grandes eruditos que carecen de este amor.

E. La excelencia del amor a Cristo

Considera la excelencia de este amor a Jesucristo. Así como el conocimiento de Cristo es el conocimiento más excelente: «estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús» (Fil 3:8), así también el amor a Cristo es el amor más excelente. Es un amor al objeto más excelente: el Señor Jesús, quien es muy excelente. Es un amor del origen más excelente: desciende del cielo, es obrado por el Espíritu de Dios.

Es un amor que hace excelentes a quienes lo tienen. Los impíos que no tienen este amor son como la escoria; los justos que lo tienen son como el oro. Los impíos que odian a Cristo son como suciedad; los justos que lo aman son como joyas. Otros amores oscurecen y ensucian; el amor de Cristo ilumina el espíritu y hace a los hombres verdaderamente ilustres y los excelentes de la tierra.

F. La necesidad del amor a Cristo

Considera la necesidad de este amor a Jesucristo.

1) *El amor a Cristo es universalmente necesario.* Algunos tienen necesidad de hacer esto y otros tienen necesidad de hacer aquello; pero todos tienen la mayor necesidad de amar a Cristo. Algunos tienen necesidad de este amigo, y de amarlo para poder conservarlo, y otros tienen necesidad de otro amigo. Un amigo no puede satisfacer las necesidades de todos. Pero todos tienen necesidad de Cristo como su amigo. Él es el único amigo que puede atender a todas tus necesidades; y tienes necesidad de amarle más que a todos los amigos. Es necesario que tú que eres pobre ames a Cristo, que tienes pocos o ningún amigo; y es necesario que tú que eres rico ames a Cristo, que tienes muchos amigos, siendo Cristo un amigo mejor que todos para los que no tienen ninguno, y mejor que todos para los que tienen muchos.

2) *El amor de Cristo es absoluta e indispensablemente necesario.* No es necesario que subas a un alto sitio de dignidad y honor, sino que es absolutamente necesario que tus afectos suban y asciendan a Jesucristo, que está arriba. No es necesario que abundes en riquezas, que tengas las alforjas llenas, las arcas llenas y muchas riquezas en tu casa; sino que es absolutamente necesario que tengas en tu corazón las riquezas de esta gracia del amor a Jesucristo. No es tan necesario el alimento para saciar tu hambre; no es tan necesario el vestido para cubrir tu desnudez; no es tan necesaria la casa para protegerte de las inclemencias del tiempo; las cosas que más necesitas no son tan necesarias para tu cuerpo, como lo es para tu alma este amor a Jesucristo.

Puedes ser pobre y estar en la condición más baja aquí en la tierra, y sin embargo ser verdaderamente feliz mientras vives y eternamente feliz en el otro mundo, si tienes este amor a Jesucristo. Pero sin este

amor, cualesquiera que sean tus riquezas, honores y amigos, y por muy atractivos y abundantes que sean tus deleites y goces terrenales, sin embargo eres miserable y serás miserable. Puedes amar a otras personas y cosas en el mundo subordinadamente, pero debes amar a Jesucristo principalmente; de otra manera, estás bajo la maldición tanto de la ley como del evangelio, y no puedes escapar de la venganza del infierno.

G. La utilidad del amor a Cristo

Considera la utilidad de este amor a Jesucristo.

1) *El amor a Cristo es útil en la prosperidad* para afianzar el corazón, a fin de que no se vea desbordado por los vendavales de una condición floreciente. Es útil para moderar los afectos a las cosas lícitas, y es útil para alejar el corazón de los amores ilícitos y pecaminosos. Si Cristo no tiene tu corazón, lo tendrán las concupiscencias viles y necias, que herirán tu conciencia con culpa y traspasarán tu corazón con muchos dolores.

2) *El amor de Cristo es útil en la adversidad*, para evitar que el corazón se hunda y sea abrumado por los vientos y las olas de los problemas y las aflicciones. Es útil para establecer el corazón de ser extraordinariamente conmovido en los tiempos más tempestuosos. No solo la fe, sino también el amor, es de naturaleza fijadora para evitar temores increíbles de malas noticias y los mayores peligros, y de naturaleza vigorizante para mantener y sostener el espíritu, y alejar las penas y los abatimientos apremiantes en los días más oscuros y tristes.

3) *El amor de Cristo es útil para provocar y estimular al deber*. Esto hace que el yugo de Cristo sea fácil (Mt 11:29-30) y te permitirá llevarlo alegremente. Esto hace que la carga del deber (tan considerada por la mayoría) no sea vista como una carga. Si tienes mucho amor a Cristo, considerarás que el deber es tu privilegio y que el servicio a Cristo es libertad, y ninguno de Sus mandamientos te será gravoso, sino que todos serán un gozo para ti. Si tienes mucho amor a Cristo, tu corazón se encenderá con celo por la gloria de tu Señor. Nunca pensarás que haces demasiado por Él.

4) *El amor a Cristo es útil para armarse contra las tentaciones*. Si la fe es un escudo, el amor a Cristo es una coraza contra los dardos

más agudos que el diablo pueda lanzar contra ti. El amor a Cristo fortifica tu corazón contra este enemigo, y es una fuerte defensa contra cualquier insinuación que el diablo pueda hacer en sus tentaciones para atraerte al pecado. «¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?», será la respuesta del amor para repeler las tentaciones de pecar, cualesquiera que sean las seductoras proposiciones con que vengan acompañadas (Gn 39:9). Las tentaciones no tendrán fuerza para prevalecer sobre ti si este amor de Cristo es fuerte dentro de ti.

5) *El amor a Cristo es útil para capacitarte para la cruz* y los mayores sufrimientos a que puedas ser llamado por causa de Cristo. Si tienes gran amor a Cristo, estarás dispuesto a sufrir por Cristo con paciencia y con alegría. La cruz más pesada parecerá ligera; la desgracia y la vergüenza serán consideradas honor; las pérdidas serán consideradas ganancias; los dolores, placeres o al menos privilegios; las prisiones parecerán palacios; y la muerte será considerada vida. ¡Oh, cómo han corrido algunos a la hoguera y han abrazado las llamas de fuego encendidas para quemarlos, cuando han sentido arder fuertemente en su interior el fuego del amor a Cristo! Así este amor es útil en la vida.

6) *El amor a Cristo es útil en la muerte*. Este amor fuerte dará cierto atractivo a la apariencia de la muerte, la cual luce tan sombría y terrible para la mayoría. Si tienes mucho amor a Cristo, considerarás la muerte como el mensajero de Cristo enviado por ti para sacarte de la prisión oscura del mundo y del cuerpo, y conducirte a las mansiones de gloria donde está tu amado Señor. No te resistirás a dejar el mundo para vivir con Cristo.

H. La dulzura del amor a Cristo

Considera la dulzura de este amor a Cristo. Si hay dulzura en el amor de los miembros, hay mucha más dulzura en el amor de la Cabeza. Si hay deleite y consuelo en el amor de los discípulos de Cristo por amor de su Maestro, hay mucho más deleite y consuelo en el amor de Cristo mismo, el Maestro, por amor de sí mismo. El apóstol nos habla del consuelo de amor que hay en el amor mutuo (Fil 2:1), pero los consuelos en el amor de Cristo son mucho mayores. No hay movimientos del corazón tan dulces como las manifestaciones

fuertes y fervientes de amor a Cristo, especialmente cuando Cristo se acerca y manifiesta Su amor al alma. Cristo se regocija en Su amor a Sus discípulos, y ellos pueden regocijarse en su amor a Él.

Y este gozo en el amor de Cristo es un gozo pleno: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Jn 15:11). En el versículo anterior, Cristo habla de Su amor hacia ellos, y aquí de Su gozo en ellos. Eran objeto de Su gozo tanto como eran objeto de Su amor. Según la medida y la fuerza de su amor a Cristo, así es la plenitud de su gozo en Cristo. «Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello» (Cnt 4:9). Estas son las palabras de Cristo, el Amado, a su Esposa, la Iglesia, expresando el deleite arrebatador que encontraba en sus miradas de fe o miradas de amor, y la cadena de gracias con que estaba adornada. ¿Cómo, pues, puede tu corazón extasiarse con indecible deleite al mirar el amabilísimo rostro de Cristo, y en las acciones fervientes de tu amor hacia Él? Cuando una mirada de Sus ojos, una sonrisa, un rayo de Su semblante enciende un fuego en el pecho, y este fuego de amor a Cristo arde y flamea, ¡oh, cuán dulce es esta llama, más allá de lo que la lengua es capaz de expresar!

I. Lo alcanzable del amor a Cristo

Y por último, considera lo alcanzable de este amor a Cristo. Las bestias brutas no son capaces de este amor a Cristo, pero tú sí eres capaz. Así como tu mentes es capaz de conocerlo, tu corazón es capaz de amarlo. Otros han alcanzado este amor, los cuales estaban tan desprovistos de él y le tenían tanta aversión como cualquiera. En esta vida eres capaz; luego, si vives y mueres sin Él, serás completamente incapaz. Ahora tienes los medios de la gracia, y como sucede en otras gracias, esta gracia del amor a Cristo puedes alcanzarla a través del uso diligente de esos medios.

Hasta aquí las motivaciones para estimularte a amar a Cristo.

PARTE IV

INSTRUCCIONES PARA NUESTRO AMOR

15. CÓMO ALCANZAR ESTE AMOR CUANDO SE CARECE DE ÉL

Estamos considerando esta doctrina: que es deber de los verdaderos cristianos amar al Señor Jesucristo. Hasta aquí hemos examinado cuatro usos de la misma. La exhortación sobre las *motivaciones* para conseguir el amor a Cristo fue la primera parte del uso 4 (capítulos 11-14).

Lo segundo propuesto en la búsqueda de la aplicación de la exhortación fueron las *instrucciones*, y las instrucciones serán de dos clases: a) cómo alcanzar este amor a Cristo (cap. 15-16), y b) dónde mostrar este amor a Cristo (cap. 17).

En cuanto a cómo alcanzar este amor a Cristo, te mostraré cómo hacerlo cuando estás totalmente sin él (cap. 15), y cuando lo tienes pero en grado bajo y en una dosis pequeña (cap. 16).¹⁷

Comenzamos, pues, con cómo tú, que estás sin gracia, sin Cristo y totalmente sin este amor a Cristo, puedes alcanzar este amor a

¹⁷ Los editores han añadido estos párrafos introductorios para beneficio del lector.

Cristo. Puedes hacerlo por medio de: 1) Persuasión, 2) Convicción de pecado, 3) Al adquirir un interés en Cristo, y 4) Uso de medios.

Dirección 1: Persuasión

Si quieres alcanzar este amor a Jesucristo, a quien nunca has visto, debes *persuadirte completamente de que existe una persona como Jesucristo*, y que Él es en verdad lo que las Escrituras han revelado que es. La razón por la que los paganos y los infieles carecen de amor a Cristo es porque nunca han oído hablar de Él; y la razón por la que muchos cristianos nominales, que han oído hablar de Cristo, carecen de amor a Él es porque no están realmente convencidos de que exista, o haya existido alguna vez en el mundo, una persona como Jesucristo. Si quieres alcanzar este amor, debes asentir firmemente a esta verdad (que es la más grande de todas, y el pilar y fundamento de toda la religión cristiana): que Cristo realmente es, y que la historia de Él no es una fábula astutamente concebida.

Si tienes razones para creer que existió una persona como Alejandro Magno,¹⁸ y una persona como Julio César,¹⁹ los cuales vivieron antes de la época de Cristo, tienes más razones para creer que existió y existe una persona como Jesucristo. Solo tienes la historia secular para lo primero, pero tienes historia sagrada para lo segundo. Solo tienes los escritos de los hombres para testificar lo uno, pero tienes la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura para testificar lo otro. Tienes tanta razón para creer en la historia del evangelio como para creer en cualquier otra historia, y tienes más razón para creer en la historia del evangelio que para creer en cualquier otra historia.

Sugeriré una razón entre las muchas que podrían mencionarse. La historia del evangelio fue escrita por pescadores ignorantes, y fue creída por hombres más eruditos que cualquiera en el mundo, en y cerca del tiempo en que fue escrita. Algunos de ellos sellaron esta creencia con su sangre, lo que nunca habrían hecho si hubieran

¹⁸ **Alejandro Magno** (356-323 a.C.) - Rey griego de Macedonia, un estado del norte de la antigua Grecia; antes de su muerte, a los 33 años, había conquistado la mayor parte del mundo conocido.

¹⁹ **Julio César** (100-44 a.C.) - General y estadista romano que desempeñó un papel fundamental en la transformación gradual de la República Romana en el Imperio Romano.

encontrado alguna razón para sospechar de la veracidad de esta historia. Si hubiera habido alguna razón para sospechar, podrían haberlo descubierto fácilmente en aquellos tiempos, cuando una «fábula» tan grandiosa como esta (de haber sido una fábula) no podría haber ganado reconocimiento entre los hombres sabios e inquisitivos, especialmente porque les convenía más en el sentido mundano repudiarla y no creerla, y así preservar sus vidas y propiedades. Si, además de los apóstoles, todos los padres de la iglesia²⁰ (cuyas obras se conservan entre nosotros, que vivieron cerca de los tiempos de los apóstoles, y algunos de los cuales sufrieron el martirio por causa de Cristo) vieron razones para creer que existió una persona como Cristo, sin duda *tú* tienes motivos para creer, y ninguna razón sólida para desacreditar el relato que de Él se hace en la historia del Evangelio.

Y cuando hayas podido asentir con firmeza a esto, convéncete plenamente de que Jesucristo es la persona que las Escrituras registran y testifican que es. Convéncete de Su amabilidad, Su grandeza, Su santidad, Su sabiduría, Su fidelidad, Su plenitud, Su bondad, la relación que tiene con el Padre como Su Hijo unigénito y muy amado; la relación que tiene con Su pueblo, especialmente en Sus oficios de Profeta, Sacerdote y Rey, tal como lo he expuesto en los motivos para suscitar amor (capítulos 12-15). Familiarízate con la historia de Su nacimiento tan maravilloso, de Su vida tan santa, de Sus obras tan poderosas, de Su doctrina tan celestial, de Sus sufrimientos tan grandes, de Su muerte tan dolorosa y sin embargo tan voluntaria, de Su resurrección, ascensión, sesión e intercesión a la diestra de Dios tan necesaria para nosotros, ya que tienes esta historia registrada en el Nuevo Testamento. El asentimiento a esto en tu mente será un preparativo para alcanzar el verdadero amor para Jesucristo en tu corazón.

Dirección 2: Convicción de pecado

a) *Culpable*

Si quieres alcanzar el verdadero amor a Jesucristo, debes alcanzar la *convicción de pecado y un sentido de tu necesidad de Cristo*. El

²⁰ **Padres de la iglesia** - ciertos maestros durante los primeros siglos después de la muerte de Cristo, tenidos en alta estima por su liderazgo y sacrificio personal.

amor dominante y el gusto por el pecado son inconsistentes con el verdadero amor a Jesucristo: los que aman a Cristo odian el pecado, y los que aman el pecado tienen enemistad contra Cristo. Mientras tu corazón vaya tras tu codicia o tu sensualidad, o estén puestos en cualquier otra maldad, tu corazón no puede estar puesto en Cristo. Antes de que puedas amar a Cristo, tu corazón debe ser despojado del pecado. Convéncete, pues, de que el pecado es el mayor mal del mundo. Convéncete de lo malo y amargo que es transgredir la ley de Dios y, por tanto, insultar a la Majestad suprema, al gran Rey de gloria. Mira la Palabra y la Ley de Dios, y ve lo que allí se exige y lo que allí se prohíbe.

Y luego mira hacia atrás en tu vida, o mira en el registro de tu conciencia, para que descubras cuáles han sido tus pecados de omisión y de comisión. Considera tus transgresiones de la Ley, y también tu desobediencia al evangelio. Ya que eres culpable ante Dios, esfuérate por tener una visión clara y un sentido profundo de tu culpa: cómo estás bajo maldición por tu desobediencia, cómo estás expuesto a la ruina y a la destrucción eterna por tus pecados. Considera el pecado como la cosa más malvada del mundo. Si hay algún mal en cualquier calamidad temporal que haya ocurrido a alguno de los hijos de los hombres; sí, si hay algún mal en las miserias futuras, en la severidad y eternidad de las plagas y castigos del infierno, convéncete de que hay mucho más mal en el pecado, el cual es la causa de todo.

b) Sin esperanza

Piensa cuán miserable eres mientras estás bajo la culpa y el poder reinante del pecado, que el gusano no es tan vil, que el sapo no está tan lleno de veneno mortal, que la inmundicia de la tierra no es comparable a la inmundicia de tus pecados. Piensa en cuán vil y deshonesto has sido, cuán monstruosamente ingrato a tu Hacedor y Benefactor, qué traidor y rebelde has sido a tu supremo Rey y Soberano. Piensa qué riesgo y peligro corres continuamente de la muerte y del infierno, cuán débil es el hilo de la vida que une alma y cuerpo, que puede cortarse de repente cuando menos te des cuenta, cuando estés más seguro. Y entonces, si te encuentras en un estado sin Cristo, tu alma será transportada inmediatamente a un lugar de miseria eterna y sin remedio.

Convéncete de que estás arruinado y perdido a menos que el Señor Jesucristo te ayude, que te perderás para siempre a menos que el Señor Jesucristo te salve, que no puedes escapar de la terrible venganza de Dios, sino que debes ser atormentado de la manera más horrible y eterna entre los demonios y los condenados en el infierno, a menos que el Señor Jesucristo te libre de la ira venidera.

c) En necesidad de un Salvador

La visión y la conciencia del pecado, de tu condición miserable por ello y de tu necesidad indispensable de Cristo, abrirán paso a tu amor por Él. Si tuvieras una deuda de muchos miles de libras con un acreedor severo, y no tuvieras ni un centavo para pagarla, y fueras amenazado por él con ser encarcelado, donde deberías yacer, pudrirte, morir de hambre y morir sin esperanzas de alivio o liberación, a menos que pudieras pagar la deuda; y si supieras de un hombre rico que estuviera dispuesto y se ofreciera a ser tu fiador y a pagar todo por ti, seguramente sentirías un amor entrañable por tal amigo y benefactor. Tus pecados son deudas que sobrepasan la más vasta suma de dinero que jamás se haya debido o pagado, y no eres capaz de pagar ni un cuarto de un centavo para dar la menor satisfacción a Dios, con quien estás en deuda. Y Dios es severo y absolutamente justo. Si no satisfaces plenamente Su justicia, te arrojará a una prisión peor que la prisión más dolorosa de la tierra, es decir, a la prisión del infierno, donde debes yacer sin el menor alivio ni esperanza de liberación. El Señor Jesucristo se ofrece para ser tu fiador, para pagar todo por ti, y para darte una completa liberación. Si fueras consciente de la deuda que es el pecado, y de la prisión que es el infierno, seguramente tu corazón sería movido a un amor afectuoso por ese amigo y fiador, quien es el único que puede mantenerte fuera de esta prisión dolorosa y espantosa, a la que, sin Él, serás arrojado con toda certeza y repentinamente.

Si estuvieras enfermo de una enfermedad que amenazara tu vida, y hubieras recurrido a muchos médicos, pero ninguno pudiera hacerte bien; y si oyeras de un médico que pudiera curar con seguridad y gratuitamente tu enfermedad y salvar tu vida, seguramente con gratitud harías uso de este médico, y Su bondad atraería sobremana tu amor. El pecado es la enfermedad del alma; estás enfermo de muerte. El pecado, una vez consumado, producirá la muerte, no solo temporal sino eterna (Stg 1:15). Solo el Señor

Jesucristo puede curarte de esta enfermedad mortal, puede quitarte el pecado y librarte así de esta muerte de muertes. Date cuenta de la peligrosa enfermedad del pecado, y apreciarás, usarás y amarás al Señor Jesucristo, quien es el único médico de valor en este caso.

Si alguno fuera culpable de asesinato, robo, alta traición o cualquier otra infracción atroz de la ley del país, por la que fuera apresado, procesado, acusado y condenado a morir en la horca o en la hoguera, o a una muerte más atroz que cualquiera de las dos; y si supieras de un príncipe en la corte que hubiera pedido el perdón de tales crímenes, para tal malhechor, y lo hubiera obtenido, y te hiciera saber su voluntad de hacer lo mismo por ti, seguramente aceptarías agradecido tal ofrecimiento, y amarías como a tu propia vida a este príncipe, que te libró así de la muerte. Eres culpable de alta traición y rebelión contra el Rey del cielo al violar Su ley, y estás condenado por esta ley, no a ser ahorcado o decapitado por ello, sino a ser quemado por ello, a ser quemado en el fuego del infierno, que es inextinguible. El Señor Jesucristo es el Príncipe de gloria, un amigo en la corte del cielo, quien ha procurado el perdón para muchos. Él se dirige a ti para hacerse saber Su disposición a procurar tu perdón, si recurres a Él. Seguramente, si estás consciente de tu crimen y del peligro en que te encuentras, te acercarás a Cristo para que te salve, y no negarás tu amor a quien te ha mostrado un favor incomparable.

Dirección 3: Interés en Cristo

a) Por la fe

Si quieres alcanzar el amor verdadero a Cristo, debes *interesarte en Cristo*. Debes aferrarte a Cristo por la fe para que puedas estar unido a Él y relacionado con Él; es la fe que obra el amor en los que creen que Cristo es precioso. Pero Él es menospreciado y no puede ser amado por los incrédulos. Sin unión a Cristo, no tendrás afecto a Cristo. El fundamento del amor descansa en la relación con el amado, y esta unión e interés en Cristo es solo por la fe. Entonces, si quieres acoger a Cristo en los brazos de tu amor, primero debes aferrarte a Cristo y recibirlo de la mano de la fe. Cualesquiera que sean los motivos y atractivos de amor que haya en Jesucristo, no serán nada para ti sin este interés y relación.

Cristo es una persona sumamente hermosa, sumamente encantadora y amable, pero no lo será a tus ojos mientras no tengas el ojo de la fe. Él es grande y poderoso, pero tanto peor para ti porque, sin interés en Él, Su poder está contra ti. Él es puro y santo, y mientras permanezcas en tus pecados serás muy odioso a Sus ojos. Cristo es sabio y conoce todas las cosas, por lo tanto está al tanto de todos tus pecados. Él es muy verdadero, y por lo tanto cumplirá Sus amenazas contra los que permanecen en sus transgresiones. Él está lleno, pero si no tienes interés en Su persona, no tienes parte en Su plenitud. Él es bondadoso, pero lo es con aquellos que están relacionados con Él; pero, ¿qué es esto para ti que eres incrédulo? Él es un pastor para Sus ovejas, pero tú eres una cabra; Él es un capitán para Sus soldados, pero tú eres Su enemigo; Él es un maestro para Sus discípulos, pero tú eres un alumno del diablo; Él es un soberano lleno de gracia, pero es para Sus súbditos; sin embargo, tú eres un rebelde. Él es sacerdote para Su pueblo, habiendo hecho satisfacción e intercediendo por ellos; pero tú pisoteas Su sangre bajo tus pies. Él es amigo y benefactor de Su pueblo, pero tú eres un extraño. Él es un hermano y un esposo para Su pueblo, pero tú no tienes con Él ninguna de estas relaciones. Él es redentor para Su pueblo, pero tú eres esclavo y cautivo.

La luz que Él da es dulcísima, pero tú eres tinieblas. La vida que Él imparte es sumamente excelente, pero tú estás muerto en pecados y delitos. Él da el perdón de los pecados, pero tú estás bajo la culpa. Él da paz de conciencia, pero tu conciencia todavía está herida y cauterizada. Él da el gozo del Espíritu Santo, pero tú estás en peligro de calamidad eterna. Las vestiduras de Su justicia son riquísimas, pero tú estás desnudo. Las riquezas de Su gracia son inestimables, pero tú sigues siendo pobre. La dignidad de ser hechos hijos de Dios es sumamente admirable, pero tú eres hijo del diablo. Él te da acceso a Dios en la oración, pero todavía estás lejos. Él te da un título al reino de los cielos, pero si continúas en tu estado actual, serás finalmente excluido del palacio que está arriba, y serás arrojado a la prisión del infierno que está abajo.

¿De qué te servirán todas estas motivaciones para atraer el amor a Cristo, a ti que no tienes interés en Cristo?

Es la unión y la relación con Cristo, y el interés en Él por la fe, lo que da vida a estas motivaciones para que en verdad atraigan el amor.

Oh, entonces, convéncete sin más demora de procurar este interés en Cristo. Debes tenerlo, o estarás irremediablemente perdido; serás miserable eternamente. Y puedes alcanzar este interés. Otros, tan mezquinos y tan viles como tú, lo han alcanzado, y tú eres llamado a venir a Cristo. Oh, convéncete, entonces, de venir a Cristo y unirte a Él por la fe, para que puedas tener interés en Cristo y en todos Sus beneficios.

Si me preguntan qué es esta fe que da un interés en Cristo, qué es creer, respondo que es recibir a Cristo, conforme a lo que dice Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Convéncete, pues, de recibir a Cristo y acéptalo en los términos del evangelio. Recibe y toma a Cristo de la mano de la fe.

b) Abandonar el pecado

Y para que puedas hacer esto:

1) *Debes abandonar tu adhesión al pecado.* Si abrazas el pecado en tu pecho, si albergas las lujurias vulgares en tu corazón, no puedes recibir y dar la bienvenida a Cristo allí. Debes expulsar el pecado si quieres dejar entrar a Cristo.

2) *Debes soltar tu adhesión al mundo.* No digo que debas soltarlo de tus manos y deshacerte de los bienes que Dios te ha dado –a menos que sea parcialmente como un medio de misericordia y caridad, y a menos que seas llamado a dejarlo todo antes que renunciar a Cristo o a cualquiera de Sus verdades; más bien, debes dejar que el mundo salga de tu corazón. El mundo no debe sentarse en el trono de tu corazón; ese asiento debe ser reservado para Cristo. El amor primario y el amor desmedido al mundo y a las cosas del mundo deben ser eliminados.

3) *Debes dejar de aferrarte a ti mismo.* Debes desprenderte de tu propia justicia y de toda confianza en tí mismo. Debes ser humillado y vaciado de ti mismo si quieres estar preparado para recibir a Jesucristo y toda la plenitud que hay en Él.

c) Recibir a Cristo

Y entonces

1) *Recibe a Jesucristo como tu Sumo Sacerdote* para reconciliarte con Dios, confiando solo en Sus méritos y mediación.

2) *Recibe a Jesucristo como tu Profeta* para instruirte y guiarte en toda la verdad por Su Palabra y Espíritu.

3) *Recibe a Jesucristo como tu Señor y Rey soberano* para gobernarte.

4) *Recibe a Jesucristo como tu Capitán* para hollar a tus enemigos espirituales bajo tus pies.

5) *Recibe a Jesucristo en todas Sus relaciones* de pastor, amigo, hermano y, especialmente, en la relación de esposo, y únete y sométete a Él, dedicándote y consagrándote a Él, y rindiéndote para ser guiado, guardado, provisto y gobernado por Él.

Esto es recibir a Cristo y esto es creer. Esto produce unión, relación e interés en el Señor Jesús. Y si así te unes a Cristo por la fe, rápidamente sentirás que el amor a Cristo brota, obra y actúa, y eso vigorosamente; y produce tal fruto en la vida que evidentemente mostrará que el amor a Cristo está arraigado en el corazón.

Dirección 4: Uso de los medios

Si quieres alcanzar la certeza del amor a Jesucristo, sé diligente en el uso de todos aquellos medios que Dios ha designado para hacerlo. Citaré solamente dos medios.

a) Escuchar la Palabra predicada

Sé diligente en oír la Palabra predicada. Así como la fe viene por el oír (Ro 10:17), así el amor a Cristo se forja por el mismo medio. «Oíd, y vivirá vuestra alma», dice el profeta (Is 55:3); y yo puedo decir, oye para que tu corazón ame, para que donde el ojo no puede, los oídos afecten el corazón con amor al Señor Jesús. Mientras Lidia oía predicar a Pablo, su corazón se abrió (Hch 16:14); y mientras oyes a los ministros predicar de Cristo, tu corazón puede abrirse para recibirlo y acogerlo en los brazos de tu amor más profundo. «Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio» (Hch 11:15); mientras Pedro predicaba y los gentiles escuchaban, el Espíritu Santo fue enviado desde el cielo y cayó sobre ellos. Y así, mientras escuchas la Palabra, Dios puede dar de Su Espíritu para obrar esta gracia de amor a Jesucristo en tu corazón.

b) *Solicitud en la oración*

Sé diligente y solícito en la oración a Dios por este amor. Confiesa y lamenta ante Él tu falta de este amor. Dile que mereces una doble maldición porque no amas a Cristo y no puedes amarle por ti mismo; dile que es tan difícil para ti levantar tu corazón a Cristo como levantar una montaña al cielo, pero dile de tu deseo de que Él atraiga tu amor a Cristo por Su Espíritu. Suplícale que apague el fuego de la lujuria y de todo amor desordenado a las criaturas, y que encienda en ti un fuego de amor a este amabilísimo Jesús, que ninguna corrupción en tu corazón pueda extinguir. Y en tus oraciones, presenta tu corazón al Señor Jesús. Ofrécelo libremente a Él, y desea que Él lo acepte, que Él se apodere y tome posesión de él, erija Su trono allí y una morada eterna para Sí mismo.

16. CÓMO ALCANZAR ESTE AMOR CUANDO TU AMOR ES DÉBIL

Habiendo dado instrucciones de cómo puedes alcanzar la realidad del amor a Cristo cuando no lo hay, ahora daré algunas instrucciones de cómo puedes alcanzar mucho de este amor a Cristo cuando lo hay, pero es poco y débil.

Dirección 1: Contemplación de Cristo

a) *Considera*

¿Quieres alcanzar mucho amor a Cristo? Contempla mucho a Cristo. Considera a menudo qué motivaciones de amor hay en Él. Imprímelo en tu espíritu y esfuérzate por despertar y estimular tu corazón al ejercicio vigoroso de este amor. Pasa tiempo a solas; y allí, piensa una y otra vez en las excelencias y perfecciones superlativas que hay en la persona de Cristo, cuán maravilloso e incomparable es Su amor, qué alturas en él no pueden alcanzarse, qué profundidades en él no pueden desentrañarse, qué otras dimensiones no pueden

comprenderse. Medita a menudo en Sus beneficios, en lo incomparable de Sus muestras de amor. Y mientras meditas, puedes sentir que el fuego arde; mientras miras, puedes sentir que tu corazón salta; mientras le contemplas, antes de que te des cuenta, tu corazón puede que corra hacia Él.

¡Oh, los delirios de amor, los trances del alma que algunos creyentes han encontrado en sus meditaciones en solitario y visiones de Cristo! Ve a menudo al monte de la contemplación divina, y allí mira hacia el cielo, y reflexiona contigo mismo: «Allá, allá por encima del sol resplandeciente está el más glorioso Hijo de Justicia. Allí, a la diestra del trono de Dios, está sentado mi amado Jesús, el Hijo de Dios. Y aunque Él está muy por encima de mí, tanto en lugar como en dignidad, sin embargo piensa en mí y aboga por mí; y tiene muchos dones allí, los cuales me transfiere por Su Espíritu. Y puedo pedir cualquier cosa al Padre en Su nombre, si es realmente para mi bien, lo obtengo a través de Sus medios».

b) La belleza de Cristo

Oh, querido Jesús, ¡qué hermoso eres! ¡El amado del cielo! ¡La delicia del Padre! ¡La admiración de los ángeles! Oh, ¡con qué resplandor de gloria, con qué encanto resplandeciente estás engalanado! Estás vestido de la más excelente majestad y honor. Estás ceñido de infinita fuerza y poder. La belleza de Tu rostro es maravillosa. Las sonrisas de Tu semblante son dulcísimas y deliciosas. ¿Y esta persona hermosa y encantadora, la más bella entre diez mil, excelentísima y completamente encantadora, siente un amor especial por mí, por un gusano tan vil como yo, por un perro tan muerto como yo, por un pecador tan indigno, tan merecedor de lo malo y del infierno como yo? Oh, ¡qué bondad tan maravillosa es esta! ¡Qué infinita riqueza de gracia gratuita! ¿Me conoce por mi nombre? ¿Se ha entregado por mí y se ha dado a mí, y no le daré mi corazón? ¿Estoy escrito en Su libro, redimido con Su sangre, vestido con Su justicia, embellecido con Su imagen? ¿Ha puesto sobre mí la dignidad de hijo de Dios y me ha preparado un lugar en la casa del Padre? ¡Oh, maravilloso! ¡Oh, admirable! ¿Qué le entregaré? ¿Qué le daré a cambio?

c) Alabanza

Si tuviera mil lenguas, ¿no las emplearía todas para alabarle? Si tuviera mil corazones, ¿no los presentaría todos como una ofrenda de agradecimiento a Él? Y, sin embargo, ¿soy lento, lento de corazón para amar a este amado y dulce Jesús? Despierta, ¡oh alma mía! Despierta de tu torpeza y estupidez. Sacúdete el sueño que pega tus párpados tan juntos; sacúdete el polvo de la tierra que se ha metido en tus ojos y te impide ver a tu Amado. Levántate, oh alma mía, y elévate, libera tus pies, desátate; vuela y sube por encima del firmamento y de los cielos visibles, hasta el lugar donde está el hermoso y amado Jesús. Despídete del mundo y de todo lo que hay en él. Despídete de los honores lisonjeros, de las riquezas engañosas, de los placeres deslumbrantes que están aquí abajo. Despídete de ellos y déjaselos a quienes tienen en ellos su mayor felicidad. Si la tierra tiene tu cuerpo por un tiempo, que no tenga más tu corazón y tus principales afectos.

Ven, alma mía, asciende y vuela al cielo de los cielos. El camino al Santo de los Santos es accesible, el velo está rasgado, el Precursor ha entrado, y tú también puedes entrar: con tus pensamientos, deseos, amores, esperanzas y alegrías. Allí puedes ver, contemplar, admirar y abrazar a tu amadísimo Señor. Allí tu corazón puede encontrar un objeto adecuado para su amor, tu amadísimo Señor Jesús, que no te rechazará ni te despreciará, sino que dará una cálida bienvenida a tu amor, y te dará las recompensas más plenas y dulces. Allí tu corazón puede encontrar un lugar para establecerse, y no solo un alojamiento como el de un caminante por una noche, sino una morada donde habitar y establecer su morada eterna. Deja que tu corazón sea tu precursor, para que cuando tu cuerpo se separe de ti, sepas a dónde dirigirte, y encuentres gozo allí donde tu corazón ha estado mucho tiempo antes.

d) El yo contra Cristo

¿Por qué te inclinas hacia abajo, alma mía? ¿Por qué te inclinas tanto hacia la tierra y las cosas terrenales? ¿Qué hay aquí abajo que no sea indigno de ti e inmerecedor de tu amor? ¿Cuán vacías, vanas y escabrosas son estas cosas? No pierdas tu tiempo, no te fatigues por la vanidad; no te lastimes ni te hieras más con estas cosas. ¿Qué te aflige, oh alma mía, que estás de espaldas al amor de Cristo? ¿Es

porque no puedes ver a Cristo con los ojos de tu cuerpo? Lo verás con esos ojos más adelante, cuando Él venga en Su gloria, y tu cuerpo sea resucitado y restaurado, y sea hecho apto para soportar tal visión. No puedes ver el viento, pero oyes su sonido y sientes sus ráfagas; ¿y no oyes la voz de Cristo en Su Palabra? ¿No sientes el soplo de Su Espíritu en Sus ordenanzas? Tú misma eres invisible, oh alma mía, ¿y estás tan cubierta de carne que los objetos visibles tendrán más poder para agotar tu corazón, que el objeto más glorioso (aunque ahora invisible), para elevar tu corazón? ¿Pones en duda Su amor por ti? ¿Y esto apaga y desalienta tu afecto?

¿De quién es la imagen que está grabada en ti? ¿No es la imagen de Cristo? ¿Qué escritura hay en tu corazón? ¿No es la Ley de Dios escrita por el Espíritu de Cristo? ¿De quién son los adornos y ornamentos que te rodean? ¿Qué belleza es esa que está puesta sobre ti? ¿No es la hermosura de Cristo? ¿Dónde tienes esos brazaletes, ese anillo, esas joyas, esa cadena de gracias? ¿Acaso no son el amor de Cristo, las insignias que Él te ha dado, y, sin embargo, dudas de Su amor?

Si sientes con fuerza la corrupción, ¿no percibes algo de gracia, aunque sea débil? ¿No tienes algún amor a Cristo, aunque sea poco? ¿No son tus deseos principalmente en pos de Él, lo cual evidencia que tu amor principal es hacia Él? ¿Y no es esto así con nadie sino con aquellos a quienes Cristo ama? ¿Acaso Cristo no ama primero (1Jn 4:19), y sin embargo tú pones en duda Su amor? Destierra, pues, tus temores; acalla tus dudas, alma mía. Despiértate y sube por la escala de Jacob, que te es bajada del cielo; y fija tu amor en Jesucristo y en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios (Col 3:1-2).

Apartarte para la contemplación de Cristo, para tener monólogos y alegatos con tu propia alma cuando estás solo, tenderá en gran manera a la promoción de tu amor a Cristo.

Dirección 2: Leer y estudiar las Escrituras

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Lee y estudia mucho las Escrituras. Las Escrituras son un espejo en el que se puede ver a Cristo. No se le puede ver cara a cara en este mundo: esa será la felicidad de la iglesia triunfante en el cielo, no de la iglesia militante

en la tierra. Lo que aquí puede discernirse de Cristo está en el espejo de las Escrituras y de las ordenanzas evangélicas. Este es el espejo del que se habla: «Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2Co 3:18). Cristo es la gloria del Señor, el resplandor de la gloria de Su Padre. ¿Quieres tenerle mucho amor? Entonces, dedícate frecuentemente a buscarlo, mirarlo y contemplarlo en el espejo de las Escrituras. Al contemplarlo mucho, puedes ser transformado cada vez más en la semejanza de Su santidad, y en la semejanza de Su amor, que es el principio de la gloria. Las Escrituras tienen grabada la imagen de Cristo. La imagen del Padre está en el Hijo, y la imagen del Hijo está en las Escrituras. Allí puedes ver la imagen de Cristo, la belleza de Cristo. Por lo menos, algunos lineamientos están dibujados allí por la mano de Dios, aunque no completa ni perfectamente; quiero decir, los que verás en Él cuando llegues a contemplarlo cara a cara en el cielo. Sin embargo, Su belleza está dibujada en las proporciones y con las sombras que eres capaz de apreciar ahora.

¿Quieres amar mucho a Cristo, a quien nunca has visto? Mira mucho Su retrato e imagen en las Escrituras. Las Escrituras son las cartas de amor de Cristo. En los capítulos segundo y tercero del Apocalipsis, Cristo envía siete epístolas a las siete iglesias de Asia. Hay muchas epístolas y cartas de amor, por así decirlo, en las Escrituras, especialmente en el Nuevo Testamento, donde Cristo imparte las más amables expresiones del más entrañable amor a Su pueblo. Lee mucho y estudia las cartas de amor de Cristo, especialmente aquellas partes de las Escrituras en las que Cristo expresa la mayor parte de Su bondad y amor. Mira cuán bondadosamente se expresa Cristo (Jn 14:1-3, 13, 16-23, 27; 15:9, 13-16; 16:7, 22, 24, 26-27, 33; 17:9-11, 15, 20-24; 20:17). Lee a menudo y considera estos pasajes. «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros» (Col 3:16), y esto alimentará y mantendrá tu amor a Cristo. Este es un medio para que Cristo habite en tu corazón, no solo por la fe, sino también por el amor más entrañable.

Dirección 3: Oración

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Ora mucho a Dios por este amor. «Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo» (Ef 6:23). No solo la paz procede de Dios, que es llamado «Dios de paz» (Heb 13:20), y la fe procede de Dios, que la obra con Su poder omnipotente, sino también el amor procede de Dios, que es el «Dios de amor» (2Co 13:11). Él circuncida el corazón para que le amen y amen a Su Hijo. Este amor de Cristo es una gracia del Espíritu que Dios da gratuitamente y obra poderosamente: el principio de este amor, el incremento y todas las medidas y grados de este amor son de Él. Si quieres alcanzar grandes medidas de amor a Cristo, debes dedicarte a Dios en oración, y en ella buscarlo diligentemente.

Si quieres tener mucho amor a Cristo en tu corazón, debes estar a menudo de rodillas ante el trono de la gracia y allí reconocer humildemente, si no la falta, sí la debilidad de tu amor a Cristo. Lamenta tus pecados, que apagan tus afectos, y pídele fervientemente que forje en tu corazón un amor fuerte. Sé importuno en la oración por esto: sigue a Dios día tras día con las mismas peticiones; suplícale por ello; llena tu boca de argumentos; y llena tus argumentos con fe y deseos fervientes. Dile que, a pesar de toda la belleza y el amor que hay en Cristo, a pesar de los muchos atractivos que provocan tu amor, eres absolutamente incapaz de hacer por ti mismo el menor movimiento de verdadero afecto hacia Cristo. Dile que este amor a Cristo, aunque sea tu deber, es un don de Él que tú debes ejercer; pero esto no puedes hacerlo a menos que Él lo haga. Dile cuán fácilmente Él puede encender este fuego de amor a Cristo en tu pecho y convertirlo en una llama. Dile que Él te ha ordenado que pidas y tendrás, que todo lo que pidas de acuerdo a Su voluntad, Él lo oye, y que es Su voluntad que ames a Cristo, no solo verdadera sino también encarecidamente.

Dile que desees mucho amor a Cristo, y que estos deseos vienen de Él mismo, y por lo tanto desees fervientemente que se cumplan. Dile que si no amas mucho a Cristo, estarás propenso a amar demasiado a la criatura, lo cual le desagradará. Pide, pues, que tengas un amor a Cristo tal que venza a todo otro amor, y que guarde tu corazón de todo afecto desordenado hacia cualquier cosa que esté

por debajo y fuera del Señor Jesucristo. Dile lo mucho que le glorificará si tienes mucho amor a Cristo, para que de esta manera seas capaz de honrarlo más en el mundo. Dile que será para tu bien. Y que si pidieras grano, vino y aceite, riquezas y honores, y deleites en abundancia, esto podría ser una trampa para ti, y sería para tu mal; pero un amor fuerte a Cristo es necesario y útil, y ten por seguro que será para tu bien. Insiste en Su promesa de circuncidar el corazón para amarlo, y apela a Su fidelidad. Y si eres así persistente al orar por mucho amor a Cristo, ¡no se te negará!

Dirección 4: Fe

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? ¡Ten mucha fe! La fe obra el amor tanto al Padre como al Hijo. Según la medida de tu fe, así será la medida de tu amor. El que no tiene fe, no tiene amor; el que tiene una fe débil, tiene un amor débil; el que tiene la fe más fuerte, tiene el amor más fuerte. La fe más firme es la que descubre más claramente las excelencias y perfecciones infinitas de Cristo.

No es el ojo del sentido el que discierne a Cristo; tampoco es el ojo de la razón el que lo discierne. Cualquier descubrimiento que tengamos de Cristo, es por revelación;²¹ y esto es discernible solo por la fe. «Es, pues, la fe...la convicción de lo que no se ve» (Heb 11:1), y el Cristo invisible es evidente por la fe que es la persona más excelente y el objeto más adecuado del amor; y cuanto más evidente sea el objeto del amor, más fuerte será el amor. Además, la fe no es solo el ojo del alma para discernir a Cristo, sino también la mano del alma, no solo para asirse de Él, sino también para recibir de Su plenitud: gracia sobre gracia, y por consecuencia, más de esta gracia de amor a Él.

Nuestra comunión con Cristo es por la fe. Cuanto más íntimo sea el conocimiento y la comunión que tengamos con aquellos a quienes amamos, tanto más entrañable será nuestro amor. La fe más fuerte nos lleva a la mayor intimidad, comunión y familiaridad con Cristo, y por lo tanto es un medio para el amor más fuerte. Esfuérzate, pues, por tener una fe fuerte, y por vivir diariamente en el ejercicio

²¹ **revelación** – El conocimiento que Dios da a Sus criaturas, especialmente Su auto-revelación...en la Biblia como Su Palabra inspirada.—Alan Cairns, *Dictionary of Theological Terms* [Diccionario de Términos Teológicos]

poderoso de ella. Cuanto más vivas por la fe, más morarás en el amor de Cristo.

Dirección 5: El Espíritu

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Esfuérzate mucho por el Espíritu. Esfuérzate para tener mucha luz del Espíritu. No solo debe haber el espejo de las Escrituras y el ojo de la fe, sino también la luz del Espíritu, para que tengas un claro discernimiento de este hermoso Señor Jesús. Esfuérzate mucho en la operación del Espíritu. El Espíritu es como el viento para convertir en llamas las chispas de amor que hay en tu corazón. Esfuérzate por la morada del Espíritu, y para que se cumpla en ti la promesa que Cristo da a Sus discípulos: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros» (Jn 14:16-17).

Dirección 6: Evidencias

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Esfuérzate por obtener evidencias claras de Su amor hacia ti. La capacidad de comprensión de la hermosura de Cristo puede despertar algo de amor, pero el estar persuadidos sólidamente del amor de Cristo hacia ti aumentarán tu amor a Cristo por encima de todo. Las dudas del amor de Cristo causan temores, y los temores encogen el corazón y, por lo tanto, son opuestos al amor, que es la expansión y el engrandecimiento del corazón. «El perfecto amor echa fuera el temor» (1Jn 4:18): a más amor, menos temor; y a más dudas y temores, menos amor. Los que dudan mucho del amor que Cristo les tiene, pueden amar a Cristo verdaderamente, pero no pueden amar a Cristo fuertemente. Amarás más a una persona menos amable que te ama, que a una persona más amable que te odia. El amor de la persona amada es una cualificación placentera y un fuerte atractivo, sí, uno de los mayores incentivos e inducciones al amor. Convéncete, pues, del infinito amor que le tiene esta persona infinitamente amable, para que puedas decir con Pablo: «El cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Ga 2:20).

Mira diligentemente en la Palabra de Dios, y encuentra allí el carácter de aquellos que son amados por Cristo, y luego mira atentamente en ti, y ve si tu rostro no responde a ese rostro en el espejo de las Escrituras. Ve si no puedes encontrar los lineamientos del «nuevo hombre» dentro de ti, si no has experimentado un cambio lleno de gracia. ¿No hay luz donde había tinieblas? ¿No hay vida donde había muerte? ¿No hay amor donde había odio? ¿No está escrita la Ley de Dios donde gobernaba la ley del pecado? ¿No está la inclinación de tu voluntad y corazón hacia Dios, hacia Cristo y hacia el cielo, la cual antes era solo hacia el pecado, hacia la tierra y hacia el infierno?

Ora fervientemente a Dios para que te dé la plena seguridad de que, si en verdad eres llamado eficazmente, si en verdad estás unido y relacionado con Jesucristo, puedas saberlo y no dudar más de ello. En una palabra, busca diligentemente las manifestaciones del amor de Cristo en todas las formas de Sus ordenanzas. No descanses en lo externo de las ordenanzas, sino busca a Cristo en las ordenanzas. Síguelo de domingo a domingo, de ordenanza en ordenanza; y mantente buscándolo y mirando hacia Él hasta que Él se voltee y te mire, con una sonrisa de gracia. Busca y espera la manifestación de Sí mismo que ha prometido a quien le ama (Jn 14:21). Espera Su misión del Espíritu Santo desde el cielo (1P 1:12) para que derrame en tu corazón la percepción de Su amor (Ro 5:5).

Y si lo supieras con certeza y tuvieras una percepción de ello que te fuera dado por el Espíritu de Cristo, ¡oh, el gozo que entonces tendrías en Él! ¡Oh, el amor que entonces le tendrías! Así como tu gozo sería indecible, así también tu amor sería indecible. Sentirías tal intensidad de corazón y tal ardor de amor a Cristo dentro de ti, que está más allá de lo que pudiera expresarse con un lenguaje muy elocuente.

Dirección 7: Lucha contra el pecado

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Ten mucho odio al pecado, y en consecuencia vigila y ora, y esfuérzate y lucha contra el pecado como el peor de los males, como aquello que tanto desagrada a tu Señor. Lamenta los pecados que atacan diariamente, y trabaja para que tus pecados de debilidad sean cada día menores que otros.

Cuídate de los pecados que sorprenden repentinamente, pero sobre todo de los pecados planificados, y de no caer en ninguna tentación de errores más graves, que, como agua arrojada sobre el fuego de tu amor a Cristo, apagará la llama y dejará solo unas pocas chispas imperceptibles en el rincón de tu corazón. No permitas que el pecado tenga cabida en tu corazón, o si quiere quedarse y no puedes expulsarlo del todo, no dejes que tenga una morada tranquila dentro de ti. Molesta el pecado tanto como puedas. Haz la guerra todos los días a las concupiscencias que te queden. Que ningún día pase sobre tu cabeza sin dar algunos golpes, algunas estocadas y heridas, al pecado.

Reduce todo lo posible el espacio del pecado en tu corazón; cuanto más espacio tenga el pecado en tu corazón, menos espacio tendrá Cristo en ellos. Cuídate especialmente del amor desmedido al mundo y a las cosas del mundo, cuyo predominio apagará tu amor a Cristo. Cuanto más obtenga el mundo de tu amor, tanto menos lo tendrá Cristo. Puedes tener un amor subordinado a las personas y cosas del mundo, pero que ninguna persona o cosa tenga tu mayor amor, sino solo Cristo. No ames nada en sí mismo con un amor indefinido, sino ama todas las cosas inferiores con un amor inferior. Ámalo todo bajo el Señor, y en el Señor, y por el Señor. Crucifica por la cruz de Cristo todos los afectos desordenados al mundo. Debes tener afectos moribundos hacia las cosas que perecen, si quieres tener un amor vivo y activo hacia el Jesús que vive por siempre.

Dirección 8: Asociaciones

¿Quieres tener mucho amor a Cristo? Asóciate más con aquellos que tienen más amor a Cristo. Puedes obtener luz de su luz, y puedes obtener calor de su fuego. Los carbones muertos son encendidos por los vivos, y tu corazón muerto puede ser encendido con amor a Cristo por la conversación cálida de aquellos que tienen corazones cálidos. Está listo para hablar de Cristo y por Cristo en cualquier compañía cuando tengas oportunidad, y vigila diligentemente la ocasión. Tapa tus oídos y reprueba la comunicación profana e inmundada. Desvía lo que es vano y frívolo, y prepárate para iniciar y promover lo que es serio y agradable, lo que es amable y puede tender a tu propia edificación y a la de los demás. Estudia el arte, y practícalo, de provocar a todos aquellos con quienes conversas, no a

contendientes y disputas, sino a este amor y afecto al Señor Jesucristo. Y mientras te esfuerzas por animar a los demás con este amor, puedes animarte a ti mismo.

Dirección 9: Ejercicio del amor

Y por último, ¿quieres tener mucho amor a Cristo? Ejercita mucho este amor; de este modo se incrementa e intensifica. Usa las piernas y persiste en esto; y si practicas este amor con frecuencia, de esta manera ganará fuerza y actividad. Cada día esfuéstrate por realizar algunas acciones vigorosas de amor a Jesucristo. En tus ocupaciones ordinarias, negocios y empleos seculares puedes enviar algunas miradas de amor a Jesucristo en tus oraciones cortas y espontáneas.

Pero especialmente en los deberes de la adoración directa a Dios, esfuéstrate para que tu amor fluya hacia Cristo con mayor vigor. En tu devoción secreta diaria y en el culto familiar, deja que el amor a Cristo haga brotar lágrimas de tus ojos, o por lo menos cause dolor y tristeza en tu corazón al reconocer tus pecados por los cuales Él ha sido deshonrado y desagradado. Que el amor a Cristo produzca deseos fervientes en pos de Cristo, y esas comunicaciones, manifestaciones y consuelos que Él no otorga a nadie sino a los que son Suyos. Que el amor a Cristo ponga peticiones en tus bocas, argumentos en tus peticiones y fervor en tus argumentos, en tus súplicas a Él en el trono de la gracia para recibir más provisiones de Su gracia, y para que puedas llegar a conocerlo más íntimamente. Cada día debes expresar tu amor a Cristo, especialmente en el Día del Señor, cuando casi todo el día debe pasarse en ejercicios públicos y privados de adoración religiosa.²²

En todo, tu amor a Cristo debe ejercitarse. Al presentarte a Él en las ordenanzas, no solo debes llevar tu cuerpo ante él, sino también presentarle tu corazón. Debes tener cuidado de hacer esto en la oración pública, al oír la Palabra, al predicar y al cantar salmos. Con frecuencia, en cada ordenanza, debes esforzarte por elevar tu corazón al Señor, pero sobre todo cuando te acercas a la mesa del Señor. Todas tus gracias deben ejercitarse allí y en ese momento, especialmente esta gracia del amor a Jesucristo. Tu vista debe afectar tu corazón cuando veas las representaciones de tu Señor crucificado.

²² Ver Portavoz de la gracia 21, *El Día del Señor*; disponible en CHAPEL LIBRARY.

Piensa qué clase de amor te demostró, que se sometió a tal muerte por ti; ¡cómo debería afectar esto tu corazón! Y más que nunca, tu amor a Cristo debería mostrarse y actuar con el mayor vigor y fuerza.

17. EN QUÉ MOSTRAR ESTE AMOR A CRISTO

Habiendo dado instrucciones de cómo alcanzar el amor a Cristo en la realidad y en la fuerza de él, llego ahora al último tipo de instrucciones: en qué debes mostrar tu amor a Jesucristo.

A. Dirección General: Obedecer a Cristo

En general, muestra tu amor a Cristo en tu obediencia a Cristo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14:15). Sé fiel en el cumplimiento de todos los deberes conocidos que Cristo ordena, y cuídate de no tolerar todos los pecados conocidos que Cristo prohíbe. Que tu gran preocupación sea agradar a Cristo, aunque desagrades a otros; y tu gran temor sea ofender a Cristo, aunque otros se ofendan con tu severidad. Muestra tu amor: 1) En la sinceridad de tu obediencia, 2) En la buena voluntad de tu obediencia, 3) En la universalidad de tu obediencia, y 4) En la constancia de tu obediencia.

Dirección 1: La sinceridad de la obediencia

Muestra tu amor a Cristo en la sinceridad de tu obediencia. Los hipócritas harán algunas cosas que Cristo manda, pero es por motivos carnales y con designios carnales. Pero que el amor a Cristo sea la motivación y el honor de Cristo la meta de tu obediencia. Obedece a Cristo porque le amas y con la intención de agradarle. Lo que haces, hazlo de corazón para el Señor; y sobre todas las cosas, desea y esfuérate para que lo que hagas encuentre aceptación en Él. «Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables» (2Co 5:9).

Dirección 2: Buena disposición a la obediencia

Muestra tu amor a Cristo en la buena disposición de tu obediencia. Algunos obedecerán a Cristo, pero con gran retraso. Cumplen con sus deberes, pero les resultan pesados, fatigosos y penosos, y los mandamientos de Cristo les resultan gravosos. Apenas están dispuestos a cumplir un deber, solo cuando son azotados por las varas de la aflicción, o provocados y heridos por los aguijones de la conciencia. Oh, el máximo desgano y la indisposición en lo más espiritual del servicio de Cristo, que es una prueba evidente de que el amor es defectuoso, ya sea en la realidad del mismo, o al menos en su medida y grado. Que tu amor se manifieste en la disposición de tu obediencia. Sirve al Señor con una mente dispuesta y lista, con prontitud y alegría de espíritu, considerando el servicio de Cristo como tu honor y estimando cada deber como tu privilegio. Si tienes algo que te obliga a obedecer, que sea la obligación del amor (2Co 5:14). Si te obligan a obedecer a Cristo, que no haya violencia sino la violencia del amor. Si eres arrastrado al deber, que no sea con otras cuerdas que las del amor. Que el amor sea la espuela y el aguijón que te empujen hacia adelante, para que no solo camines, sino que corras por los caminos de los mandamientos de Cristo con un corazón ensanchado.

Dirección 3: Universalidad de la obediencia

Muestra tu amor a Cristo en la universalidad de tu obediencia. Los hipócritas cumplirán algunos deberes que son para su beneficio y servirán a sus designios carnales; otros deberes los omiten y descuidan totalmente. Que tu amor a Cristo se muestre en tu respeto a *todos* Sus mandamientos. Aunque aquí no puedas alcanzar la perfección de la obediencia, que tu obediencia sea universal. Obedece a Cristo no solo en los deberes manifiestos, de los que los hombres son testigos, sino también en los deberes secretos y espirituales, que dependen del ejercicio de la mente, como la meditación, la contemplación, el autoexamen y el clamor, así como en la parte espiritual de todos los deberes, que solo Dios ve. De este modo te diferenciarás de todos los hipócritas del mundo.

Dirección 4: Constancia en la obediencia

Muestra tu amor a Cristo en la constancia de tu obediencia. «Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la

verdad?» (Ga 5:7). Algunos hipócritas son maestros celosos por un tiempo, y al principio parecen superar a muchos que son sinceros; pero pronto se cansan y se fatigan, no solo *de* hacer el bien, sino también *del* bien mismo. Pronto tropiezan y caen, y no solo caen, sino que se apartan; no solo retroceden, sino que se alejan y se convierten en terribles apóstatas. Muestra tu amor a Cristo no solo en comenzar bien, sino en continuar bien tu trayectoria cristiana, hasta el fin del curso de tu vida. Comienza bien y persevera pacientemente en obrar bien. Persevera en tu obediencia: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Ga 6:9). Y si eres «fiel hasta la muerte», Cristo ha prometido darte «la corona de la vida» (Ap 2:10).

B. Direcciones particulares

Más particularmente, muestra tu amor a Cristo: 1) En tu aprendizaje, guardando, afirmando y manteniendo las verdades de Cristo; 2) En tu valentía en público y celo por el honor e interés de Cristo; 3) En tu resistencia vigorosa y oposición a los enemigos de Cristo; 4) En tu imitación del ejemplo de Cristo; 5) En tu disposición a tomar y pacientemente llevar la cruz de Cristo; 6) En tus deseos por la presencia de Cristo aquí, y en tu anhelo por la segunda aparición de Cristo en el día final.

Dirección 1: Guarda las verdades de Cristo

Demuestra tu amor a Cristo aprendiendo, guardando, afirmando y manteniendo las verdades de Cristo.

Aprende las verdades de Cristo: Familiarízate, en primer lugar, con todas las verdades fundamentales de la religión cristiana, mediante la lectura diligente de las Escrituras y de otros libros que puedan serte de ayuda. Y así continúa y sigue adelante para aprender aquellas verdades que son la estructura y el fundamento. Cualesquiera que sean las verdades para las que encuentres fundamento en las Escrituras, que son la Palabra de verdad, recíbelas, no solo a la luz de ellas, sino también por amor a ellas. Si las ramas de las verdades están en tu cabeza, las hojas de ellas en tu profesión y el fruto de ellas en tus acciones, que la raíz de ellas esté en tu corazón.

Retén las verdades de Cristo: Habiendo aprendido las verdades de Cristo tal como son en Jesús, que no queden sueltas en tu entendimiento, sino que estén sujetas, fijas y ceñidas a los lomos de tu entendimiento. Sostén firmemente las verdades de Cristo; aprécialas más que todas las joyas. No te separes de ellas bajo ninguna condición. Deja ir todo: los bienes, la libertad y la vida misma, antes que cualquiera de estos ricos tesoros que Cristo te ha confiado.

Afirma las verdades de Cristo: No te avergüences ni tengas miedo de afirmar las verdades de Cristo en la generación más adúltera y contradictoria. Profesa tu fe en Cristo y en las verdades de Cristo. Esfuérzate por que la luz de estas verdades brille y emita rayos tan brillantes en el mundo oscuro en que vives, que otros puedan ser llevados por de este modo al conocimiento de la verdad.

Esfuérzate por mantener las verdades de Cristo: Contiene ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos (Jud 1:3); esfuérzate por convencer a los incrédulos y por defender las verdades de Cristo contra esas opiniones y doctrinas corruptas y erróneas que, como la levadura, son muy propensas a propagarse e infectar las mentes de los hombres.

Dirección 2: Promover el honor de Cristo

Muestra tu amor a Cristo en tu civismo y celo por el honor y el interés de Cristo. Que tus afectos sean públicos, no privados, limitados, estrechos y centrados en el yo. Que tu amor sea un amor público y general. Ama no solo a los parientes, sino ama a todos los discípulos de Cristo, aunque sean de convicciones e intereses diferentes, por causa de la imagen de Cristo. Y ama no solo a los amigos que te aman, sino también a los enemigos que te odian, por causa del mandamiento de Cristo (Mt 5:44). Que tus deseos sean deseos públicos: desea el bienestar de la Iglesia universal y de todo el pueblo de Dios en todo el mundo. Y, en consecuencia, ora por su paz y prosperidad; y esfuérzate, cuando tengas oportunidad, por promover el bien común más que tu propio beneficio privado. No busques lo tuyo propio, sino lo que es de Jesucristo (Fil 2:21).

Que tu dolor sea un dolor público. Entristécese no solo por tus propios pecados, sino también por los pecados de los demás, por los que Cristo es deshonrado en el mundo. Entristécese no solo por tus

propias aflicciones, sino también por las aflicciones de José: «Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo» (Heb 13:3). Estás en el mismo cuerpo espiritual con todos los miembros afligidos de Cristo, y cuando algunos miembros sufren, los demás deben sufrir también por compasión. Sangrando en sus heridas y afligiéndote en sus penas, y debes estar dispuesto a socorrer a cualquiera, especialmente a los discípulos de Cristo, cuando se hallen en apuros y necesidades, conforme a tu capacidad y según tengas la oportunidad.

Emplea todos tus talentos para la gloria de tu Maestro, y esfuérzate por promover los intereses del Señor Jesús hasta el límite de tus capacidades.

a) En referencia a los que están fuera

Si tú mismo has sido llamado, procura llamar a otros a Cristo, como Andrés llevó a Pedro y Felipe a Natanael, al Mesías (Jn 1:40-41, 44-45). Si has encontrado al Mesías, o mejor dicho, si has sido encontrado por Él, deja que tu amor a Cristo y tu amor a las almas te impulsen a procurar la conversión de otros que son tus parientes, amigos y conocidos.

Haz que tus amigos inconversos recuerden sus miserables estados mientras están bajo la culpa y el poder reinante del pecado, mientras son esclavos del diablo y de sus propias concupiscencias. Háblales de la muerte y de sus terribles consecuencias para todos los pecadores que no han sido perdonados. Háblales de Cristo: que Él es el único Salvador y Redentor de la humanidad, y cuán capaz y dispuesto está a salvarlos si lo buscan y se dedican a Él. Diles que no hace mucho tiempo tú estabas en el mismo estado que ellos, viviendo en la práctica de los mismos pecados y yendo por el mismo camino hacia la destrucción; y que el Señor ha mostrado misericordia hacia ti en tu conversión y al llevarte a un estado de salvación. Diles que también hay misericordia para ellos si la buscan, que la gracia de Dios es muy generosa, Su misericordia muy abundante; que Cristo es muy misericordioso y no desecha a nadie que venga a Él. Háblales de la amabilidad de la persona de Cristo, del sobrecolector amor que ha mostrado a la humanidad caída al morir por ella; y de que, aunque estuviera muerto, está vivo y vive para siempre para interceder por todos los que lo eligen y lo toman como su abogado. Por lo tanto,

persuádelos de que rompan con sus pecados mediante el arrepentimiento, que de otro modo será la ruina tanto de sus cuerpos como de sus almas en el infierno, y que vengan a Cristo sin demora y lo acepten en los términos del evangelio.

Si no puedes manejar bien estos argumentos tú solo, persuádelo, si puedes, a que oiga a los ministros y sermones que, con la bendición de Dios, han sido eficaces para tu conversión, y así podrás ser un instrumento para la expansión del reino de Cristo, que es una de las mejores maneras de expresar tu amor a Cristo.

b) En referencia a los que están dentro

Trabaja para promover el interés de Cristo entre los que son verdaderamente misericordiosos, esforzándote vigorosamente para fortalecerlos y establecerlos, para animarlos y alentarlos en los caminos del Señor. Comunica las experiencias que hayas tenido, ya que ves que existe una necesidad real, y puede tender no tanto a tu alabanza sino al honor de tu Maestro. Esfuérate desde tu posición en ser una luz resplandeciente y ardiente; está atento a toda buena palabra y obra. Considérate como un siervo fiel a Cristo y que no te pertenes a ti mismo, y por lo tanto, entrégate al máximo por Él. Pon toda tu diligencia en glorificarlo con tu cuerpo y espíritu, con tus bienes e intereses, con tus dones y talentos, todo lo cual es Suyo y debe estar dedicado a Él.

Dirección 3: Oponte a los enemigos de Cristo

Muestra tu amor a Cristo en tu resistencia vigorosa y oposición a los enemigos de Cristo. Hay tres grandes enemigos de Cristo contra los que, por causa de tu bautismo, estás comprometido a luchar: es decir, el diablo, la carne y el mundo, que hacen la guerra tanto contra Cristo como contra tu alma. Esta trinidad de adversarios concuerdan en uno y se combinan juntos contra Su ungido, haciendo su mayor esfuerzo para romper Sus ligaduras, desatar Sus cuerdas, y trastornar Su gobierno. Arrancarían la corona de la cabeza de Cristo si pudieran alcanzarla, y el cetro de Su mano. Despojarían a Cristo, si pudieran, de todo Su poder aquí en la tierra y lo confinarían a Sus territorios en el cielo.

Pero todos sus intentos en este sentido han sido y serán en vano: Cristo ha probado la fuerza de estos enemigos y los ha vencido; pero aún les queda algo de vida y poder para guerrear contra la simiente

santa. Eres un soldado de Cristo, alistado bajo Su bandera. Muestra tu fidelidad y tu amor a tu Capitán y General manteniendo con valor el combate espiritual contra Sus enemigos espirituales, que son los tuyos. Pelea la buena batalla de la fe. Resiste hasta la sangre; no cedas bajo ningún concepto. Aparta con desdén el ojo y el oído cuando estos enemigos te atraigan y seduzcan, y oponte firmemente a ellos cuando te asalten con más furia. No escuches las insinuaciones del diablo, las tentaciones del mundo ni las propuestas de la carne que te seducirán y arrastrarán por caminos de pecado, o que te sacarán y apartarán de los caminos de Cristo. Resiste, oponte y esfuérzate por obtener cada día algunas victorias sobre estos adversarios. Especialmente conquista la carne, y los otros dos serán vencidos pronto.

Cristo te mostró Su amor sometándose a ser crucificado por ti; muestras tu amor a Cristo crucificando tu carne, con sus afectos y concupiscencias, por amor a Él, en tu auto negación y mortificación de las obras de la carne. Cuando rechazas tu razón carnal, tu sabiduría carnal, tu voluntad carnal, tus afectos carnales, tu interés carnal y todos los apetitos desordenados por amor de Cristo; cuando aplastas el orgullo, la envidia, la venganza, la malicia, la ira desmedida, el amor desmedido, el deseo desmedido, la pena desmedida, la lujuria y toda mala concupiscencia por causa y a causa del mandato de Cristo: todos estos son actos y evidencias de amor a Cristo, y en esto debes ejercitarte diariamente.

Dirección 4: Sigue el ejemplo de Cristo

Muestra tu amor a Cristo siguiendo Su ejemplo. Muestra tu afecto hacia Él en tu imitación de Él, como si escribieras una copia de Su vida, al andar en Sus pisadas, al caminar como Cristo mismo caminó cuando estuvo aquí en la tierra. Muestra tu amor a Cristo esforzándote por parecerle a Él, para que seas semejante a Él tanto en tu disposición interior como en tu conducta exterior. Cristo fue humilde; sé humilde y sencillo en tu propia estima. Cristo fue manso; sé manso, dócil y no te irrites fácilmente. Cristo amó a Dios; sea Dios el objeto de tu amor. Cristo odiaba el pecado; que el pecado sea también objeto de tu odio. Cristo despreció al mundo; crucifica tus afectos a él. Cristo fue compasivo con los que estaban afligidos; esfuérzate tú también por una compasión semejantes. Cristo acostumbraba adorar públicamente en las sinagogas, orar con Sus

discípulos y pasar tiempo también en oración secreta; dedícate a asistir a las asambleas públicas del pueblo de Dios, adora a Dios en tu familia y pónete a menudo de rodillas ante el trono de la gracia en secreto.

La mente de Cristo era una mente celestial; haya en ti la misma mente que hubo en Cristo. La voluntad de Cristo era sumisa a la voluntad de Su Padre; haya en ti la misma voluntad que hubo en Cristo. Las palabras de Cristo eran llenas de gracia y edificantes; que tus palabras sean siempre llenas de gracia, agradables y edificantes (Col 4:6; Ef 4:29). La vida de Cristo fue una vida activa, siempre estaba haciendo el bien, y era exactamente santo en todas Sus acciones; sé activo y diligente en el servicio de Dios haciendo el bien a los demás, y sé santo como Cristo era santo en toda tu manera de vivir.

Así debes mostrar tu amor a Cristo, siguiendo su ejemplo e imitándolo en todo lo que seas capaz de imitar.

Dirección 5: Llevar la cruz de Cristo

Muestra tu amor a Cristo en tu disposición a tomar y llevar pacientemente la cruz de Cristo. No digo que debas desear sufrimientos por Cristo, pero estoy seguro de que un fuerte amor a Cristo no te permitirá rechazarlos. No te apartes del camino de Dios *por* ellos; tampoco te apartes del camino de Dios para librarte *de* ellos. Si te encuentras con la cruz en el camino del deber, no retrocedas ni te apartes, sino levántala alegremente. Y cuando la hayas levantado, sopórtala pacientemente y no te desprendas de ella hasta que Dios te la quite. Cuando sea tu deber sufrir por Cristo, considera también que es tu privilegio. Y alégrate de la oportunidad, regocijándote de que tienes algo que abandonar por causa de Cristo: sea un buen nombre, o una buena propiedad, o buenos amigos; sea la libertad o la vida misma. Tales expresiones de amor son muy honorables y muy agradables a tu Señor y Maestro.

Dirección 6: Desear la presencia de Cristo

Y por último, muestra tu amor a Cristo en tus deseos por la presencia de Cristo aquí y en tu anhelo por Su segunda venida en el día final.

a) *Desear la presencia misericordiosa de Cristo aquí* y las manifestaciones de la misma, que conforme a Sus promesas Él venga

a ti, que se acerque y que puedas sentir que Él está cerca. Desea tener revelaciones más claras de Cristo y una comunión y compañerismo más íntimos con Cristo. Por encima de toda compañía y comunión, desea la compañía, la comunión y el conocimiento de Cristo, para que puedas caminar con Él y conversar con Él; para que haya un comunión diaria entre Cristo y tu alma, y para que se eliminen todas las distancias entre ustedes y la falta de familiaridad. Que tu amor se exprese en deseos de Cristo cuando esté ausente y en deleites cuando esté presente. Regocíjate en el Señor sobremanera cuando se manifieste a ti con gracia. Admira Su belleza y deléitate con Sus sonrisas; admira Su amor y deléitate con el convencimiento de Su favor. Que las representaciones de tu amor y las obras del mismo, sean de esta manera para tu Amado diariamente.

b) Desea también y anhela la segunda venida de Cristo en el día final. Cuando Él diga: «Ciertamente vengo en breve», responde: «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Ap 22:20). Mira el tiempo como algo que no avanza, que no corre deprisa.

Contempla el fin de los tiempos y anhélalo, porque entonces con estos ojos verás a Aquel a quien ama tu alma, porque entonces verás a Cristo descender del trono de Dios con tal brillo de majestad y resplandor de belleza, que te transportará de asombro y alegría.

Di: «¿Cuándo, Señor Jesús, tomarás para Ti Tu gran poder, te revestirás de Tu autoridad y descenderás para juzgar al mundo? ¿Cuándo abrirás las puertas eternas del cielo, que han estado cerradas tanto tiempo? ¿Cuándo descenderás del cielo con un grito, con el sonido de la gran trompeta, y enviarás a tus ángeles a reunir a todos tus elegidos de los cuatro vientos, para que todos los que te aman se reúnan en una sola sociedad? ¿Cuándo nos vestiremos con nuestras vestiduras de inmortalidad y seremos arrebatados en las nubes para reunirnos contigo en el día de Tu triunfo? ¿Cuándo llegará el día de nuestra coronación y de nuestra admisión en las gloriosas mansiones que Tú has preparado para nosotros en el glorioso palacio que está arriba? ¿Cuándo te manifestarás a nosotros y nos permitirás contemplarte cara a cara? ¿Cuándo nos mostrarás al Padre, y nos concederás que le contemplemos directamente sin un cristal? ¿Cuándo nos mostrarás Tu gloria, que tenías con el Padre antes de que el mundo fuera, y nos concederás no solo que la veamos, sino también que participemos de ella? ¿Cuándo nos abrirás los

tesoros de Tu amor y nos recibirás en los más íntimos, estrechos y dulces abrazos, y nos darás a beber de esos ríos de delicias que hay en Tu presencia? Oh, apresúrate, Señor, apresura Tu gloriosa venida, para que seas glorificado ante todo el mundo; y nosotros seamos glorificados contigo, para que entonces seamos llevados a vivir contigo y a reinar contigo, y seamos perfectamente felices en el pleno y eterno goce de ti».

Hasta aquí las instrucciones, con lo que concluyo la parte de la exhortación.

18. CONCLUSIÓN

¿Y qué dices ahora después de todos los incentivos para estimularte y convencerte para amar de Cristo, y las instrucciones en cuanto a esto? ¿Será todo en vano?

A. A los que no tienen a Cristo

¿Qué dices, pecador? ¿Tendrá Cristo tu corazón o no? ¿Acaso albergarás en tu corazón concupiscencias viles que te condenarán y mantendrán lejos del Señor Jesucristo, el único que puede salvarte? ¿No ganaré corazones para Cristo con todos mis sermones que he predicado acerca del amor de Cristo? Mi Señor y Maestro me ha enviado para atraerte, para ganar tu corazón para Él; ¿tendré éxito o no? ¿Será aceptado mi mensaje y Jesucristo, la persona más encantadora, encontrará cabida contigo? Si alguna persona o cosa en el mundo a la que más amas, ciertamente merece así tu amor, entonces cierra aún tus oídos contra todas mis palabras y deja que se pierdan; cierra tu corazón contra Cristo que llama a la puerta, y niégale absoluta y firmemente cualquier lugar allí. Pero si en todo el mundo no puedes encontrar un amado digno aparte de Cristo; si todo aquí en la tierra es indigno de tu corazón; si todas las cosas inferiores, cuando tienen tu amor más grande, te degradan y te contaminan; y, a menos que tu corazón se aparte de ellas,

ciertamente te arruinarán y destruirán eternamente, oh, entonces convéncete sin más demora de abrir las puertas eternas de tu corazón, de recibir a Cristo en él, y a poner a Cristo en el lugar más alto de tus afectos. Oh, convéncete de dar a Cristo tu amor más grande, de darle tu corazón, y todo tu corazón. Con dolor y odio suelta tu apego al pecado y abraza al Señor Jesucristo en los brazos de tu amor más profundo.

Y entonces te diría, como nuestro Salvador hizo con Zaqueo cuando lo agasajó en su casa: «Hoy ha venido la salvación a esta casa» (Lc 19:9). ¡Oh, feliz día para ti! ¡Oh, dichoso tú de haber nacido, si en este día Cristo fuera agasajado de todo corazón por ti! Este sería entonces el día de tu conversión, en el cual los ángeles se regocijarían; y aunque el dolor y la angustia te invadieran por un tiempo a causa de tu pecado, esto daría paso a tu gozo espiritual. Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría (Sal 30:5). Pero, oh, el gozo que tendrás entonces en el día de tu coronación, cuando todas las lágrimas serán enjugadas de tus ojos y serás admitido en la presencia gloriosa del Señor, donde hay plenitud de gozo y delicias para siempre (Sal 16:11).

B. A los que están con Cristo

Y tú, creyente, ¿qué dices? Tú, que tienes algo de amor a Cristo, ¿serán esta doctrina y estos sermones que he predicado un medio para elevar y aumentar tu amor? Tu amor ha estado demasiado mezclado: ¿amarás a Cristo más completamente? Tu amor ha sido muy débil: ¿amarás a Cristo con más fuerza? Tu amor a Cristo no ha sido más que una chispa: ¿se convertirá ahora en una llama? Después de tales vientos, ¿no habrá fuego? Cuando piensas en la persona tan placentera que es Cristo, en Su amor tan incomparable, en Sus beneficios tan inestimables, ¿no encenderá esto tu corazón? ¿Y no le amarás ahora más entrañable y ardientemente que nunca? ¿Serás persuadido a apartar tu corazón de la tierra y de las cosas terrenales, y a elevarlo a tu Señor que está en los cielos, y a fijar allí tu amor, para nunca más apartarlo de Él? ¿Amarás mucho al Señor Jesús, a quien nunca podrás amar demasiado? ¿Permanecerás ahora en el amor de Cristo, y serás más frecuente y ferviente en tus manifestaciones de él?

Entonces, ¡oh, qué consuelo encontrarías en tu amor! y ¡qué dulzura en la percepción del amor de Cristo! Esta sería la evidencia más segura de que Cristo te ama, porque Cristo ama primero. Y cómo endulzaría esto tu paso por el valle de la aflicción y por el valle de la muerte. Esto endulzaría una copa amarga y haría más dulce una copa dulce. En la vida, el sentido del amor de Cristo será mejor que la vida; pero en la muerte, este será el único sostén y apoyo que puedas tener; nada más puede darte un consuelo sólido en la hora de la muerte. La muerte hace estragos y juega al tirano en todas partes, dispara sus flechas de aquí para allá. A veces hiere a los que son mayores que tú, y a veces a los que son más jóvenes; a veces a los que son más débiles que tú, y a veces a los que son más fuertes; a veces a los que son mejores, y a veces a los que son peores; a veces hiere a los justos, y a veces a los impíos; a veces a los profanos, y a veces a los maestros, para que todos se despierten y se preparen.

¿Y qué es lo que puede darte consuelo cuando te acercas a la fosa? Puedes tener el amor de tus queridos compañeros, llorando y lamentándose junto a tu lecho; hijos, parientes y amigos preocupados y mirándote con lástima, afligidos por separarse de ti; pero ¿qué consuelo puede dar todo su amor a tu espíritu que está a punto de partir? Su amor puede perturbarte y hacerte más renuente a morir y dejarlos, porque ellos están renuentes a separarse de ti. Pero, el amor de Cristo y la consciencia del mismo serán un verdadero consuelo, porque Él es un amigo de quien no te estás separando, sino que vas hacia Él.

Y, ¡oh, el deleite que entonces puedes tener, cuando los amigos están más tristes y la muerte parece más sombría, cuando las articulaciones temblorosas, los sudores, el pulso intermitente, las mandíbulas caídas, el temblor de la garganta y otros síntomas dan aviso de la proximidad de la muerte! Y luego pensar: «He llegado no solo a la puerta de la eternidad, sino también a la puerta de la casa de mi Padre, donde muchos santos me han precedido y muchos ángeles me asisten, y donde está mi amado Jesús y ha preparado mi recepción y habitación eterna. Aquí hay amigos junto a mi lecho, que dentro de poco llevarán mi cuerpo a la tumba para que se alimenten de él los gusanos. Aquí hay ángeles también junto a mi lecho, esperando mi alma, para que tan pronto como se separe de este cadáver moribundo, puedan llevarme al paraíso celestial. En unos

pocos minutos estaré con mi amadísimo Señor, donde mi fe será sustituida por la vista, mi esperanza, por los frutos, y mi amor llegará a la perfección. ¡Oh, la luz gloriosa que allí, en ese momento, brillará en cada rincón de mi mente! ¡Oh, el amor, el gozo y el deleite inefable cuando llegue a ver, disfrutar y vivir para siempre con mi Amado!

Esto, solo esto, hará que estés dispuesto a morir, y esta impresión del amor de Cristo endulzará eficazmente tu paso a través del oscuro pasaje de la muerte.



APÉNDICE

LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO A LOS QUE LE AMAN

El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.—Juan 14:21

Leemos: «Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca» (Lc 4:22). Nunca salieron de los labios de ningún hombre palabras tan dulces y llenas de gracia como las que salieron de los labios de Cristo cuando estuvo aquí en la tierra. Y de todas las palabras de Cristo, las que habló a Sus discípulos en Su último sermón, antes de Su sufrimiento final, en los capítulos 14, 15 y 16 de Juan, son superlativamente dulces; y ninguna más dulce en este sermón que las palabras de mi texto: «Y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él».

En la primera parte del versículo, tenemos el carácter de uno que verdaderamente ama a Cristo: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama». En la última parte del versículo, que es mi texto, tenemos el privilegio de uno que verdaderamente ama a Cristo, y eso está en tres promesas que Cristo le hace: 1) «El que me ama, será amado por mi Padre», 2) «Y yo le amaré», 3) «Y me manifestaré a él». Es de la última de estas promesas de la que hablaré como apéndice a mi tratado del amor que los verdaderos cristianos tienen y deben tener a Cristo, y es la promesa de que Cristo se manifestará a los que le aman. Y la doctrina es esta:

Doctrina: Cristo se manifestará a los que le aman.

Al tratar este punto, mostraré:

- A. Lo que significa que Cristo se manifieste,
- B. Cristo se manifestará a los que le aman,
- C. Cómo Cristo se manifiesta a los tales,
- D. Cuándo Cristo se manifiesta a los tales,
- E. Dónde Cristo se manifiesta a los que le aman,
- F. Y por último, la aplicación.

Ahora, ¿qué significa que Cristo se manifieste?

A. Cristo se manifiesta

1) Una revelación más evidente de Su excelencia

Cristo se manifiesta cuando revela de forma más clara a Sus discípulos la excelencia de Su persona, cuando se quita el velo y deja salir algunos rayos con mayor resplandor y brillo, para revelarles más del fulgor y trascendencia de Su belleza que maravilla el alma, de la cual antes solo tenían una visión más tenue y una comprensión más oscura. Esto es cuando Cristo les imparte más plenamente el Espíritu de sabiduría y revelación. Por esta razón, el apóstol oró en favor de los efesios creyentes para que el Señor les diera el Espíritu de sabiduría y revelación para iluminar sus entendimientos en el conocimiento de Él (Ef 1:16-18). Tenían el Espíritu y algún conocimiento de Cristo antes, pero él ruega que Dios les dé medidas más completas del Espíritu para tener una comprensión más clara de Cristo, que los ojos de sus entendimientos puedan ser aún más iluminados hasta un discernimiento más espiritual de la sobresaliente belleza y excelencia en la persona de Cristo, en el conocimiento de Él; y aun los cristianos más iluminados seguirán creciendo en este conocimiento hasta el final de sus vidas. De ahí la exhortación del apóstol Pedro: «Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2P 3:18).

2) Profunda impresión de Su presencia

Cristo se manifiesta cuando causa una profunda impresión y da a Sus discípulos una dulce sensación de Su presencia. Cristo nunca está realmente ausente de los que le aman, pero a veces puede parecerlo. Ellos pueden pensar que está lejos; Él puede retirar, y a

menudo retira, el sentido de Su presencia: «Abrí yo a mi amado; pero mi amado se había ido» (Cnt 5:6). Cristo se manifiesta cuando se acerca a Su pueblo y le hace sentir que está cerca, dándole una dulce percepción de Su presencia por medio del poderoso soplo de Su Espíritu sobre él, por lo cual su corazón se aviva, se ensancha y es atraído hacia Él, y sus gracias se ejercitan poderosamente.

3) Revelación de Su amor

Cristo se manifiesta principalmente cuando revela Su amor ante los que le aman; cuando les da a ver no solo la belleza de Su rostro, sino también las sonrisas de Su rostro; cuando les da a contemplar la amabilidad de Su semblante, y eleva sobre ellos la luz de Su rostro; cuando derrama el sentido de Su amor en sus corazones, dándoles una plena persuasión de Su amor especial hacia ellos y también un dulce sentido del mismo. Así, Cristo a veces mira con bondad y habla con bondad a Su pueblo.

Este dulce lenguaje no es hablado al oído del cuerpo, sino interiormente por Su Espíritu a sus almas, cuando dice al alma: «Yo soy tu salvación y tu Salvador. Con amor eterno te he amado y mi amor es inmutable. Los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti Mi misericordia ni será removida de ti. Me he dado a Mí mismo por ti, y Me he dado a Mí mismo a ti, y nunca me arrepentiré de este don. Te he elegido para Mí, te he llamado y unido a Mí, y nunca me arrepentiré de esta elección, ni permitiré que te separes de Mí para siempre. Te tengo en Mi corazón y te guardo en Mi mano, y ningún poder de la tierra o del infierno podrá arrancarte de allí. Te he dado Mi gracia y te mostraré Mi gloria. Pronto apareceré en el mundo y te recibiré conmigo, para que donde Yo esté, tú también estés. Seca, pues, tus lágrimas, mejora tu semblante, destierra tus temores, no decaigas, no te desanimes más, sino ten buen ánimo: tus pecados te son perdonados, tu nombre está escrito en Mi libro, que nadie puede borrar. Tú me amas de verdad, y mi Padre mismo te ama, y Yo te amo con amor entrañable. Por tanto, no cuestiones ni dudes más de Mi amor». Así se manifiesta a veces Cristo y Su amor a las almas decaídas y abatidas.

B. El amor de Cristo; la palabra de Cristo

Que Cristo se manifestará a los que le aman se muestra en que Su amor le compromete, y Su Palabra le compromete a esto.

El amor de Cristo es como fuego que no puede ocultarse por mucho tiempo, y ningún fuego es tan fuerte y tiene una llama tan vehemente como el amor de Cristo a Su pueblo. José tenía un gran amor por sus hermanos, a pesar de toda su crueldad. Aunque disimuló por un tiempo y les habló ásperamente, sin embargo, después que se dieron cuenta de su falta y se llenaron de temores desconcertantes, no pudo ocultarse más de ellos: «No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo... se dio a llorar a gritos y...dijo José a sus hermanos: Yo soy José... Entonces dijo José a sus hermanos: Acercaos ahora a mí... Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto» (Gn 45:1-4). Así Cristo puede ocultarse por un tiempo de Su pueblo, a pesar del gran amor que les tiene y del amor que ellos le tienen a Él. La falta de compasión que han mostrado en algún momento puede ser la causa; pero cuando reconozcan su falta, llenos de dolor y confusión por sus ofensas, Su amor no le permitirá ocultarse por mucho más tiempo. Su amor hará que se manifieste y se revele, y dirá: «Yo soy Jesús, su Salvador. Acérquense a mí, hermanos míos. Acérquense a Mí para que tengan una visión más clara de Mí, para que me conozcan y sepan que los amo».

La Palabra de Cristo también le compromete a manifestarse a los que le aman. Cristo promete en este texto: «El que me ama, será amado por Mi Padre, y yo le amaré, y *me manifestaré* a él». La Palabra de Cristo es segura; verdadero y fiel es el nombre de Cristo. Antes pueden fallar los decretos de los cielos que Cristo falte a Su Palabra y promesa.

C. Cómo se manifiesta Cristo

¿Cómo se manifiesta Cristo a los que le aman?

1) *En parte*

Cristo se manifiesta aquí en este mundo, pero en parte y veladamente. El alma no es capaz ahora de la más plena y clara manifestación de Cristo. Esta es una felicidad reservada para el otro

mundo: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1Jn 3:2). «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado» (Jn 17:24). De aquí en adelante los discípulos de Cristo serán perfectamente semejantes a Cristo, y tendrán una perfecta manifestación de Cristo: lo verán tal como Él es. En adelante contemplarán Su gloria. El brillo y resplandor de la gloria de Cristo es tan grande que, si ahora dejara salir Sus rayos sobre ellos, los deslumbraría y asombraría. Los dejaría ciegos; sí, ciertamente los fulminaría.

Debido a su debilidad, es necesario que Cristo mantenga un velo sobre Su rostro cuando se muestra a sí mismo. Ahora no pueden soportar la plena manifestación de Cristo; por lo tanto, Cristo se descubre solo en parte. Como dijo la reina de Sabá acerca de la sabiduría y prosperidad de Salomón: «Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído» (1R 10:6-7). No es la mitad lo que los discípulos de Cristo oyen ahora o pueden discernir de las excelencias de su Maestro. Sus corazones no son capaces de concebir ahora las bellezas, glorias y perfecciones más admirables que se esconden en su Amado.

No solo el amor de Cristo, sino también Su hermosura sobrepasan su conocimiento. Hay tales dimensiones de la gloria más maravillosa en la persona de Cristo, que trascienden infinitamente la capacidad de las mentes más elevadas para comprenderla plenamente. Cristo se manifiesta verdaderamente a los que le aman, pero es solo en parte, y es solo una pequeña parte; es solo oscuramente por los rayos de una luz difusa. «Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1Co 13:9-12).

Nosotros los ministros predicamos solo en parte; no podemos decirte sino un poco de lo que realmente hay en Cristo. Y tanto tú como nosotros sabemos solo en parte; nuestros conceptos de las excelencias de Cristo y nuestras expresiones ahora son infantiles. De aquí en adelante, habrá una manifestación perfecta de Cristo y entonces todas las imperfecciones del conocimiento serán eliminadas. Ahora puedes ver a Cristo, pero es a través de un cristal oscuro; en adelante, cara a cara. En efecto, se dice: «Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados...» (2Co 3:18). Hay una revelación de Cristo bastante accesible ahora en los tiempos evangélicos, si la comparamos con lo que había bajo la Ley; el velo de tipos²³ y figuras que cubrían y en gran medida ocultaban a Cristo de la vista, ha sido quitado. Nuestro rostro está ahora libre de ese velo, pero el rostro de Cristo no está completamente expuesto. Todavía hay un cristal entre nuestro ojo y el rostro de Cristo: el cristal de las ordenanzas que, aunque nos ayuda a verlo, nos impide tener una revelación más clara de Él. Solo vemos a través de un cristal oscuro. Nuestros ojos necesitan ahora este cristal para ayudar a nuestra debilidad y para que podamos ver lo que vemos. Se acerca un tiempo en que ya no necesitaremos estos anteojos; quiero decir, cuando veremos a Cristo cara a cara, y lo conoceremos en el cielo, tal como somos conocidos por Él.

2) *Gradualmente*

Cristo se manifiesta ahora gradualmente a los que le aman. Cristo no muestra de una vez y por completo lo que quiere descubrir de sí mismo y de Su amor, sino que lo hace por grados, un poco en un tiempo, y un poco en otro tiempo; un poco en esta ordenanza, y un poco en aquella. Ahora deja descender algunos confortables rayos de la luz de Su rostro en el alma; de vez en cuando surgen nubes que oscurecen esta luz, y las tinieblas se ciernen sobre el espíritu. A veces Cristo abre la cortina y mira el alma, con sonrisas de gracia; de vez en cuando la cortina se cierra y Su rostro se oculta. Ahora aparece y luego desaparece. Se manifiesta en un momento, se retira en otro, y así conduce a Su pueblo de una manifestación de sí mismo a otra,

²³ **tipos** – símbolos que representan algo o a alguien con características similares; se utilizan en el Antiguo Testamento para representar las verdades del Nuevo Testamento.

hasta que por fin lo lleva a la plena revelación de sí mismo en la gloria.

3) *Dulcemente*

Cristo se manifiesta dulcemente a los que le aman, especialmente después de una larga ausencia. Cuando el alma lo ha estado buscando y no puede encontrarlo, vagando en el desierto bajo temores asombrosos, dudas desconcertantes, desalientos lúgubres, una pena que hunde y abruma el corazón, después de una noche negra de profunda deserción, ¡oh, cuán dulce es la primavera del día que viene de lo alto! ¡Oh, qué confortables son los brillantes rayos de la luz de la mañana, cuando Él brilla sobre sus espíritus oscuros, despreciados y afligidos, dándoles a conocer con certeza que son los amados de Su alma, que Él no los ha olvidado, que no los abandonará, que les tiene un amor más tenaz que el de una madre a su hijo lactante! ¡Oh, los éxtasis del espíritu! ¡Oh, los movimientos del alma que surgen de aquí! ¡Oh, los cantos que hay entonces en sus bocas! Este es nuestro Amado; le hemos esperado. Este es nuestro amado Redentor; en Él hemos confiado. La lengua no puede expresar el deleite, el gozo y la alegría del corazón, que surgen de la manifestación de la presencia y del amor de Cristo: el gozo de la cosecha, el gozo del novio en el día de la boda, el gozo de la victoria y de tomar grandes despojos de un enemigo, el gozo de un pobre al encontrar grandes tesoros. El mayor deleite que jamás se haya encontrado en el más dulce goce sensual no es digno de comparación con las alegrías y exaltaciones del corazón en la manifestación de Cristo al alma.

D. Cuándo Cristo se Manifiesta

¿Cuándo se manifiesta Cristo a los que le aman?

1) *A veces Cristo se manifiesta rápidamente*, luego de una breve búsqueda. Algunos jóvenes convertidos tienen manifestaciones tempranas de Cristo y Su amor. Están desanimados por un corto tiempo y Cristo pronto viene a ellos y los levanta de nuevo. El llanto dura solo una noche, y es una corta noche de verano; y el gozo viene temprano por la mañana (Sal 30:5). Tienen el espíritu de esclavitud, que los despierta al temor; pero poco a poco el Espíritu de adopción los visita bondadosamente (Ro 8:15) y les hace descubrir su relación

con el Padre, el amor de su Salvador, y derrama en sus corazones el sentido de Su amor (Ro 5:5).

2) *A veces Cristo tarda mucho* en manifestarse. Pasa mucho tiempo antes de que algunos busquen a Cristo, y pasa mucho tiempo antes de que lo encuentren. Cristo espera mucho para tener misericordia de ellos (Is 30:18), y a menudo los hace esperar mucho antes de manifestarles Sus bondades. Sí, a veces los que lo buscan temprano no lo encuentran temprano. Cristo hace esperar mucho tiempo a algunos para probar su fe, su paciencia, su amor y su obediencia, y para prepararlos para algo más que un consuelo y dulzura ordinarios, lo cual se propone darles al revelarse a ellos.

3) *A veces Cristo se manifiesta súbitamente* a los que le aman. «Antes que lo supiera, mi alma me puso entre los carros de Aminadab» (Cnt 6:12); o antes de darse cuenta, ven los carros de Israel y sus gente de a caballo (2R 2:12; 13:14), y el Señor Jesús viene a ellos en los carros de la salvación con tal gloria y resplandor que los transporta y asombra. Algunos cristianos que verdaderamente aman a Cristo lo han buscado en *esta* ordenanza, y no lo han hallado; y han buscado a Cristo en *esa* ordenanza, y no lo han encontrado. Han estado buscando, esperando y con la expectativa de que en *este* momento Cristo se manifestara a Sí mismo, o que en *ese* momento se mostrara a Sí mismo; y aun así se ha ocultado, y aun así han terminado decepcionados. Este ha sido su dolor; de esto se han quejado delante de Dios. Y han estado bajo el temor de no verlo nunca, de no encontrarse nunca con Él. Entonces sus espíritus han estado a punto de desfallecer y extinguirse dentro de ellos, y desanimados han estado a punto de decir o pensar que toda su labor ha sido en vano. Y, sin embargo, han resuelto buscarlo hasta la muerte, y aunque Él los matara, poner su confianza en Él.

Y he aquí que, de repente, cuando menos lo esperaban y su esperanza estaba a punto de rendirse, se han encontrado con Cristo y han hallado a Aquel a quien ama su alma. De repente se rasgó el velo del templo y vieron a su Amado en el Lugar Santísimo. De repente las nubes han huido, su oscuridad ha pasado, y la luz ha brillado; el viento del norte de los problemas ha cesado y los dulces vientos del sur han soplado sobre ellos. Quiero decir que han estado bajo tales resplandores y alientos del Espíritu, que han visto y sentido

la presencia de Cristo, y una sensación tan dulce de Su amor que los ha llenado de un gozo que estremece el alma.

4) *Cristo se manifiesta oportunamente* a los que le aman. Aunque no siempre se manifiesta cuando más lo desean, se manifiesta cuando más lo necesitan. Y tienen más necesidad cuando se sienten más miserables: cuando están más desanimados de espíritu, más pobres y despreciables en su propia estima, así como más bajos en su condición por la aflicción y la angustia. La humildad y la paciencia bajo la aflicción abren paso a la experiencia de la manifestación de Cristo. Cristo muchas veces reserva Sus medicinas para los desmayos, y los más dulces consuelos en las revelaciones de Su amor para el momento de la mayor adversidad. Especialmente cuando la aflicción es por Su causa, Él se adelanta, lleno de gracia. Juan tuvo sus visiones cuando fue desterrado por causa de Cristo a la isla de Patmos. Y cuando todos los hombres abandonaron a Pablo en su defensa ante Nerón, entonces el Señor vino a él, estuvo a su lado y lo fortaleció.

E. Dónde se manifiesta Cristo

¿Dónde se manifiesta Cristo a los que le aman? En el camino de Sus ordenanzas: allí Él camina; allí aparece a Su pueblo. A veces Cristo se manifiesta en el camino de las ordenanzas *privadas*: cuando lo buscan en sus familias o en lo secreto; cuando hablan de Él en voz alta; o cuando piensan en Él en su meditación y contemplación. A veces Cristo se manifiesta a los que le aman en el camino de las ordenanzas *públicas*: en la oración pública o el ayuno, cuando escuchan la predicación de la Palabra, o cuando están participando en la Cena del Señor.

Especialmente en esta última ordenanza, Cristo se manifiesta con frecuencia a Sus discípulos de la manera más dulce: en la mesa del Señor, el Señor aparece. Al partir el pan, se revela a Sí mismo (como a los discípulos que fueron a Emaús, Lc 24:30-31); en Su casa de banquetes, les da un festín de Su amor. Hay muchos que pueden decir por experiencia que, si en algún momento en sus vidas se han encontrado con Cristo en alguna ordenanza, fue en este

sacramento²⁴. Allí Él ha descubierto Su rostro; allí ha revelado Su amor. Allí ha soplado sobre ellos con Su Espíritu; allí han encontrado y sentido al Señor cerca.

F. Usos

Uso 1: A los que no tienen amor a Cristo

Ahora, unas palabras de aplicación. Aquí, para que yo pueda dirigirme a cada uno en particular, hablaré 1) A ti que no tienes ningún amor a Cristo; 2) A ti, que tienes algo de amor a Cristo, pero sin estas manifestaciones; 3) A ti que amas a Cristo y tienes muestras de Su amor a ti.

Lo primero se refiere a los que no tienen ningún amor a Cristo. Cristo se manifestará a los que le aman. Esto es el pan de los hijos y no te pertenece, porque no perteneces a Cristo. Esto es una elección y el privilegio más valioso, pero tú no tienes nada que ver con ello. Largo de aquí, todos los profanos, los inmundos, los impíos, los incrédulos y cualesquiera, que, estando sin fe, están también sin amor a Cristo: ¡mira que no te acerques a poner tus manos inmundas sobre esta promesa excelentísima! Nunca esperes ninguna manifestación del amor de Cristo hacia ti, mientras sigas en caminos de pecado, mientras estés en tu estado natural.

Creo que algunos pueden estar dispuestos a decir: «¿Y qué si Cristo no se manifiesta a mí? Déjame tener mis honores y dignidad, mi riqueza y abundancia, mis amigos y deleites, y deja que otros busquen esas satisfacciones etéreas e imaginarias en las manifestaciones de Cristo». Pecador, ¿es este tu lenguaje de boca o de corazón? Permíteme decirte: un día cantarás otra melodía; tendrás otra forma de pensar. Un día reconocerás que toda la felicidad que perseguías con tanto afán en los más dulces goces de las criaturas no era más que una fantasía; que era escasa, ligera y etérea; que era vana y vacía; cuando todo se haya esfumado y no haya

²⁴ **sacramento** – Un sacramento es una ordenanza santa instituida por Cristo, en la que, mediante señales sensibles, Cristo y los beneficios del nuevo pacto son representados, sellados y aplicados a los creyentes. (Catecismo Menor de Westminster, pregunta 92). Muchos protestantes hoy usan la palabra “ordenanzas” en lugar de “sacramentos” para distinguirlos de la Iglesia Católica Romana. La Biblia enseña que hay dos ordenanzas instituidas por Cristo en el Nuevo Testamento: el bautismo y la Cena del Señor.

dejado tras de sí más que agujones y penas amargas; más que heridas internas, dolores y temores; ante la expectativa de la muerte que se acerca y bajo el temor de la ira que se aproxima y de los tormentos eternos en el infierno. Entonces, ¿qué darías por un interés en Jesucristo y una convicción bien fundada de Su amor especial hacia tu alma? En ese momento, las manifestaciones de Cristo no parecerán cosa vana. Nada aparte de esto puede sostener racionalmente tu alma cuando llegues a las fronteras de la tumba y a los confines de la eternidad.

Y permíteme además decirte a ti que no tienes amor a Cristo, que aunque Cristo nunca se manifestará a ti en amor mientras permanezcas en esa condición, sin embargo, viene el día en que Él se manifestará a ti; pero esta manifestación será con venganza. Será con la ira más furiosa. Quiero decir, en el Día del Juicio, cuando Cristo se revelará desde el cielo no solo a los que le aman, sino también a los que le odian, pues entonces todo ojo le verá. Él vendrá en fuego ardiente para vengarse de ti que no has obedecido a este mandato del evangelio de amarlo. La consideración de esto debe llevarte a temer y huir del pecado, el cual de otra manera será tu ruina y perdición eterna.

Oh, que seas persuadido a buscar al Señor Jesucristo por la fe, para que de este modo tengas interés en Él y en la gran salvación que Él ha comprado para ti, y que en el evangelio se te ofrece gratuitamente. Esta fe en Cristo obraría amor a Cristo, y te pondría en la condición de experimentar estas manifestaciones del amor de Cristo a tu alma.

Uso 2: A los que tienen algo de amor a Cristo

Lo segundo se refiere a aquellos que tienen algo de amor a Cristo, pero no tienen estas manifestaciones. Entre estos, hay dos clases: a) Algunos nunca han tenido estas manifestaciones; b) Algunos han tenido estas manifestaciones, pero las han perdido.

a) Nunca tuvieron estas manifestaciones

Algunos nunca tuvieron estas manifestaciones del amor de Cristo. Puede ser que seas un cristiano joven e inmaduro. Hace poco tiempo eras un alumno aventajado en la escuela del diablo y servías a diversas concupiscencias con todas tus fuerzas. Últimamente, el Señor ha cercado tu camino con espinos, ha abierto tus ojos para que

veas tus pecados y te ha hecho consciente de tu peligro; pero todavía tus ojos no están abiertos para tener una visión amplia de tu Salvador. En verdad, Cristo te ha sido revelado como capaz y deseoso de salvarte, y has sido atraído por la Palabra y el Espíritu para aferrarte y entregarte a Él; pero todavía estás en la oscuridad en cuanto a tu estado espiritual.

Estás bajo dudas y temores de insensatez y podredumbre de corazón de que eres un hipócrita, y de que caerás como lo han hecho otros profesantes como tú. Temes que un día perecerás por la mano de Saul,²⁵ que el diablo y tus propias concupiscencias serán demasiado difíciles para ti, y prevalecerán tanto sobre ti que te arrastrarán de nuevo a caminos de pecado, y por lo tanto te arrastrarán al abismo sin fondo del infierno.

Esto causa pavor en tu espíritu y preocupaciones temerosas de la ira de Dios y su venganza futura. Esto produce muchos suspiros tristes y cargados de tu pecho, muchas lágrimas de tus ojos. Estás turbado, muy abatido y andas enlutado todo el día.

Sin embargo, estás resuelto a seguir participando de las ordenanzas, y a esperar allí al Señor y ante el Señor. Estás resuelto, a pesar de todos los desalientos, a ser del Señor, aunque no sabes si Él es tuyo. Estás resuelto a que Cristo posea tu corazón, y a confiarle tu alma a Él, aunque no sepas si eres aceptado por Él.

Esto puede servirte de aliento. Ciertamente tú eres de los que aman a Cristo y son amados por Cristo, y Cristo se manifestará a los que tienen tal amor. Permíteme decirte que Cristo no está lejos de ti, a pesar de lo que puedas pensar. Aunque Él esté fuera de tu vista, tú no estás fuera de la Suya. Su ojo está sobre ti y Su corazón está hacia ti. Él oye todos tus suspiros, ve todas tus lágrimas, se compadece de ti y entiende todas tus aflicciones. Él te ama y dentro de poco te lo hará saber. Él te está preparando ahora para dulces manifestaciones de Sí mismo, y dentro de poco te las mostrará. Si sigues buscándolo, Él ciertamente, y quizás sorpresivamente, será encontrado por ti.

¿Y quién sabe si este puede ser el momento en que Cristo manifieste Su amor? Puede ser que, mientras lees este sermón,

²⁵ Saúl – primer rey de Israel, que sintió celos del favor de Dios hacia el joven David e intentó matarlo continuamente.

vislumbres Su rostro y oigas Su voz que te dice: «Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados» (Mt 9:2). Levanta las manos caídas; levanta el corazón que está abatido. Mira, pues, alma desalentada, tu Salvador está ante ti; abre los ojos y mira. Mira con el ojo de la fe: ¿no ves una belleza maravillosa en Su semblante? ¿No percibes algunas sonrisas en Su rostro, algunas sonrisas en tu alma? ¿No sientes Su Espíritu soplando dulcemente en tu corazón, persuadiéndote y dándote un dulce sentido del amor particular de Cristo hacia ti? ¿No percibes algunos golpes internos a la puerta de tu corazón, y oyes algunos llamados internos? «Ábreme, y entraré, y cenaré contigo» (Cnt 5:2). Esta es la voz de tu Amado; date prisa y ábrele. Abre todas las facultades de tu alma; levanta las puertas eternas a este Rey de Gloria (Sal 24:7). Manda a las siervas de tus deseos que inviten a entrar al Señor. Deja que tu fe se apodere de Él y lo introduzca en tu alma, y luego apriétalo en los brazos de tu amor más entrañable y dale tal bienvenida, que pueda morar contigo para siempre.

b) Perdido estas manifestaciones

Hay otros que han tenido algunas manifestaciones de Cristo anteriormente, pero las han perdido. Tu Amado se ha retirado y se ha ido: llamas y no te responde; lo buscas y no lo encuentras.

1) Un contraste

Hubo un tiempo en que tu Señor estaba presente y te visitaba con frecuencia. Muchas sonrisas secretas has visto en Su rostro, muchas palabras reconfortantes has recibido de Su boca, muchas muestras de amor has recibido de Su mano. Hubo un tiempo en el que tenías evidencias escritas, legibles y objetivas, y con el sello del Espíritu en ellas. ¿Cuánto te regocijaste entonces en la percepción del amor de Cristo? ¿Cómo te deleitabas con Su abundante presentación de privilegios evangélicos, con los que por medio de Él fuisteis investido? Y ¡oh, la admiración que sentiste por la libre gracia! ¡Oh, la dulce sensibilidad del corazón en una conciencia tierna del pecado! ¡Oh, el incremento de los anhelos que tuviste en tus oraciones! ¡Oh, la pasión de amor a Cristo que has sentido a menudo en tu pecho! ¡Oh, las esperanzas vibrantes que tuviste, y el deleite inefable en la esperanza de la gloria de Dios!

Pero ahora hay en ti una decadencia extraña de la gracia y un cambio, como si no fuera el mismo que eras antes. Te has alejado de

Cristo y Él se ha alejado de tu alma. Has bajado la guardia y el diablo ha sacado ventaja contra ti con sus artimañas.²⁶ Ha visto su oportunidad y te ha enredado en las trampas de algunos pecados, mientras has ido despreocupadamente a los límites del deber y has estado en las fronteras del pecado.

2) *Engaño*

El diablo ha enviado un escuadrón de tentaciones, no con dardos ardientes, sino con cuerdas de seda, que han tratado y negociado contigo para seducirte y persuadirte a ir un poco más allá. Te han hablado de la fruta agradable que crece dentro de esas fronteras, la cual es más dulce y deliciosa; que hay minas de plata y oro que podrías excavar rápidamente y encontrar material precioso; que allí podrías tener honor y estima, y ¿le darías la espalda a todo esto? ¿Vas a ser tan riguroso y estricto como para no prescindir de un pequeño deber, como para no cruzar un poco el cerco donde los deleites y los beneficios serían tan grandes?

Y si has dudado, te han dicho que era muy debatible si los límites del deber no llegaban más allá del lugar al que te llevarían, proponiendo el ejemplo de otros de la misma profesión religiosa que con frecuencia han ido tan lejos; y ¿por qué habrías de titubear? O, si era una transgresión, no era más que una pequeña transgresión: no desearán que vayas muy lejos, y ¿quién hay que viva y no transgreda esos límites? Y podrías fácilmente arrepentirte y encontrar misericordia si Dios fuera ofendido; podrías rápidamente retirarte y regresar a tus límites anteriores. Entonces, mientras conversabas con las tentaciones, las cuerdas de seda te apretaron y antes de que te dieras cuenta fuiste arrastrado, en parte de buena gana y en parte de mala gana, y seducido a cometer algún tipo de pecado y a ceder a algún tipo de lujuria, complaciendote a ti mismo para darles satisfacción, por lo que has sido seducido y engañado, por lo que has sido herido secretamente y contaminado interiormente (Stg 1:14-15).

3) *Tu dilema*

Y, de este modo, tus evidencias para llegar al cielo están tan empañadas, que ahora no eres capaz de percibir las. Hubo un tiempo en que parecías mortificar los afectos mundanos en tu interior, para

²⁶ Ver *Satanás considerando a los santos* por Charles Spurgeon (1834-1892), disponible en CHAPEL LIBRARY.

matarlos y enterrarlos. Les habías dado muchos golpes y heridas dolorosas, y cómo sangraban, se desvanecían y se debilitaban tanto que parecía que estaban dando el último aliento. Pensaste que seguramente ya no causarían mayores problemas en ti. Entonces tu amor a Cristo era fuerte y activo; ardía y resplandecía dentro de ti. Oh, el celo que entonces tenías por el honor de tu Maestro. Parecías no tener otro interés en el mundo que el interés de Cristo. No te preocupabas de tus propias cosas, sino que todos tus intereses eran absorbidos por el interés de Jesucristo, en el cual te preocupabas y te ocupabas primariamente, y todo lo demás estaba subordinado a ese interés principal.

Pero ahora tus afectos hacia Cristo se han enfriado de manera extraña. Si todavía hay fuego de amor a Cristo dentro de ti, no es fuego en carbones encendidos o en una llama vehemente; sino que es fuego en unas pocas chispas dispersas, las cuales no dan ni luz ni calor, y si acaso tú puedes percibir las. Y tus afectos mundanos, que parecían muertos, han cobrado espíritu, vida, vigor y fuerza. Oh, el deseo entusiasta que ahora tienes tras el mundo y las cosas del mundo, y estos acompañados con la búsqueda ardiente de las cosas del mundo. Ahora piensas más en las cosas del mundo, hablas más de las cosas del mundo. Ahora el mundo tiene tu ocupación y tu tiempo; pero lo peor de todo es que el mundo también tiene tu corazón. El mundo ha empujado a Cristo fuera de Su trono y, por el momento, usurpa Su asiento.

¿Es, pues, de extrañar que tu Amado se ofenda porque has decaído así en tu amor, de que tu corazón se prostituya con la criatura, al dar esos afectos que le corresponden a Él a cualquier cosa en el mundo? De ahí que Cristo haya ocultado de ti Su rostro; o, si te mira, es con ceño fruncido. Has perdido tu primer amor (Ap 2:4), y has perdido la visión y el sabor primero del amor de Cristo. Ahora tus gozos y consuelos espirituales han desaparecido de tu vista. Se han perdido y se han ido, y solo queda el recuerdo de ellos. Cualesquiera que sean tus deleites, son solo los que entran por la puerta del sentido. No tienes ninguno que entre por la puerta de la fe, y tus deleites sensuales han expulsado y desterrado a los espirituales. Ahora los valiosos privilegios evangélicos no tienen para ti el sabor y el dulce gusto de antes. El pensar tanto en el mundo y saborear tanto las cosas terrenales ha debilitado tu apetito espiritual.

¡Oh, el daño que el pecado con el cual has sido indulgente te ha hecho! ¡Oh, las heridas no sentidas, pero mucho más profundas y peligrosas que el pecado te ha causado! ¡Oh, las contaminaciones del pecado en tu conciencia y las manchas que el pecado ha arrojado sobre tu profesión! ¡Oh, los estragos que el pecado ha hecho en tus gracias y en tus consuelos! Te queda aún tu profesión exterior, pero ¿dónde está el fruto (Mt 13:23)? Si es que tienes algún fruto, ¿no es este un fruto marchito, agrio y con mal sabor; no es un fruto maduro, tierno y dulce como antes en tu condición floreciente? Seguramente el Señor está muy lejos de ti, ¿y no hay muchos así como tú?

Y qué necesidad tienes de recordar dónde has caído, de hurgar en tu corazón para descubrir tus pecados, de humillarte profundamente, de arrepentirte, de afligirte y de llorar; de convertir tu risa en llanto y tu alegría en tristeza; y de volver pronto al Señor y hacer tus primeras obras. De lo contrario, te sobrevendrán juicios espantosos, y el Señor podría verse obligado a despertarte con venganza y convertirte en un terror para ti mismo y para todos los que te rodean. No provoques al Señor, al huir así de Él, para que te siga con una tormenta como lo hizo con Jonás, y te devore en las inundaciones y olas de terribles aflicciones, para que de aquí en adelante Él pueda podarte, restaurarte y evitar que te ahogues en la perdición total y la destrucción eterna.

4) El castigo

Puede ser que el Señor haya azotado a algunos por sus faltas con las varas de algunas cruces y decepciones, algunas pérdidas y problemas externos. Puede ser que Él haya puesto amargura en esos pechos que has estado mamando, y mezclado hiel en la copa de tus placeres que has estado bebiendo; y has comenzado a pensar en tus malos caminos y has visto lo malo y amargo que es apartarse del Señor; y has pensado que era mejor para ti cuando estabas más cerca de Cristo.

Puede ser que Dios te haya tratado como le dice a Su pueblo que se ha apartado que haría con ellos: «He aquí yo rodearé de espinos su camino, y la cercaré con seto, y no hallará sus caminos. Seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará, y no los hallará. Entonces dirá: Iré y me volveré a mi primer marido; porque mejor me iba entonces que ahora» (Os 2:6-7). Y ahora buscas a tu Amado, pero Él se ha alejado de ti y parece no hacerte caso. Llamas, clamamos,

suspiras, lloras, te lamentas, te quejas, buscas y esperas, y sin embargo Él te oculta todas las manifestaciones especiales de Su amor. Posiblemente, surjan dudas y crezcan temores en tu espíritu; y estás a punto de hundirte, y a veces estás casi abrumado por la angustia interior.

Que esta doctrina te anime aun a buscar con diligencia y a esperar con paciencia; porque el Señor se te manifestará de nuevo a Su tiempo, que es el mejor tiempo. Él puede probarte por un tiempo a ver si lo seguirás en la oscuridad. Puede que te haga esperar algún tiempo por Él, tú, que le has hecho esperar tanto tiempo por ti. Pero si perseveras en buscarlo diligentemente en Sus caminos, encontrarás que no será en vano.

¿Y qué dirías tú, alma rebelde, si el Señor se manifestara a ti en este momento? ¿No abusarías de Su bondad? Si Él te manifestara Su amor otra vez, ¿no te volverías disoluto y carnalmente confiado? Si Él renovara ahora tus evidencias y fueran más fáciles de apreciar por ti, ¿no las borrarías otra vez con tus pecados? Si ahora Él hablara paz a tu conciencia, ¿no volverías otra vez a la necedad? Si Él te devolviera ahora el gozo de Su salvación y enviara al Espíritu Santo desde el cielo para que viniera a ti, para ser tu Consolador y morar contigo, ¿no lo entristecerías, apagarías y le provocarías a retirarse y de una forma más terrible que antes? Puede ser que el Señor te ponga a prueba.

5) Tu súplica

Puede ser que el Señor se acerque y te haga alguna manifestación de Sí mismo y de Su amor. Puede ser que el Señor te mire bondadosamente ahora, y secretamente por Su Espíritu te hable bondadosamente. Ahora estás mirando y anhelando, esperando y aguardando; posiblemente este sea el momento de que veas Su rostro sonriente, de que sientas el dulce derramamiento de Su amor en tu corazón por Su Espíritu. Por lo menos, Él puede darte un vislumbre, una mirada, un pequeño sabor, de tal manera que extasiará tu corazón. Sin embargo, espéralo y con deseos fervientes y peticiones importunas, suplícale por Sus beneficios y estas manifestaciones, y eso en un lenguaje como este:

«Ven, Señor Jesús, ven pronto. Apresúrate, oh mi Bienamado, apresúrate a mi alma que tiene sed de Ti, como la tierra reseca tras

las dulces lluvias que caen del cielo, como el ciervo cazado tras las frescas y refrescantes corrientes de los arroyos de agua. Oh, ¿cuándo beberé de esas aguas de vida que Tú tienes para dar, que eres la fuente y el manantial de donde fluyen? ¿Cuándo saborearé de nuevo cuán bueno eres Tú? ¿Cuándo volveré a verte y a alimentar mi alma con Tu amor? ¿Cuándo, Señor, oh, cuándo vendrás a mí? ¿Me desecharás para siempre? ¿No volverás a serme propicio? (Sal 77:7)? ¿Has encerrado con ira Tus piedades? ¿Se posará siempre esta nube sobre Tu frente? ¿Se cerrará siempre esta cortina ante Tu rostro?

«Verdad, Señor, que he pecado gravemente y te he ofendido grandemente; pero ¿no me he arrepentido, no me arrepiento de corazón? ¿Hay algo en el mundo que me aflija tanto como el recuerdo de mis faltas? Reconozco mi ofensa, mi insensatez y mi horrible ingratitud; pero ¿serán siempre mis pecados un muro de separación entre mi Amado y yo? ¿No son tiernas Tus entrañas? ¿No son abundantes Tus misericordias? ¿No hay perdón en Ti, para que seas temido y más amado? ¿No perdonas libremente sin reprender?

»¿No has prometido ser hallado por todos los que te buscan? ¿Y has faltado alguna vez a Tu palabra? ¿Y seré yo el primero? ¿No están los deseos de mi alma en pos de Ti, con fervor y en primer lugar? ¿No hay escasez y sequía en todas las cosas inferiores a Ti, nada que pueda darme satisfacción? ¿No he renunciado al mundo como mi porción? Podrías enviarme al mundo en busca de ayuda y consuelo, al mundo que he deseado y amado con demasiada devoción, y en el que he buscado con demasiado afán la satisfacción y la felicidad. Pero ¿es ésta Tu costumbre, tu forma de actuar y la manera de Tu trato con los que están afligidos por su pecado y avergonzados de su insensatez?

«¿No has prometido manifestarte a los que te aman? ¿Y no te amo yo? ¿No sabes Tú, que todo lo sabes, que te amo? Aunque mi amor sea imperfecto, ¿no es verdadero? Aunque sea débil, ¿no es sincero? Si no, ¿de dónde provienen estos deseos de Ti por encima de todas las personas y cosas del mundo? ¿No son producto del verdadero amor? ¿No cumplirás entonces Tu promesa de manifestarte a mí?

«Y si tuviera las manifestaciones de Tu amor, ¿no crecería y aumentaría por ello mi amor? ¿No amaría yo más entrañable y fuertemente, si tuviese claras evidencias y estuviese persuadido con certeza de Tu amor para conmigo? Verdad, Señor: Soy totalmente

indigno de tal favor, pero ¿has concedido alguna vez este favor a alguien por sus merecimientos? ¿No son gratuitos todos Tus dones? ¿Y no soy yo tan capaz como cualquiera de la libre gracia? Cuanto más indigno, más te admiraré; cuanto más se me perdone, más te amaré. ¿Y no puedo gustar ahora de Tu amorosa bondad? Apresúrate, amado mío, apresúrate a mí, y sé semejante al corzo sobre las montañas de los aromas

(Cnt 8:14). No me ocultes más tu rostro. No ocultes Tu amor. Pero ahora, oh, ahora acércate, y hazme muy feliz en la luz de Tu semblante y en la belleza de Tu rostro y sus sonrisas».

6) La respuesta de Cristo

Tales deseos y súplicas podrían hacer que el Señor volviera inmediatamente a ti, y te dijera: «Bien, alma, he oído tu oración, tu suspiro y tu clamor. Tus súplicas han prevalecido ante Mí, y ahora he venido a ti. Hágase contigo según tus deseos. Ven, alma, y mira hacia arriba; alza tus ojos y mira. Aquí estoy: ¡mírame, mírame! Hoy he venido a darte buenas nuevas de gran gozo. Te aseguro que Yo soy tuyo, y todo lo Mío es tuyo. Y tú eres Mío, y serás Mío para siempre».

¿Y qué palabras pueden sonar tan dulces y producir tanto consuelo como estas o semejantes a estas, dichas por el Espíritu a los corazones de aquellos de quienes Cristo se ha retirado?

Uso 3: A los que tienen manifestaciones del amor de Cristo

El tercer uso se refiere a los que aman a Cristo y tienen las manifestaciones de Su amor en sus almas. Se les exhorta a tres cosas: a) Regocijarse en el Señor; b) Admirar Su gracia gratuita; c) Esforzarse por conservar estas manifestaciones.

a) Alégrese en el Señor

1) Unidos a Cristo con las manifestaciones de Su amor

Si tienes las manifestaciones del amor de Cristo: alégrate en el Señor. De todas las personas del mundo, tú eres el que tiene más razones para regocijarse: eres el más feliz. No es la *riqueza* en la mayor abundancia lo que puede hacer felices a los hombres; las personas más ricas a menudo tienen espinas del mayor descontento que atraviesan sus corazones, y aguijones de la mayor culpa que hieren sus conciencias. No es el más alto *honor* y la dignidad mundana lo que puede hacer felices a los hombres; los hombres más

viles son a menudo exaltados, y los que están en los lugares más altos están en los lugares más resbaladizos, desde donde pronto son arrojados a la destrucción. Sin importar la seguridad que tengan en la vida, por lo general se consumen completamente de terrores cuando la muerte sombría aparece y los convoca a partir. No es el más dulce *deleite sensual* el que puede hacer felices a los hombres; la vanidad es el acompañante y la vejación del espíritu es la consecuencia, de todos esos placeres que son sensuales y pecaminosos, que son también la semilla del dolor y del tormento eterno.

Solo puede decirse que son felices en verdad aquellos que están realmente unidos y relacionados con Jesucristo, y por medio de Él reconciliados con Dios y con derecho al reino de los cielos. Pero es el *más* feliz, y el que tiene más razón para consolarse, el que no solo tiene una relación con Cristo, sino también las manifestaciones de Él; los que saben que Cristo es suyo y ellos son de Él, que Cristo los ama, y que Su amor, así como no tuvo principio, es inmutable y no tendrá fin. Si sabes que Cristo te ama, tienes razón para regocijarte, porque por esto puedes saber con certeza que eres *elegido*: que Dios por un decreto eterno e inmutable te ha elegido, cuando ha elegido a tan pocos de los hombres caídos y a ninguno de los ángeles caídos, y cuando no había el menor motivo anticipado para moverlo a ello. La certeza de esto puede producirte una dulzura inexpresable.

2) *Unión, justificación, adopción*

Si sabes que Cristo te ama, puedes conocer con certeza tu llamamiento eficaz, tu conversión y tu maravillosa unión con Cristo. Oh, qué gozo es pensar cómo Dios te ha llamado de las tinieblas a Su luz maravillosa; cómo te ha librado de la trampa del diablo y de las ataduras de tus propias concupiscencias, y ha puesto tu alma en libertad; cómo ha obrado un milagro en tu primera resurrección de la tumba y muerte espiritual del pecado, y cómo con el mismo poder de Su creación del mundo te ha hecho una nueva creación, con una nueva naturaleza. Cómo ha divorciado tu corazón de tus pecados, y te ha unido y desposado de una forma maravillosa con el Señor Jesús, y por esta unión y relación te ha dado un interés en todos los privilegios que Cristo ha comprado.

Si sabes que Cristo te ama, puedes saber con certeza que estás *justificado* por Sus méritos y Su mediación; y, ¡oh, qué motivo de

gozo es esto, pensar que todos tus pecados, originales y actuales, han sido perdonados; que nadie puede acusarte de pecado alguno, porque Dios te ha justificado! No hay nadie que pueda condenarte, porque Cristo te ha amado, y por amor ha muerto por ti, y ahora está intercediendo por ti a la diestra de Dios (Ro 8:33-34); que has sido absuelto de toda culpa, y ya no estás expuesto a la ira futura, como si nunca hubieras ofendido, y que cuando no tenías justicia propia, fuiste aceptado como perfectamente justo a los ojos de Dios, mediante la imputación de la justicia perfecta de Cristo. ¿Quién podría tener más razones para regocijarse?

Si sabes que Cristo te ama, puedes decir con seguridad que eres *hijo e hija* del Señor Todopoderoso. ¿Y no te regocijarás cuando, de haber sido hijo del diablo, hijo de la desobediencia, hijo de la ira, seas hechos hijo de Dios, el glorioso Jehová, quien es el supremo soberano y rey del mundo entero; y cuando no tengas solo un nombre vacío, sino que seas introducido a todos los privilegios de Sus hijos?

3) *Preservación*

Si sabes que Cristo te ama, puedes saber con seguridad que Él *mantendrá vivo* Su interés en ti, preservará Su gracia en tu corazón, y te capacitará para perseverar en la fe y la santidad, a pesar de todas las tentaciones seductoras que puedas encontrar en el mundo, a pesar de todas las sugerencias y oposiciones de Satanás, y a pesar de todas las poderosas operaciones de tus lujurias y corrupciones restantes; todo lo cual se combina y usa todo su poder y estrategia (que es mucho) para destruir tu gracia, para atraerte al pecado y para persuadirte o forzarte a alejarte de los caminos de Dios.

Y, oh, qué motivo de consuelo es que el Señor Jesús, que te ama, se ha comprometido a mantenerte en Su mano, y por Su poder invisible pero poderoso, a capacitarte para resistir y vencer, a mantenerte en Sus caminos y resistir hasta el fin, para que puedas triunfar con el apóstol y decir: « ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?...Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Ro 8:35, 37). Y puedes estar persuadido como Pablo, y regocijarte grandemente en ello, de que «ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo,

ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.» (Ro 8:38-39).

Si sabes que Cristo te ama, puedes estar seguro de que Dios escucha tus *oraciones*; sin importar que sean imperfectas y con mezcla de pecado, están mezcladas con el dulce incienso de los méritos de Cristo, por medio de los cuales son perfumadas y aceptadas. Y qué consuelo es este, que todo lo que pidas al Padre en el nombre de tu amado Señor Jesús, si es para Su gloria y tu bien, ciertamente te lo concederá (Jn 16:23).

En conclusión, si sabes que Cristo te ama, puedes saber con certeza que eres heredero del reino de los cielos y que, tan ciertamente como que estás vivo, alcanzarás la felicidad eterna en la visión dichosa y la consumación de tu Señor. Tan cierto como que tienes las primicias, así tendrás la cosecha. Tan ciertamente como tienes las arras, tendrás la herencia. Tan ciertamente como ves a Cristo por la fe aquí, así tendrás la visión dichosa de Su persona y gloria en el cielo, y serás perfectamente feliz en el goce eterno y pleno de Él. Oh, cómo deberías entonces regocijarte en el Señor, regocijarte en Su persona, regocijarte en Su amor, regocijarte en Sus beneficios, regocijarte en lo que tienes y regocijarte en lo que esperas tener por Él. Regocíjate en lo que ves ahora, experimentalo y saboréalo ahora; y regocíjate en la visión y el anticipo de tu felicidad venidera. «Regocíjaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocíjaos!» (Fil 4:4).

b) Admira Su gracia

Si tienes manifestaciones del amor de Cristo hacia ti, admira Su libre gracia en estas manifestaciones, donde Cristo había prometido manifestarse a los que le aman: «Le dijo Judas (no el Iscariote [él era el traidor y no tenía verdadero amor a su Maestro, sino Judas el hermano de Santiago]), Señor, ¿cómo es que te *manifestarás a nosotros*, y no al mundo?» (Jn 14:22).

1) Condescendencia de Cristo

Y ¡cómo ha de extrañarte, pues, que el Señor Jesús se manifieste a ti! Que el Señor Jesús, cuyo nombre es Admirable (Is 9:6), y tiene tantas maravillas en Él; una persona de tan gran eminencia y excelencia, Quien tiene tal corona de gloria sobre Su cabeza, tales vestiduras de gloria sobre Su espalda, y en Su vestidura y en Su

muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. (Ap 19:16). Que este excelentísimo personaje se manifieste a ti, cuando se oculta a los más grandes príncipes de la tierra, los cuales con su interés, autoridad e influencia pudieran promover considerablemente Su gloria. Que se manifieste a aquellos que en su mayoría son bajos y mezquinos, pobres y despreciados en el mundo. Que cuando se oculta a la mayoría de los sabios, prudentes y grandes eruditos del mundo, que por su porción y su erudición pudieran magnificar Su nombre y difundir Su fama, se manifiesta a aquellos, que en su mayoría son personas de porción y educación humildes. Que Cristo se haya ocultado de muchos moralistas, que han escapado de las contaminaciones más groseras que hay en el mundo, y se haya revelado y manifestado a quienes, en algunos casos, antes de la conversión eran notoriamente culpables de los pecados más infames. Que cuando Cristo se manifiesta a tan pocos, tú estés en el número de esos pocos.

¡Cuántas maravillas hay aquí! Que esta persona gloriosa envíe a otra persona gloriosa, me refiero al Espíritu Santo, desde el cielo (que es más que si hubiera enviado a todos los ángeles gloriosos que están en el cielo) para hacerles este descubrimiento de Sí mismo. Que se sirva de la locura de la predicación como medio para llevar a cabo esta gran obra. Que mientras un hombre de pasiones y debilidades semejantes a las tuyas está abriendo y aplicando las Escrituras, el Señor por este medio se revele a Sí mismo y te abra los tesoros de Su amor. Que tus humildes, fervientes y creyentes oraciones aquí en la tierra asciendan hasta el trono de Dios que está en el cielo, y muevan al Señor Jesús que está allí a descender desde allí, aunque no en persona, sino por Su Espíritu. Esa oración debería abrir la puerta del cielo, y prevalecer para esta manifestación y revelación de Cristo, aunque las mejores oraciones de los mejores hombres no están exentas de mezcla de pecado. Que mientras estés sentado a la mesa del Señor, el Señor mismo te haga una visita; y mientras estés comiendo pan y vino en el sacramento, Él te haga ver, sentir y gustar de Sí mismo y de Su amor por medio de tus sentidos espirituales.

Fue una increíble humillación de Cristo que, pudiendo haber comandado los caballos más majestuosos –de hecho, aun leones, elefantes o unicornios–, cabalgara a Jerusalén montado en un asno.

Aunque Cristo tiene a Su disposición los carros de tantos ángeles gloriosos, que podría comandar y cabalgar triunfalmente para revelarse a Sí mismo a Su pueblo, hace uso de los carros de tan insignificantes ordenanzas para revelarse a ti. ¡Cuántas maravillas hay aquí! ¿Cómo deberías admirar Su maravillosa gracia y amor, y decir: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?»

(Sal 8:4)? ¿Qué soy yo, sino un miserable? ¿Y por qué habrías de manifestarte a mí? Así lo hizo el amado Jesús, «porque así te agradó» (Lc 10:21).

2) *Excelencia de las manifestaciones*

Especialmente tienes razón para maravillarte y admirarte de las manifestaciones que Cristo te ha dado de Sí mismo y de Su amor, cuando consideres la *excelencia de estas manifestaciones* y revelaciones más allá de todas las demás revelaciones. Si has visto las más raras obras de arte y de invención humana, los cuadros más curiosos, los edificios más majestuosos o cualquier otra obra del más ingenioso arte, si has contemplado las obras de la naturaleza que exceden con mucho a las del arte: el hermoso marco de los cielos sobre tu cabeza; las gloriosas luminarias del sol, la luna y las estrellas en su maravillosa luz y movimiento; la tierra bajo tus pies cuando se ha vestido con su mejor atuendo, cuando los campos se visten de hierba en primavera o se enriquecen con maíz en verano; si has visto los arroyos, riachuelos y fuentes de agua más agradables, las arboledas más majestuosas con árboles de amplia sombra, los huertos más florecientes, más ricamente cargados con la variedad de los frutos más deliciosos, los jardines más encantadores con una variedad de las flores más selectas que desprenden el olor más fragante; si has visto toda clase de pájaros y aves en el aire, toda clase de bestias en la tierra, toda clase de peces en el mar; si has visto los hombres más hermosos que jamás hayan nacido, las mujeres más bellas con la belleza más refulgente, ¿qué es la vista de todas estas cosas y los objetos más hermosos que jamás hayan sido visibles al ojo humano? La vista de todo esto no es más que mezquina, despreciable e indigna de ser nombrada en comparación con la vista del Señor Jesús por el ojo del alma.

Cualquiera que sea la belleza y hermosura que se encuentre en cualquiera o en todas las criaturas visibles, hay *infinitamente más*

belleza y hermosura en Jesucristo. Toda belleza visible no es más que una sombra; en Cristo hay belleza sustancial. Toda belleza visible se desvanece, como la flor que pronto se marchita, como la hoja que pronto desaparece; pero en Cristo hay belleza permanente. Toda belleza visible es inferior y mezquina, sí, deformidad, comparada con la belleza trascendente de Cristo. No hay revelación para el ojo de la mente comparable a la revelación de Cristo para el ojo de la fe. La luz de la naturaleza, en su mayor perfección, no es más que una luz débil y tenue en comparación con la luz espiritual del conocimiento de Cristo. Ninguna luz es tan clara y brillante, ninguna luz tan pura y dulce, como la que hace el descubrimiento del Señor Jesús al alma.

Esta revelación de Cristo disipa las nubes de la mente y exhala las concupiscencias del corazón. Ilumina el entendimiento y limpia los afectos. Calienta el corazón de amor y lo llena de consuelo. Tranquiliza la conciencia y la purifica. Provee de la paz más dulce y de tranquilidad al espíritu, y con ella trae un gozo espiritual inefable y lleno de gloria (1P 1:8). ¡Oh, cómo, entonces, deberías admirar las riquezas de la gracia y bondad del Señor Jesucristo hacia ti, al darte esta manifestación de Sí mismo, cuando es tan admirable, tan excelente, tan deseable, tan útil y que te eleva a un grado mucho más alto de excelencia que las personas más dotadas del mundo, pero que no tienen esta comprensión!

c) Esfuérzate en retener

Para concluir, si tienes estas manifestaciones de Cristo y de Su amor hacia ti, esfuérzate por retener estas manifestaciones. En una palabra, ten cuidado de no caer en ningún pecado que pueda provocar que Él se aparte de ti y retire las dulces y confortables influencias de Su Espíritu. Sé diligente en el uso de todos los medios y ordenanzas, públicos, privados y secretos, mediante los cuales puedas mantener la comunión diaria y el compañerismo con Él.

